

COLUMBIA LIBRARIES OFFSITE



CU58997539

891.85Si1 M8

Liliana.

a 479

**Columbia University**  
**in the City of New York**

LIBRARY







8725

LILLIANA

## OBRAS DE ENRIQUE SIENKIEWICZ

de venta en esta Casa Editorial

---

- Quo Vadis? (60 millar.)  
Mas allá del misterio (Su dogma.)
  - Luchar en vano (La Viuda.)—En la costa azul.  
¡Sigámosle!—Bartek el Vencedor.—Diario de un Preceptor  
—El Angel.—La misma dicha.—La cordura de los locos.—Oso.
  - Hania.—El Juicio de Júpiter.
  - A Sangre y Fuego.  
El Diluvio.
  - Pan Miguel Volodíovski.
  - Lilliana.—El organista de Ponikla.—Janco el músico.—El  
Torrero.—Una corrida de toros.—Un sueño.—Sachem.
  - Los Cruzados.  
En busca de felicidad (Por el pan.)—Vida rústica.  
La Familia Polaniecki.
-

ENRIQUE SIENKIEWICZ

---

COLLETTA  
**LILIANA**

---

TRADUCCIÓN

de

Ramón Orts-Ramos



BARCELONA

Casa Editorial Maucci.—Calle de Mallorca, 226 y 228

BUENOS AYRES

Maucci Hermanos

Cuyo, 1070

MÉXICO

Maucci Hermanos

1.º del Relox, 1

1901

ALFONSO  
VITTORELLI  
VIA S. BENEDETTO

89185SLI

M8



O. J. 20 - 1937 - A. I. M.

*Vicente Calicia*

# LILLIANA

Cuando yo estuve en California fui una vez con mi querido amigo el valiente capitán R, á hacerle una visita á nuestro compatriota J. que vivía en las solitarias montañas de Santa Lucía. No habiéndole encontrado en casa, nos detuvimos cinco días en una lejana cañada del monte acompañados de un viejo servidor indio, que en la ausencia de su amo tenía cuidado de las abejas y de las gatas de Angora. Según la costumbre del país, pasábamos durmiendo la mayor parte de los calurosísimos días y por la noche nos sentábamos alrededor de una hoguera de palmitos secos, oyéndole contar al capitán sus aventuras extraordinarias, que pueden suceder únicamente en el desierto americano.

El tiempo pasaba como por encanto. Las noches eran verdaderamente californianas; silenciosas, cálidas, estrelladas. A la luz de la hoguera, de indecisas llamas, destacábase la ruda pero noble y bella

figura del viejo soldado *pioneer* que, elevando su mirada á las estrellas, demandaba á la memoria pasados acontecimientos, nombres queridos y queridos seres, cuya remembranza le cubría la frente de suave melancolía. Contaré uno de estos acontecimientos tal como lo oí, juzgando que pueda quizás ser leído con una curiosidad semejante á la mía.

---

---

## I

En septiembre del año 1849 (contaba el capitán), llegué á Nueva-Orleans, que era en aquel tiempo una ciudad medio francesa y de allí me trasladé al alto Missisipí, á una gran plantación de azúcar, donde encontré trabajo y un buen salario. Pero, joven entonces y emprendedor, no me seducía la estancia fija en un sitio y la labor marcada; abandoné pronto mi empleo y me lancé á una vida errante y selvática. En torno de los lagos de la Luisiana, entre cocodrilos y serpientes, pasé varios años con algunos compañeros, viviendo de la caza y de la pesca, y mandando de vez en cuando, por la vía fluvial, grandes cantidades de maderas finas que eran muy bien pagadas en Nueva Orleans. Nuestras expediciones llegaban con frecuencia hasta lejanos países y alguna vez traspasamos las fronteras del Arkansas, que, si hoy está poco habitado era entonces casi desierto. Tal vida, llena de fatigas, de peligros y de crueles luchas con los piratas del Missisipí y

los indios que abundaban todavía en la Luisiana, en el Arkansas y en el Tennesée, habían vigorizado mi salud, templado mi fuerza, ya de naturaleza poco común, y desarrollado un conocimiento tal de la pradera, que leía en aquel gran libro mejor que pudiera hacerlo un piel roja. Debido á este conocimiento, una de aquellas caravanas que casi todos los días salían con emigrantes de Boston, Nueva-York, Filadelfia y las demás ciudades orientales, dirigiéndose á California, donde hacía poco que se habían descubierto ricas vetas auríferas, me propuso que la dirigiese en el peligroso viaje.

Las maravillas que se contaban de California, me habían impulsado, hacía ya tiempo, á buscar los medios para trasladarme á aquel lejano occidente, por lo cual acepté inmediatamente el encargo que me ofrecieron, descontando los peligros de la empresa. Hoy, el ferro-carril atraviesa la distancia que media entre Nueva York y San Francisco, en una sola semana, y el verdadero desierto empieza en Omak, pero en aquel tiempo era una cosa muy diferente. Las ciudades y pueblos que existen ahora entre Nueva York y Chicago, innumerables como campos de amapolas, no existían entonces; la misma Chicago, surgida más tarde como un hongo, después de la lluvia, era únicamente una pequeña é ignorada colonia de pescadores, no señalada en ningún mapa. Era pues necesario atravesar con mulos y con carros aquel país, salvaje del todo, y habitado por terribles tribus indias, de las cuales era imposible ocultarse, porque errantes como el bisonte, no tienen mansión estable, y como tribus cazadoras se desparraman por toda la pradera en per-

secución del búfalo y del antilope. Nos amenazaban serios peligros, pero el que se encamina al lejano occidente debe estar preparado á sufrirlos y aun á dejar la piel. Más que todo me hacía pensar la responsabilidad que pesaba sobre mí; pero una vez decidida la partida, no debía preocuparme otra cosa que los prolijos preparativos del largo viaje, los cuales duraron más de dos meses, pues fué necesario hacer venir los carros de la Pensilvania y de Pitsburgo, comprar mulos, caballos, armas, y una provisión considerable de víveres. Hacia fines del invierno todo estaba dispuesto.

Quise salir en aquel tiempo para atravesar en primavera las inmensas landas que se extienden entre el Missisipi y las Montañas Rocosas, sabiendo que en el verano sucumbía mucha gente á causa de la sequedad extrema de aquella región. Por el mismo motivo; también resolví no llevar la caravana por el camino meridional á lo largo de San Luis, sino por el que atraviesa á lo largo el Iowa, la Nebraska y el Colorado septentrional; camino más expuesto á sufrir los ataques de los indios, pero mucho más sano. Esta decisión mía encontró al principio viva oposición por parte de muchos individuos de la caravana, pero cuando declaró que si no querían seguir mis instrucciones, se buscasen otro capitán, se convencieron de la bondad de mi itinerario y á los primeros soplos de la primavera nos pusimos en viaje.

Los primeros días fueron excesivamente fatigosos para mí, mayormente hasta que la gente se ha-

bituó á mi mando y á las condiciones del viaje. Verdad es que mi persona les inspiraba bastante confianza, porque mis aventureras marchas por el Arkansas me habían dado una cierta fama en las poblaciones nómadas limitrofes, y el nombre de *Big Ralf*, (Gran Ralf), bajo el cual se me conocía en la pradera, había llegado más de una vez á los oídos de mis compañeros de viaje. Pero generalmente un conductor de caravana, un «capitán de la pradera», por la naturaleza de su cargo se encuentra con frecuencia en una condición sumamente embarazosa con respecto á los emigrantes. A mí tocaba señalar los sitios para establecer nuestros campamentos nocturnos, vigilar durante la marcha, de día, teniendo siempre la atención fija en toda la caravana que se extendía quizá por una milla á lo largo de la pradera, señalar los puestos para la guardia y conceder el descanso á las vanguardias que volvían de explorar. Los americanos poseen, ciertamente, en alto grado el espíritu de organización, pero á medida que crecen las incomodidades del viaje, disminuye su energía, el desaliento se apodera de los más perseverantes, y entonces rehusan estar á caballo, hacer sus guardias de noche; quieren que se les dispense del servicio de turno y están metidos en los carros. Además de esto, en sus relaciones con los yankees, el capitán debe saber conciliar la disciplina con cierta familiaridad y compañerismo, cosa no muy fácil. Sucedió pues, que en la marcha ó en los campamentos nocturnos yo era dueño absoluto de la voluntad de cada uno de mis compañeros, pero en los altos durante el día, en los *farm* y en las colonias que en-

contrábamos al principio por el camino, mi parte de autoridad terminaba y cada cual era dueño de sus acciones. Sino que alguna vez tenía que hacer frente é cualquier arrogante aventurero, pero cuando se notó que mi puño de hierro caía incontinenti sobre el alborotador, creciendo por ello mi reputación, no fueron ya necesarios semejantes pugilatos. Por otra parte, conociendo á fondo el carácter americano, sabía á qué atenerme y sacaba perseverancia y confortación de dos ojos celestiales que me miraban de debajo del toldo de uno de los carros con singular interés. Aquellos ojos brillaban bajo una frente circundada de abundantes cabellos de oro y pertenecían á una jovencita llamada Liliana Moriss, de Boston en el Massachussets, criatura delicada, diáfana, de facciones finísimas, pero de aire triste apesar de su juventud.

Esta tristeza en una niña tan tierna me chocó desde el principio del viaje, pero las ocupaciones propias de mi oficio de capitán alejaron mi mente y mi atención hacia otros asuntos. Durante la primera semana, fuera del acostumbrado y cotidiano *¡Buen dia!* no cambiaba con aquella joven una docena de palabras; pero habiéndome inspirado cierta compasión la juventud y la soledad de Liliana, que no tenía ningún pariente en la caravana, presté á la pobre niña algún pequeño servicio. Que la protegiese con mi autoridad de capitán y con mis puños, de la impetuosidad de mis jóvenes compañeros de viaje no se hacía preciso, porque entre los americanos encuentra una mujer joven, si no la gentil cortesanía que distingue á los franceses, al menos una plena seguridad y un gran respeto. Sin

embargo, en consideración á la delicada salud de Liliana, la hice pasar á uno de los mejores carros, guiado por el experto Smith, le acomodé yo mismo el coy de manera que pudiera dormir comodamente durante la noche y la cedí una hermosa piel de búfalo. Aun cuando todo eso fuese muy poca cosa, Liliana sentía por mí un vivo reconocimiento, y aprovechaba todas las ocasiones para demostrármelo. Era una criatura sumamente débil y tímida; las dos mujeres, mistres Grosvenor y mistres Atkins, que iban con ella en el mismo carro, la tomaron muy pronto gran cariño por la suavidad de su carácter, y con el apodo de *Little bird* (pajarito), que ellas le impusieron, fué nombrada la joven por todos los miembros de la caravana. Esto no obstante entre «el pajarito» y yo no hubo la menor intimidad hasta que no noté que los ojos celestes y casi angelicales de aquella niña me miraban con singular simpatía y obstinada insistencia. Quizás dependiera tal simpatía del hecho de que Liliana, la cual daba pruebas de poseer una educación esmerada, encontrase en mí, que entre los emigrantes era el único que mostraba cierta cultura, una persona no tan distanciada de ella como las otras. Luego interpreté aquella simpatía de un modo diferente; su interés despertó mi vanidad y esta vanidad hizo que doblase mis atenciones con Liliana y que me mirase con más frecuencia en sus azules ojos. En seguida preguntéme la razón de haber tardado tanto tiempo en fijarme en aquella adorable criatura, la cual podía inspirar súbitamente los más tiernos sentimientos en cualquier hombre de corazón. Desde aquel momento placíame girar á caballo al re-



dedor de su carro con bastante frecuencia. A medio día, cuando el calor, por más que estuviésemos á principios de primavera, nos molestaba bastante, cuando los mulos se arrastraban perezosamente, y la caravana se extendía por la pradera en tanta extensión que desde el último carro no podía distinguirse el primero, sin necesidad marcada galopaba por toda la línea de uno al otro extremo, sólo por echar una mirada, pasando, á aquel hermoso rostro y á aquellos ojos que no se borraban de mi mente. En un principio tenía más preocupada la cabeza que el corazón; con todo, el pensamiento de no ser por completo extraño á aquella gente, de tener un alma simpática que se interesaba un poco por mí, iba infundiendo en mi corazón una dulce esperanza. Tales sentimientos no derivaban quizás de la vanidad, sino de la necesidad que siente el hombre de consagrar sus propios pensamientos y sentimientos, no en cosas indeterminadas como son los bosques y las praderas, sino de reconcentrarlas en una criatura amada, en vez de perderse en las cosas lejanas y en el espacio infinito, de encontrarse uno mismo en el corazón de los demás.

Me sentía ahora menos solo, y todo el viaje anduve descubriendo nuevos atractivos, hasta entonces ignorados. Primero, cuando la caravana se extendía, como he dicho arriba, por la pradera de manera que el último carro se perdía de vista, notaba únicamente el desorden y la negligencia que me llenaban de irritación. Ahora, por el contrario, cuando de una altura veía aquellos carros blancos y polvorientos, iluminados por el sol y balanceándose como naves en un mar de hierba, aquellos

hombres á caballo y armados, esparcidos en vago desorden á lo largo del convoy, sentía mi alma llenarse de estática beatitud, y, sin saber de donde, acudían á mi mente los cotejos, me parecía que era aquella una caravana bíblica, guiada por mí, como por un patriarca, á la Tierra Prometida. Las esquirlas de los mulos, los *«get up»* proferidos por los muleteros, acompañaban como una música mis pensamientos despertados por el corazón y por la naturaleza. Todavía sin embargo, de nuestras conversaciones con los ojos no habíamos pasado Liliana y yo á las enunciadas con los labios, pues me contenía la presencia de las mujeres que viajaban con ella. Además de esto, cuando recordaba que entre nosotros dos existía cierta cosa cuyo nombre no sabía aún con certeza, me asaltaba una cierta timidez extraña. Redoblaba mis atenciones para con Mrs. Atkins y Grosvenor, y al mismo tiempo echaba una ojeada al interior del carro, pidiéndolas nuevas de su salud para justificar de este modo y contrapesar las atenciones de que rodeaba á Liliana. El *«Pajarito»* comprendía perfectamente mi táctica y esta inteligencia constituía un secreto adorable que nos ligaba. Pero bien pronto las miradas, el cambio fugaz de alguna palabra y las tiernas atenciones no me bastaron ya. Aquella niña de relucientes cabellos y dulce mirada me atraía con irresistible fuerza. Empecé á pensar en ella todo el día y casi toda la noche. Cuando fatigado por las idas y venidas, con la voz enronquecida por el continuo grito de *«All right»*, me tendía por fin sobre mi carro y envolviéndome en la piel de búfalo, cerraba los ojos para conciliar el sueño, me parecía que los

mosquitos y cínifes que rondaban al rededor mío, me zumbaban al oído su querido nombre ¡Liliana! ¡Liliana! ¡Liliana! Su rostro se me presentaba en sueños; cuando me despertaba, mi primer pensamiento, como una golondrina, volaba hacia ella. Sin embargo, cosa extraña, no comprendí inmediatamente que la vaguedad que todas las cosas tomaban á mis ojos, el que se pintasen en mi alma los objetos con áureos colores, y el que volasen mis pensamientos en pos del carro que conducía á aquella niña, no eran el afecto de amistad ó inclinación por la huérfana, sino un sentimiento mucho más potente, el cual penetrando en el alma, no quería desarraigarse.

Quizás me hubiera dado cuenta antes, si no hubiese creído ser como otros tantos, seducido por el encanto que Liliana difundía en torno suyo con su dulce carácter. Todos la amaban como una hija y de esto tenía pruebas manifiestas. Sus compañeras eran mujeres sencillas y groseras, y sin embargo, veía muchas mañanas á Mrs. Atkins, el virago mayor del mundo, besar con ternura maternal el cabello de Liliana mientras la peinaba, y á Mrs. Grosvenor, estrechar entre las suyas las manos de la joven, entorpecidas por el frío de la noche. Los hombres, igualmente, la rodeaban de solícitas atenciones.

Formaba parte de la caravana un tal Henry Simpson, joven aventurero del Kansas, cazador intrépido, bueno en el fondo, pero tan pagado de sí, tan arrogante y tosco, que en el primer mes de viaje, tuve que golpearle dos veces para persuadirle de que mis puños eran los más fornidos de la cara-

vana y por lo tanto dignos del mayor respeto. Había sin embargo que ver como el Henry hablaba con Lilitana; él, que no se hubiese inclinado ante el mismo presidente de los Estados-Unidos, en presencia de la joven perdía toda su osadía y su ardimiento, se quitaba el sombrero y repetía á cada momento: *¡Y beg your pardon, miss Moriss!* (¡Le pido á usted perdón, miss Moriss!) Parecía un perro amordazado; un perro dispuesto á obedecer á la primera señal de aquella mano casi infantil. En las paradas procuraba siempre estar vecino á Lilitana para poder con mayor facilidad, ofrecerla un sin fin de pequeños servicios. Encendía el fuego, extendía el musgo, y, encima, ponía la manta del caballo; le elegía la mejor caza, y lo hacía todo con una tímida galantería, inesperada en aquel joven, despertando en mí cierta aversión que se asemejaba mucho á los celos.

Pero yo no podía hacer otra cosa que devorar aquellos celos en silencio. Henry, cuando no le tocaba el turno de guardia, podía disponer como quisiera de su tiempo y por consiguiente estar al lado de Lilitana si así se le antojaba; mientras que mi turno no terminaba nunca.

Al principio, los carros seguían los unos tras los otros, dejando entre sí una regular distancia; pero, cuando entramos en las regiones desiertas, quise disponerlo según la costumbre de las praderas en una línea transversal, y tan unidos que fuese difícil el paso de un hombre entre dos carros. No puede figurarse cuantas fatigas me costó obtener la formación de aquella línea, que tanto se presta á la defensa. Los mulos, animales salvajes y testarudos

por naturaleza, en lugar de estar en hilera, se paraban obstinadamente ó no querían dejar el camino trillado, mordiendo el freno, sacudiéndose y coceando. Los carros, volcando ante el súbito movimiento obstruían el camino, y era trabajo improbable levantar aquellas verdaderas casas de madera y lona. Los relinchos de las mulas, los juramentos de los carreteros, el tintineo de las esquilas y los ladridos de los perros, producían un estrépito de mil demonios.

Cuando conseguía restablecer un poco el orden, debía atender al acto de deshuncir los tiros y señalar los hombres que debían conducirlos al abrevadero. Aquellos que durante la jornada se habían destacado por la pradera para cazar, volvían con las piezas, de todas partes, y se daba el asalto á las hogueras; yo únicamente, apenas tenía tiempo para descansar y alimentarme un poco.

La fatiga era doble, cuando, después del sesteo, se emprendía de nuevo la marcha; porque el enjaezar las mulas no era tan fácil como desengancharlas. Los carreteros no querían moverse el uno detrás del otro, por no tener luego que cargar de flanco sobre un terreno con frecuencia malo; de aquí nacían disputas, altercados, imprecaciones y retardos enojosos.

Yo tenía que vigilarlo todo y durante la marcha, cabalgar delante de los guías para explorar el país, para escojer sitios relativamente cómodos, seguros, abundantes en agua y apropósito para pasar la noche.

Maldecía con frecuencia mi condición de capitán,

pero por otra parte me enorgullecía el pensamiento de ser el soberano de aquel desierto, de aquellos hombres, de Liliana, y de que estaba en mis manos la suerte de aquellas personas que erraban por el desierto sobre los blancos carros.

---

## II

Pasado el Missisipi, nos detuvimos una vez á pernoctar en la ribera del río Cedar, plantado, en una y otra orilla de algodoneros que prometían abundante provisión de leña para toda la noche.

Volviendo de la selva, donde habían ido algunos hombres con las hachas á cortar leña, ví que nuestra gente, aprovechando el buen tiempo y la tranquilidad de la tarde, se había desbandado por la pradera.

Al encontrarme con miss Moriss, desmonté vivamente, y cogiendo el caballo por las riendas, acerquéme á ella, feliz de poder estar solo con Liliana, aun cuando no fuera más que un momento. De buenas á primeras, la pregunté como tan joven y tan sola, se había resuelto á emprender un viaje, que hacía vacilar aun á los hombres más robustos.

—Jamás hubiera consentido—la dije—en admirla en nuestra caravana, á no creer que fuese usted hija de Mrs. Atkins. No es posible ya tornar

atrás, ¿pero encontrará usted bastantes fuerzas para continuar, hija mía? Lo que queda de viaje no será tan fácil como lo andado.

—¡*Sir!*—respondióme posando en los míos sus melancólicos y celestiales ojos.—Comprendo bien cuanto usted me dice, pero es preciso que yo vaya y casi me alegro de que no pueda volverse atrás. Mi padre está en California y por una carta que tuve del Cabo de Hornos, supe que hacía ya algunos meses que estaba en Sacramento, enfermo de calenturas. ¡Pobre viejecito! Acostumbrado á mi compañía y á mis cuidados, marchó á California sólo por mí. No sé si le encontraré vivo todavía, pero de todos modos, comprendo que este viaje es para mí el cumplimiento de un dulce deber.

No tenía objeción alguna que hacer á aquellas palabras; y por otra parte todo cuanto hubiera podido decir contra aquella resolución habría parecido intempestivo.

Pregunté únicamente á Lilibiana algunas particularidades acerca de su padre, las cuales me dió con la mejor voluntad. Supe que Mr. Moris era juez del Tribunal Supremo de Boston. Habiendo perdido toda su fortuna, quiso trasladarse á California con objeto de rehacerla en las minas recién descubiertas, y proporcionar á su hija, á quien amaba más que á su vida, el pasado esplendor. Había enfermado de calenturas en los malsanos valles del Sacramento, y creyendo estar en las puertas de la muerte, había enviado su última bendición á la joven, la cual, recogiendo todo cuanto le quedaba, había querido reunirse con su padre.

Lilibiana pensó primeramente hacer la travesía



por mar, pero habiendo conocido casualmente á Mrs. Attkins, dos días antes de la salida de nuestra caravana, este conocimiento la hizo cambiar de idea.

Mrs. Attkins, que era del Tennessee y tenía los oídos llenos de la fama que mis amigos de las riberas del Missisipi iban esparciendo acerca de mis atrevidas expediciones al famoso Arkansas, de mi práctica en los caminos del desierto y del culto que rendía á mis deberes de guía (cosa que yo consideraba como un sencillo deber), me había pintado con tales colores á Liliana, que la joven, no pensando ya en los peligros, se había incorporado á la caravana de mi mando.

A estos exagerados relatos de la Attkins, la cual no perdía ninguna ocasión para afirmar que yo era un «caballero» de nacimiento, había pues que atribuir el interés que la señorita Moriss manifestaba por mi persona.

—¡Querida niña!—exclamé cuando terminó su relacion.—Puede usted tener la seguridad de que nadie la hará daño alguno, ni de que le faltará protección. En cuanto á su padre, sepa usted que la California es el país más sano del mundo y que nadie muere de las calenturas. En todo caso, mientras yo viva no quedará usted sola, y entre tanto, Dios la bendiga á usted, hija mía!

—¡Gracias, capitán!—repuso conmovida: y anduvimos adelante mientras el corazón me latía con violencia.

Poco á poco, nuestra conversación se hizo más íntima, sin que ni uno ni otro previésemos la próxima nube que amenazaba nuestro cielo sereno.

—¿Verdad que todos son aquí buenos para usted, miss Moriss?—la dije, bien lejos de pensar que aquella pregunta encerraba un disgusto.

—¡Oh, sí!—respondió.—¡Todos! ¡Todos! Hasta la Atkins, la Grosvenor y Henry Simpson... Aun este es demasiado bueno para conmigo.

Aquella remembranza del Simpson me dolió como la mordedura de una serpiente.

—Henry es muletero,—respondí secamente,—y debe atender á los carros...

Pero Liliana, entregada á sus pensamientos, no se fijó en mi cambio de tono, y continuó como si hablase consigo misma:

—¡Henry tiene un hermoso corazón y le estaré reconocida durante mi vida entera!

—¡Miss!—repliqué entonces muy resentido.—¡Casi, casi, podría usted ofrecerle su mano! ¡Lo único que me sorprende es que me haya usted elegido confidente de sus sentimientos!

A estas palabras, miróme Liliana con estupor, callando, y proseguimos el uno al lado del otro en penoso silencio; nada se me ocurría que decirle y mi corazón estaba lleno de amargura y de rabia contra ella y contra mí; me sentía humillado por aquellos celos que sin embargo no podía vencer. Se me hizo tan insoportable aquella situación que prorrumpí bruscamente:

—¡Buenas noches, miss!

—¡Buenas noches!—respondióme en voz baja, volviendo la cabeza para ocultar dos lágrimas que descendían por sus mejillas.

Monté á caballo y volvíme hacia la selva donde resonaban los golpes del hacha, y donde entre los

otros, estaba Henry Simpson derribando un algodoneero. Pero después de algunos momentos asaltóme un profundo dolor, pareciéndome que aquellas dos lágrimas me habían quemado el corazón. Giré el caballo, volví junto á ella y deslizándome de la silla, me encontré á su lado.

—¿Por qué llora usted, Liliana?—la pregunté.

—¡Oh, *sir!*—respondióme.—Sé que es usted de noble familia, porque me lo ha dicho Mrs. Attkins, pero tanta bondad por mí...

Y aunque quiso retenerlas, no pudo impedir las lágrimas, y estas no la dejaron terminar. Aquella alma melancólica había sido herida profundamente por mis palabras, en las cuales creía haber notado cierto aristocrático desdén, que yo ni siquiera había soñado.

Yo era presa de los celos y viéndola tan dolorida hubiese querido cogerla y estrecharla entre mis brazos. Tomé una de sus manos y la dije con viveza:

—¡Liliana! ¡Liliana! Usted no me ha comprendido. Dios me es testigo que en mí no habló el orgullo. Fuera de estos dos brazos, nada poseo en el mundo; mi genealogía no me importa un comino. Un sentimiento más poderoso me impulsa á alejarme de usted. No puedo sufrir esas lágrimas. Las palabras que le he dicho, créame usted, me han hecho á mí más daño que á usted. ¡No me es usted indiferente, Liliana... no, no! Si así fuera, nada me importaría que usted pensase como quisiera de Henry, que después de todo es un buen muchacho. ¡Sí! No sabe usted el daño que me hacen sus lágrimas. ¡Perdóneme... yo se lo suplico... perdóneme!

Y así diciendo, cogida su mano la acerqué á mis labios, y esta prueba de cariño y la sinceridad que se veía en mis palabras, bastaron para tranquilizar un poco á la joven. No se secaron de repente sus lágrimas, pero estas eran ahora de otro género, y á través de ella aparecía una sonrisa como un rayo de sol detrás de la niebla. Aun yo mismo sentía un nudo en la garganta, no podía vencer la emoción, mientras tiernos sentimientos se apoderaban de mi corazón.

Caminábamos de nuevo silenciosamente, pero ahora una atmósfera suave nos circundaba. Declinaba el día; el tiempo era hermoso y en la brisa del crepúsculo se difundía tanta luz, que toda la pradera, el macizo de algodoneros, los carros de nuestro *labor* y las bandadas de ocas silvestres que volaban hacia el norte á lo largo del cielo, aparecían con colores de oro y rosa. El más pequeño soplo movía apenas la hierba; de lontananza venía el rumor de la cascada que forma el Cedar en un recodo, y de la otra parte el relincho de los mulos. La encantadora puesta de sol, el país virgen, la proximidad de Liliana, todo me disponía de tal manera, que mi alma casi deseaba volar fuera de mí y remontarse hasta el cielo. Me parecía estar como una campana echada al vuelo; por momentos me asaltaba la idea de coger la mano de Liliana, de llevarla á mis labios y de tenerla allí indefinidamente, pero temía ofenderla.

Ella, entre tanto seguía á mi lado, tranquila, dulce y pensativa. Sus lágrimas se habían secado; de vez en cuando levantaba hasta mí sus ojos lumino-

sos y hablando de cosas indiferentes llegamos al campamento.

Aquel día, en cuyo curso había experimentado tantas emociones, debía terminar alegremente.

La gente, regocijada por el buen tiempo, había querido celebrar un *pic-nic* é sea una fiesta al aire libre. Después de una cena más abundante de lo acostumbrado, se alumbró una hoguera inmensa para bailar en torno suyo.

Simpson había cortado la hierba en un gran espacio circular, y después de aplanar el terreno la había alfombrado de arena traída del Cedar. Cuando los espectadores estuvieron reunidos, aquel joven, al son de la zampoña de los negros, empezó á bailar la *giga*, entusiasmando á todo el mundo. Con los brazos cruzados y fijo el cuerpo, movía los pies ora con el talón, ora con los dedos, tan rápidamente que no era posible distinguir sus movimientos. La zampoña sonaba frenéticamente; del círculo de espectadores salió un segundo bailarín, después un tercero, luego un cuarto, y la alegría se hizo general.

A los negros que tocaban la zampoña, se unieron algunos voluntarios, golpeando sobre las vasijas destinadas á lavar las arenas auríferas y otros que repicaban á guisa de castañuelas los huesos sobrantes de la cena. De repente sonó por el campamento el grito de «minstrels! minstrels!» Los circunstantes abrieron el *ring* (círculo que rodea la arena) y en el centro comparecieron los negros Dim y Crow, el primero de los cuales llevaba un tamborcillo cubierto con una piel de serpiente, y el otro unos huesos de bisonte.

Se miraron por un momento rodando sus ojos blancos y después empezaron una canción morisca, triste y salvaje, interrumpida por golpes dados con los pies sobre la arena y violentas contorsiones con todo el cuerpo. Las voces: ¡Cinah! ¡oh! ¡ah! con que terminaba cada ritornelo, se transformaban en gritos, en aullidos bestiales. A medida que los bailarines iban enardecándose, sus movimientos se hacían más frenéticos; y por último empezaron á toparse con tanta vehemencia, que cráneos europeos se hubiesen cascado como nueces. Aquellas negras formas iluminadas por el resplandor centelleante de la hoguera y agitándose en cabriolas desenfrenadas presentaban un espectáculo por demás fantástico.

A sus gritos, al redoble del tamboril, de las zampoñas y de las cácerolas se mezclaban los gritos de los espectadores: ¡Hurra por Dim! ¡Hurra por Crow! y algún disparo de pistola de vez en cuando. Cuando rendidos de fatiga rodaron los negros por el suelo, respirando anhelosamente, les hice distribuir un poco de *brandy* que consiguió reanimarles y ponerles en pie. Pero cuando comenzaron á reclamar que hiciera yo un discursito, el ruido y la música cesaron de repente; tuve que dejar el brazo de Liliana, y, subido sobre un carro, dirigir la palabra á los presentes.

Viendo desde lo alto aquellas personas iluminadas por las llamas de la hoguera, altos, nervudos, hirsutos, con los cuchillos al cinto y los sombreros empenachados, parecióme asistir á una función teatral ó ser un capitán de bandidos.

Pero aun cuando la vida de aquella gente fuera áspera, tumultuosa y salvaje, no por eso dejaban de latir en aquellos pechos corazones valerosos y honrados. Formábamos casi un pequeño mundo separado del resto de la sociedad, encerrado en sí mismo, destinado á una suerte común y amenazado de comunes peligros; un brazo debía socorrer al otro, cada cual se sentía hermano del compañero, y aquellos lugares inaccesibles, aquel desierto sin límites, donde errábamos reunidos, imponían á aquellos mineros endurecidos por el trabajo, un amor recíproco. La vista de Lilibana, la pobre niña indefensa, tranquila entre ellos, y tan segura como bajo el techo paterno, llevó á mi corazón estos pensamientos y hablé como él me dictaba y como convenía á un soldado conductor y hermano al propio tiempo de aquellos emigrantes. A cada momento era interrumpido por los aplausos y los gritos de ¡Hurra por Pole! ¡Hurra por Captain! ¡Hurra por Big Ralf! y sentíme feliz cuando oí, entre aquellas manos bronceadas y callosas, dos bracitos que coloreaba de rosa la llama de la hoguera y que se agitaban como dos palomos. Entonces, en mi entusiasmo olvidé el desierto, los animales salvajes, los indios, y «Llevaré todo á feliz término,—exclamé lleno de furor;—anonadaré cualquier obstáculo que surja en mi camino, conduciré la caravana aunque fuese al fin del mundo, y si esto no es verdad, Dios fulmine mi diestra.» Siguiéronse hurras aún más enérgicas y todos entonaron aquel canto de los emigrantes: *Y crossed Mississipi, Y shall cross Missouri...* (Atravesé el Mississipi, atravesaré el Missouri). Después habló Smith, el más anciano de los emi-

grantes, minero de Pittsburgo en la Pensilvania, el cual me dió las gracias en nombre de todos y encomió mi pericia de capitán; después de Smith casi se habló de todos los carros. Algunos decían cosas muy bufas, sobre todo Henry Simpson, que gritaba á cada momento: «¡Gentlemen! ¡Ahorcadme si no digo la verdad! Cuando por fin la oratoria cesó con la afonía de los oradores, resonaron las zamponas y las castañuelas y se reanudó la *giga*. Entre tanto la noche se había hecho densa y la luna apareció en el firmamento con tan vivo resplandor, que las llamas de la hoguera casi palidecían á su luz, y las personas y los carros aparecían iluminados por un doble reflejo rosado y blanco. Era una noche maravillosa, y el estrépito de nuestro campamento contrastaba de un modo extraño con la quietud y el profundo sueño de la pradera. Cogido del brazo de Liliana, anduve recorriendo nuestro vivaque, mientras nuestras miradas, desde el fuego, vagaban por las lejanías y se perdían en la onda de las altas y sutiles estrellas de la pradera argentada por el rayo de la luna, y tan misteriosa como los espíritus. Entre tanto, en torno de una pequeña hoguera, dos *highlandes* escoceses comenzaron á tocar con su gaita, la melancólica canción de sus montañas: *Bonia Dundee*... Liliana y yo nos detuvimos á distancia y escuchamos largo rato en silencio; de pronto, la miré. Bajó los ojos, y yo, sin saber por qué, estreché fuertemente y por largo tiempo su manecita contra mi pecho. El pobre corazón de Liliana latió entonces con tanta fuerza, que lo sentí como si lo tuviera en la palma de mi mano; los dos nos estremecimos. Algo de nuevo se despertó en mí; algo



avasallador, superior á todo. Me dejé arrastrar á donde aquella oleada quería conducirme; olvidé que la noche era luminosa, que allí cerca ardían los fuegos á cuyo alrededor se sentaban mis compañeros, y quise caer de pronto á sus pies ó al menos mirarla en los ojos. Pero ella, aun cuando llevase su brazo todavía aprisionado por el mío, volvía la cabeza como si desease sumergirla en la sombra. Quise hablar y no pude. Si hubiera abierto la boca y dicho á Liliana: ¡Te amo! creo que hubiese caído desmayado. Era tímido, porque joven y transportado, no sólo por los sentidos, sino también por el alma, sentía que una vez proferida la palabra *te amo*, sobre todo mi pasado se hubiese corrido un velo, se hubiese cerrado una puerta y abiértose otra accesible á un nuevo país luminoso. Aun cuando descubría á la otra parte de aquel umbral la felicidad, me detenía ante él porque su esplendor me deslumbraba. Cuando el amor no viene de los labios sino del corazón, ¡el hablar es tan difícil! Me atreví tan sólo á oprimir nuevamente la mano de Liliana contra mi pecho, y ambos silenciosos, levantamos la cabeza á lo alto y contemplamos las estrellas como en muda plegaria. El incendio de una tremenda hoguera me reclamaba al campamento, donde llegamos cuando el festival estaba para dar fin. Antes de buscar el bien ganado reposo, los emigrantes querían cantar salmos. Descubrimos nuestra cabeza, y aun que no todos de la misma religión, hincamos la rodilla sobre el césped de la pradera y gravemente entonamos el himno: *Errantes por el desierto...* En las pausas el silencio era tan profundo, que se oían los chasquidos del tuero en las ho-

gueras y la cancamusa mugidora de la lejana cascada sobre el Cedar. Arrodillado al lado de Liliana, la miré bastantes veces; le lucían los ojos con extraño fulgor, levantados al cielo, y con el rubio cabello desordenado; cantaba con tanta unción, tan semejante á un ángel, que la plegaria hubiera podido dedicarse á ella.

Acabado el salmo, la gente encaminóse hacia los carros, y como de costumbre, después de haber arreglado las guardias, fuíme yo también á descansar. Pero cuando los insectos nocturnos empezaron á zumbarme en los oídos, como hacían noches pasadas... ¡Liliana! ¡Liliana!... sabía que sobre aquel carro blanco dormía la pupila de mis ojos, el alma del alma mía, y que en el mundo no había persona más cara á mi corazón, que el corazón de aquella niña.

---

---

### III

Al nacer el alba del siguiente día, atravesamos el Cedar con toda felicidad y pernoctamos en una llanura unida, ancha, que se extiende entre el Cedar y Winnebag y se inclina insensiblemente hacia el mediodía, hasta terminar en la cadena de bosques á lo largo del Yowna. Liliana no se atrevía á mirarme á los ojos; estaba pensativa y parecía como avergonzada ó afligida por cualquier cosa. No descendía del carro, y la Attkins y la Grosvenon, suponiéndola enferma, la rodeaban de mayor solicitud y la prodigaban más tiernas caricias. Ni la enfermedad ni el remordimiento tenían á Liliana en aquel estado, sino la lucha de una criatura inocente con el presentimiento de que una fuerza nueva, ignota, la arrastra y transporta como una hoja á cualquier sitio lejano; la lucha con la clara visión de que serán inútiles todos los esfuerzos, que, pronto ó tarde, había que ceder, supeditarse al imperio

de aquella fuerza, y olvidarlo todo para amar únicamente.

El alma pura teme y se retarda en los linderos del amor; pero sintiéndose constreñida á pasarlos, teme más. Liliana estaba como presa de la estupefacción. Cuando me dí cuenta de ello, por poco si la alegría no me corta la respiración; cuando por la mañana volaba en torno de su carro, al verla marchita como una flor, sentía en mí algo semejante á lo que debe experimentar un ave de rapia al ver entre sus garras á la impotente paloma. Pero como este sentimiento podría parecer poco honrado, diré que aquella paloma me inspiraba tanta piedad, que no la hubiera infligido el más pequeño pesar por ningún tesoro del mundo. Todo aquel día, y el siguiente, pasaron para nosotros como si estuviésemos dominados por la cólera ó presa de un gran disgusto. Buscaba un medio de encontrarme sólo con Liliana, pero nada se me ocurría. Afortunadamente vino en mi auxilio Mrs. Attkins, diciéndome que la joven padecía mucho por su estancia permanente en el angosto carro y que necesitaba un poco de ejercicio. Pensé que le sería muy útil el montar algunas horas á caballo é hice que Simpson ensillase un caballo para ella. En la caravana no había sillas para mujer, pero una de aquellas sillas mexicanas, de altos borrenes, que usan generalmente las mujeres del campo, podía hacer sus veces. Prohibí á Liliana el que no se separase de la caravana para no perderla de vista. Era muy difícil que se extraviase en la pradera, porque los hombres que salían á cazar, maniobraban á grandes distancias en torno de la caravana y hubiera sido

encontrada por cualquiera de ellos; por parte de los indios nada había que temer, porque la pradera hasta el Winebag era visitada por los pawnies sólo en la estación de las grandes cacerías, y ésta no había llegado aún; pero como á la izquierda de nuestra ruta, estaban los espesos bosques llenos de fieras, toda precaución era prudente. Pensaba pues, que Liliana, por su propia seguridad, cabalgaría á mi lado; y yo buscaría medios para que fuésemos sólo, porque generalmente yo me ponía al frente de la recua, después de haber trazado el itinerario á dos escoltas laterales que iban á una milla por delante de nosotros. Un goce inefable se apoderó de mí la primera vez que oí á mi dulce amazona cabalgando al galope corto en el flanco de la caravana. El movimiento del caballo hacía flotar sus cabellos, y su lucha con la falda que la cubría malamente, enrojecía su rostro con un rubor hechicero. Al acercarse á mí se puso encarnada como una rosa, al pensar que caía en el lazo que la había tendido yo, con objeto de estar sólo, pero haciendo todo lo posible para fingir que no se había dado cuenta. El corazón me latió entonces como el de un colegial, y cuando nuestros caballos cabalaron juntos, me irrité conmigo mismo por no saber qué cosa decirle. Presa de dulces sentimientos y arrasado por una fuerza invencible, me incliné hacia Liliana casi rozando las crines de su caballo, y puse mis labios sobre su mano, cogida al pomo del burren delantero. Un goce ignorado é inefable, mayor y más fuerte de los que había experimentado hasta entonces, se difundió por mi sangre; estreché aque-

lla mano contra mi pecho é hice á Liliana calurosas protestas de amor.

—¡Liliana! ¡Liliana!—exclamé.—¡Soy tuyo en cuerpo y alma! Jamás te abandonaré; te seguiré por montes y desiertos, besaré tus huellas y rezaré por tí. Amame un poco unicamente... ¡dime que ocupo un pedacito de tu corazón!

Y diciendo así, creía que el corazón iba á escapárase del pecho, y ella, llena de confusión, me repetía:

—¡Ralf! ¡Ya lo sabes! ¡Si... tú lo sabes todo!

Lo que yo no sabía era si debía reirme ó llorar, huir ó quedarme. Me sentía en el paraíso.

Desde entonces fuimos constantemente juntos, pues lo permitían mis funciones de capitán, las que fueron disminuyendo cada día hasta nuestra llegada al Missouri. Ninguna caravana viajó tan plácidamente como la nuestra durante los primeros meses. Hombres y animales se habían habituado al orden y sentían en menor grado las fatigas. Esto hacía que fuese menor la vigilancia por mi parte. La confianza que se tenía en mí, mantenía un excelente espíritu en la expedición; la abundancia de víveres por otra parte y el hermoso tiempo primaveral, mantenían la alegría y conservaban las fuerzas. Cada día estaba más persuadido de que mi atrevido pensamiento de conducir la caravana, no por el acostumbrado camino de San Luís y el Kansas, sino por el Iowa y el Nebraska, era excelente. Allí, el calor debía ser insoportable, y, en la región malsana que se extiende entre el Missisipi y el Missu-

ri, las fiebres y otras enfermedades, diezmarían las filas de los viajeros; aquí la temperatura más fresca, disminuía las enfermedades y era garantía de pocos retardos. Verdad es que el camino de San Luís estaba en su mayor parte libre de los indios; pero nuestra caravana compuesta de unos treientos hombres bien provistos y dispuestos á la lucha, no debía temer el ataque de las tribus sedentarias Iowa, que habiendo encontrado con frecuencia á los blancos y experimentado el peso de su brazo, no osaban arrojar sobre grupos numerosos. Era unicamente necesario guardarse de las rapiñas nocturnas, dirigidas contra los animales de tiro, pues la pérdida de estos, pone á los viajeros de la pradera en una horrible situación. Para evitarlo, echaba mano de personas diligentes y experimentadas, que conocían como yo las artimañas de los indios. Habituada la gente al orden de la marcha, yo tenía durante el día mucha menos ocupación que al principio, y podía dedicar más tiempo á los sentimientos que se habían enseñoreado de mi corazón. Por la noche íbame á dormir pensando: mañana veré á Liliana. Por la mañana me decía á mí mismo: hoy veré á Liliana. Y cada día era más feliz, más enamorado. La gente comenzó á fijarse en nuestras relaciones, pero nadie dió malas interpretaciones, porque Liliana y yo éramos queridos de todos. Una vez el viejo Smith, pasando por nuestro lado, exclamé: «¡Dios os bendiga, capitán, á usted y á Liliana!...» y esta agrupación de nuestros nombres nos dejó contentos para todo el día. Mrs. Attkins y la señora Grosvenor, cuchicheaban algo á la oreja de la niña, y ésta enrojecía como una aurora; pero no

me quería decir lo que le murmuraban aquellas mujeres. Henry Simpson era el único que nos miraba con aspecto taciturno; quizás tramaba alguna cosa en el fondo de su alma.

Todas las mañanas á las cuatro estaba yo al frente de la caravana; á algunos centenares de pasos me precedían las escoltas cantando las canciones que aprendieron entre las squaw indias; detrás, á la misma distancia, se extendía el *tabor* como un surco blanco sobre la pradera. Un momento encantador para mí, era, cuando cerca de las seis, sentía de improviso detrás de mí el trote de un caballo y veía aparecer á la luz de mis ojos, á mi adorada niña. El aire matinal hacía flotar hacia atrás sus cabellos sueltos, mal sujetos por ella á propósito, sabiendo la coquetuela que estaba bella de aquel modo, que así me gustaba, y que cuando el viento, traía un rizo á mi alcance, lo besaba al vuelo. De manera tan dulce empezaba el día para nosotros. La enseñaba á decir en polaco: *¡Buenos dias!* (*dzien dobry*); y cuando oía pronunciarlo con aquella voz querida á mi alma, Liliana me parecía más amada aún, y á la remembranza de la patria, de la familia, de los años transcurridos á través del desierto, como la gaviota en los mares, me costaba un gran esfuerzo no gritar, y tenía mucha pena para disimular las lágrimas que afluían á mis ojos. Liliana observando que á pesar de estas lágrimas, mi corazón se llenaba de júbilo, repetía como un estornino amaestrado: *¡Dzien dobry! ¡Dzien dobry! ¡Dzien dobry!* La enseñé después otras expresiones, pero su dulce inflexión inglesa se adaptaba mal á nuestra difícil pronunciación, y cuando me reía de su



acento extraviado, alargaba su boquita como una niña mimada y fingía enfurrufarse. Pero jamás tuvimos un disgusto... solo una vez se interpuso entre nosotros una nubecilla. Una mañana, pretestando tenerla el estribo, se despertó en mí el ardiente temperamento, la besé el pie, ó mejor dicho, la pequeña botina, ya envejecida por el viaje y que no hubiese cambiado yo sin embargo por un trono. Entonces ella, replegado su piecenco sobre el caballo y repitiendo: «¡No... Ral! ¡No! ¡No!» se alejó y no quiso estar á mi lado por más que la rogué. Yo fingí un dolor cien veces mayor que el que sentía realmente y encerrado en grave silencio, cabalgué desesperado queriendo despertar su compasión. Al poco rato, en efecto, inquieta por mi silencio, se acercó y se puso á mirarme á los ojos como un niño que quiere adivinar si la mamá aún está encolerizada, y yo entonces, queriendo continuar serio, tuvo que volverme para reirme. Aquel fué nuestro solo rozamiento; por lo común estábamos alegres como las ardillas de la pradera, y á veces, yo, el jefe de toda aquella caravana, Dios me lo perdone, á su lado me volvía un muchacho. Cuando cabalgábamos juntos en silencio, de pronto me volvía hacia ella profiriendo una exclamación como si tuviera que comunicarla alge de nuevo ó curioso, y cuando tendía el oido, curiosa, la cuchicheaba: ¡te amo! y ella de la misma manera me susurraba entre sonriente y ruborizada: ¡also! (y yo también). Nos confiábamos así nuestros secretos en aquel desierto, donde solo el viento podía oirnos.

Y los días pasaban de este modo, unos tras otros con tanta rapidez, que me parecía que la mañana

y la noche se unían como los anillos de una cadena. Alguno que otro acaecimiento en el viaje, venía á romper aquella plácida uniformidad. Un domingo, el mestizo Wichita cogió con el lazo un antilope joven de una variedad rara, llamada *dick* en la pradera. Lo regaló á Lilitana, la que ató al cuello del animal una correa con una esquila. El antilope, á quien dimos el nombre de Katty, al cabo de una semana, acostumbróse á tomar el alimento de nuestra mano, y durante las marchas, yo cabalgaba, teniendo de un lado á Lilitana, y del otro á Katty que corría levantando sus ojos grandes y negros y pidiendo con sus balidos una caricia.

Después de Winnebag entramos en una landa suave y uniforme como una mesa, extensa, vigorosa y virgen.

Los escoltas, á momentos, escondiéndose á nuestras miradas, se hundían en la hierba ó detrás de los arbustos, y nuestros caballos se sumergían como en el agua.

Yo enseñaba á Lilitana aquel mundo ignorado por ella; y cuando se extasiaba ante aquella belleza, me sentía orgulloso, viendo que á mi reina le placía. Era primavera; Abril, apenas á su conclusión; era la estación del lujorioso germinar de toda suerte de hierbas y de hojas. Todo cuanto debía brotar en la pradera, había brotado ya.

Por la noche venían de la pradera embriagadores perfumes como de mil incensarios; de día, cuando el viento soplabá y discurría por la llanura florida, los ojos sufrían casi por la reverberación del rojo, del azul, del amarillo, de tantos y tan variados colores. En la llanura surgían graciosos corimbos

de flores amarillas semejantes á nuestra verbena, y en torno de ellas se envolvían los hilos plateados de la planta llamada *tears*, (lágrimas), cuyos racimos formados por diáfanos espéculos, son verdaderamente semejantes á las lágrimas. Mis ojos, habituados á leer en la pradera, de trecho en trecho descubrían plantas que me eran conocidas; las grandes hojas del cálamo, notables para la curación de las heridas, las mimosas blanca y rosa, sensitivas que cierran sus corolas al aproximarse un hombre ó un animal, la planta parecida á las segures indias, cuyo olor amodorra y quita el sentido.

Enseñaba á Liliana á leer en aquel libro de Dios diciéndola:

—Vivirás, querida mía, en medio de los bosques y de las estepas; es pues necesario que te acostumbres á conocerlos.

En algunos sitios de la gran planicie, emergían á modo de oasis, grupos de algodoneros y de abetos, envueltos de tal modo entre los sarmientos de la vid silvestre y de las lianas, que no podía reconocérseles debajo del ramaje y de las anchas hojas. Sobre las lianas se retorcían la yedras, los convólulos y una especie de arbusto espinoso llamado *wachtia* parecido al rosal silvestre. Bajo aquella bóveda de hojas y de flores se filtraba una misteriosa luz crepuscular; bajo los troncos se extendían en la penumbra grandes pozos de agua primaveral que el sol no podía agotar; y de la cima de los árboles, y trás el follaje florido, resonában extrañas voces y gritos de mil pájaros. Cuando enseñé á Liliana por primera vez aquellos árboles y aquellos macizos

aéreos de flores, se detuvo estupefacta exclamando con las manos juntas:

— ¡Ralf! ¿Es verdad todo esto?

Temía internarse en aquel follaje; sin embargo, un mediodía que el calor era fortísimo y soplaba sobre la pradera el cálido viento del Tejas, entramos acompañados de Katty.

Cerca de un estanque que reflejaba á nuestros dos caballos, y nuestros rostros, nos detuvimos un momento en silencio. Una frescura, una penumbra, cierta cosa de solemne como en las iglesias góticas, y un extraño horror, reinaban en torno. La luz del día se tamizaba sombría por las hojas coloreándose de verde. Un pajarillo oculto en una bóveda de lianas gritó: ¡no! ¡no! ¡no! Como si nos advirtiese que no fuésemos hacia adelante. Katty, temblando, se arrimó á los caballos; Liliana y yo nos estuvimos mirando un gran rato, y por la primera vez se encontraron nuestros labios y no pudieron desunirse. Ella bebía mi alma y yo la suya, y nos faltaba la respiración. Sus pupilas se cubrieron de nieblas, y las manos, que tenía apoyadas sobre mi brazo, temblaron febrilmente.

Un olvido de todo su sér acometióle de tal modo, que, desvanecida apoyó su cabeza sobre mi pecho. Estábamos los dos ébrios de felicidad y de emoción. Inmóvil, con el alma rebotante y sintiendo cien veces más de lo que podía expresar ó decir levanté los ojos buscando un sitio, á través del follaje, que me permitiera distinguir el cielo. Salidos de aquel éxtasis, abandonamos la densa floresta y entramos en la abierta landa, donde fuimos inundados por la luz espléndida, por el cálido viento y por la

acostumbrada y plácida escena de la pradera. En montones de tierra horadada, veíanse grupos de ardillas que se escondieron al divisarnos. A lo lejos distinguíase el *tabor* y los ginetes caracoleando alrededor de los carros. Me parecía salir de una cámara sepulcral al mundo de los vivos.

Estaba alegre al contemplar la luz del día; sin embargo, la superabundancia de luz dorada y el recuerdo de los besos, cuyas huellas estaban aún visibles en el rostro de Liliana, habían llenado á la joven de temor y de tristeza.

—¿No pensará usted mal de mí por lo que he hecho, Ralf—me dijo de improviso.

—¿Qué dice usted, querida mía? El Señor me abandone, si á parte de un profundo y honrado amor por usted, existe en mi corazón otro sentimiento.

—¿Todo es debido á que te quiero demasiado?—exclamó con los labios trémulos. Prorrumpió en llanto silencioso, y á pesar de mis esfuerzos, por tranquilizarla, permaneció triste durante todo aquel día.



---

---

#### IV

Llegamos finalmente al Missouri. Los indios escogían con frecuencia el paso de aquel río, para atacar las caravanas, porque, entonces se hace sumamente difícil la defensa, estando parte de los carros en la orilla, y parte dentro del río, y porque además los animales se muestran recalcitrantes á meterse en el agua, armándose gran confusión. Antes de meterme en el río me previne como si nos siguiesen algunas bandas de indios, y tomé mis medidas de defensa disponiendo la caravana en orden de batalla. No permití que los carros se desbandasen por la pradera como en las regiones orientales del Iowa, sino que quise que estuvieran todos unidos y dispuestos á sostenerse. A lo largo del río mandé dos destacamentos de á sesenta hombres que velaban recorriendo ambas orillas de modo que impidiesen con sus fuegos todo acceso. Los ciento diez emigrantes reunidos debían hacer pasar los carros de uno en uno para evitar la confusión. Con tales dis-

posiciones todo se llevó á cabo en medio del mayor orden.

Estas precauciones, por lo demás no eran inútiles. Dos años después, en efecto, cuatrocientos alemanes fueron asesinados en el momento del pasaje por la tribu Kiawatha, en el lugar donde hoy está la ciudad de Omaha.

Saqué otra ventaja del feliz resultado del vado del Missouri; que aquella gente, la cual en el Este había oído referir con frecuencia los horribles peligros del tránsito por las amarillas ondas del Missouri, al ver la seguridad y facilidad con que yo había rematado semejante trabajo, puso en mí una ciega confianza y empezó á considerarme como un espíritu soberano del desierto.

Esta admiración y estos elogios llegaban diariamente á los oídos de Lilibana, y á sus enamorados ojos me aparecía ya como un héroe legendario. La señora Attkins la decía: «En tanto que *your pole* (su polaco de usted) esté á nuestro lado, hasta podremos dormir á la lluvia, pues él buscará manera de que no nos mojemos,» y el corazón de mi amada se esponjaba oyendo tales alabanzas. Durante el pasaje, sin embargo, no pude consagrarle ni un solo momento, y solo con los ojos le expresaba fugazmente lo que no podía con los labios; todo el día lo pasaba á caballo, ora sobre una orilla, ya en la otra, bien en medio del río. Me corría prisa alejarme pronto de aquellas amarillentas aguas, que arrastran continuamente troncos de árboles, montones de hojas, de hierbas y otros despojos que producen las fiebres.



Los hombres estaban fatigados por la continua vigilia y los caballos enfermaban á causa de aquella agua que nosotros no podíamos filtrarla previamente con carbón. Finalmente, á los ocho días nos encontramos todos sobre la orilla derecha con los carros intactos, habiendo perdido solamente siete animales entre caballos y mulos. Aquel día sin embargo se arrojó la primera flecha, porque mis hombres mataron y luego hicieron cuartos, según la feroz costumbre del desierto, á tres indios que se habían introducido en el cercado de las mulas. Una noche después de este acontecimiento vinieron en embajada seis ancianos guerreros de la tribu del Olmo-Sangriento, perteneciente á la raza de los pawnies. Se aproximaron con amenazadora gravedad hacia nuestros fuegos, pretendiendo como indemnización algunos caballos y mulos, é intimándonos, en caso de una negativa, con quinientos guerreros que caerían sobre nosotros. Estos quinientos guerreros me daban á mí muy poco cuidado, toda vez que el *tabor* estaba en terreno firme y bien dispuestas las trincheras, y sabiendo además que tal embajada la enviaban los indios para ver de conseguir alguna cosa sin apelar á una lucha en cuyo resultado no tenían la menor esperanzas. Así pues, hubiese enviado noramala á los embajadores, si no se me hubiese ofrecido darle con ellos un espectáculo á Liliana. Mientras los guerreros sentados en círculo alrededor del fuego, tenían sus ojos fijos en la llama, Liliana miraba, escondida dentro del carro, tímida y ansiosa, sus blusas cosidas con cabellos humanos, las hachas con mangos adornados de plumas, y sus rostros pintados de negro y

rojo, colores que significaban sus propósitos belicosos. Rehusé en absoluto ceder á sus deseos, y pasando de la defensiva á la ofensiva, declaré que si llegaba á faltarme un solo mulo, iría á buscarlo en medio de sus filas y esparciría los huesos de los quinientos guerreros por la pradera. Marcharonse, comprimiendo su rabia á duras penas, y al ponerse en camino pusieron las hachas encima de sus cabezas en señal de guerra. Pero en el ánimo de aquellos guerreros habían hecho gran impresión mis palabras, pronunciadas con resolución, y más todavía el hecho de que, cuando aún estaban bastante cerca, doscientos de mis hombres, deliberadamente, y de improviso se levantaron amenazadores, golpeando sus armas y lanzando el grito de guerra.

Algunas horas después, Henry Simpson, que por su cuenta había continuado espiando á los embajadores, volvió rápidamente con la noticia de que un importante destacamento indio se aproximaba á nosotros. Yo solo, de todos los de la caravana, conociendo á fondo las costumbres indias, era el único que estaba convencido de que aquello era una vana fanfarronería, pues los indios no eran en tanto número que osasen exponerse con sus arcos de madera de *hickory* á los tiros de los fusiles del Kentucky, de largo alcance. Así la decía á Liliana para tranquilizarla, pues la pobre niña temblaba por mí, como la hoja en el árbol, pero todos los demás tenían la certeza de que íbamos á tener una escaramuza, y aún los más jóvenes se preparaban deseándola ardientemente. Al poco rato oímos los aullidos de los pieles-rojas y disparamos algunos tiros como para advertirles que esperábamos. Toda la noche,

en nuestro campamento brillaron grandes hogueras, alimentadas con madera de algodnero y haces de sauce del Missouri; los hombres hacían la guardia en torno de los carros; las mujeres llenas de miedo cantaban salmos; los mulos, no en el recinto acostumbrado del vivaque nocturno, sino unidos á los carros, relinchaban y mordían el heno; los perros aullaban sintiendo la vecindad de los indios; en una palabra, todo era estrépito en nuestro campo. En los momentos de calma, oíamos el siniestro grito de las guardias indias que se llamaban con estridente voz. Hacia media noche, intentaron nuestros enemigos incendiar la pradera, pero la vegetación primaveral, húmeda, aún cuando hiciese tiempo que no había llovido, no quiso arder.

Hacia la mañana, yendo á recorrer los puestos, encontré medio de acercarme por un momento á Liliana. Encontréla que dormía con la cabeza reclinada sobre las rodillas de la buena Attkins, la cual armada del *bow*, juraba que exterminaría toda la tribu de pieles rojas, antes que cualquiera de aquellos salvajes pudiese acercarse á su querida niña. Contemplé aquel hermoso rostro dormido, con amor, no sólo de amante, sino casi paternal; y como la vieja Attkins, también sentía que hubiera hecho trizas á cualquiera que amenazara aquel tesoro mío. En ella se cifraba mi alegría, mi felicidad: fuera de ella, vida sin objeto y desventura sin fin. En efecto, en la pradera, lejos, me esperaba el rumor de las armas, las carreras á caballo, las luchas con los pieles-rojas; al lado mío se ofrecía á mis miradas, el plácido sueño de aquella dulce criatura, tan confiada en mí, que me bastaba una sola

palabra para tranquilizarla, para hacerla conciliar un sueño tan seguro como bajo el techo paterno.

Comparando estas dos imágenes, sentí por vez primera la fatiga de aquella vida aventurera, sin mañana, y reconocí que sólo al lado de Liliana encontraría la tranquilidad y la quietud... ¿Por qué va á California?—pensé entre mí.—¡Ay de mí! Los padecimientos del viaje, del cual sólo ha terminado la mitad más fácil, se conocen ya en esa pálida faz. ¡Pero allá nos espera un país hermoso, feraz, un cielo cálido y una eterna primavera!

Así pensando, cubrí los pies de la durmiente con su manto para resguardarla del frío matinal, y volví á la extremidad del campamento, porque del río empezaba á levantarse una niebla tan densa, que los indios podían aprovecharla y tentar la fortuna con las armas. Los fuegos se velaban cada vez más y palidecían, y una hora después, no nos podíamos distinguir los unos á los otros á diez pasos de distancia. Por este motivo di orden á los centinelas que gritasen cada minuto, y en el campamento, desde aquel instante no se oyó otra cosa que un continuo: *!all's well!* repetido como una palabra de letanía de boca en boca. El campo indio calló de pronto como si aquellos salvajes hubiesen enmudecido, lo cual me causaba cierta inquietud. Al primer albor nos oprimió un inmenso cansancio, porque la mayor parte habíamos pasado ya varias noches sin pegar los ojos un momento; después, la niebla, penetrante en modo extraño, se nos metía en los huesos. Entonces pensé, que en lugar de estar detenidos haciendo todo aquello que pluguiese á los indios, sería mucho mejor atacarles y dispersarlos.

Este no era un capricho de guerrero, sino una feliz determinación, porque un atrevido y afortunado ataque podía conquistarnos una gran fama, la que, difundida entre las tribus salvajes, nos evitarían nuevas luchas en el largo camino. Dejé pues ciento treinta hombres en la trinchera al mando del esparto lobo de las praderas, el viejo Smith, hice montar á caballo otros ciento y salimos un poco inseguros por la niebla, pero con buen ánimo, porque el frío se hacía cada vez más penoso, y aquello, al menos era un medio para entrar en calor. A la distancia de dos tiros de fusil, nos lanzamos gritando, al galope, y entre los disparos de fusil, caímos como un huracán sobre el campo enemigo. La bala de un tirador inexperto de los nuestros me pasó silbando por los oídos y me arrebató la gorra. Pronto estuvimos á espaldas de los indios, que pensaban en cualquier cosa antes que en ser atacados por nosotros, no habiéndose jamás dado el caso que los mismos viajeros fuesen á cercar á los sitiadores. Un terror inmenso se apoderó de ellos con tal fuerza, que se desbandaron por todas partes, aullando con espanto como animales salvajes, y cayendo sin oponer resistencia. Un pequeño destacamento sin embargo, apoyado en el río, viéndose cortada la retirada, se defendió extremadamente y con tanta obstinación, que aquellos salvajes prefirieron arrojar al agua, antes que pedir cuartel.

Sus astas aguzadas de cuerno de ciervo y sus *tomahawh* de madera dura, no eran armas muy peligrosas; pero aquellos salvajes se servían de ellas

con gran habilidad. Derrotamos también á éstos, y yo hice prisionero á un guerrero armado con su *tomahawh*, que cayó al suelo juntamente con la mano que lo empuñaba. Nos apoderamos de muchos caballos, pero tan salvajes é indomables que no pudimos reducirlos. Los prisioneros, comprendidos los heridos, fueron muchos, y los hice asistir con gran cuidado. A ruegos de Liliba, después, habiéndoles devuelto sus capas y sus caballos, los puse en libertad. Aquellos pobres diablos, los cuales, persuadidos de ser llevados al suplicio habían comenzado su monótono canto funeral, quedaron primeramente estupefactos ante aquella libertad; creyeron que les dejábamos ir para cazarlos luego según la costumbre india, pero convenciéndose de que no queríamos molestarles en modo alguno, se fueron celebrando nuestro valor y la bondad de la *Flor Pálida*, nombre con el cual bautizaron á Liliba. Aquella jornada terminó con un triste acontecimiento que arrojó una sombra sobre nuestro júbilo por una victoria tan importante. En los nuestros no hubo ningún muerto, pero fueron bastantes los heridos de más ó menos gravedad; el más grave era Henry Simpson, cuyo ímpetu le había conducido demasiado lejos en la lucha. Por la noche empeoró su estado de tal modo que pronto entró en la agonia; deseaba hacerme alguna confidencia, pero el pobrecillo no podía hablar por tener la mandíbula inferior fracturada de un hachazo. Sin embargo, masculló como pudo: «¡Perdón, mi capitán!» y pronto fué asaltado por las últimas convulsiones. Supuse lo que quería decirme, recordando la bala que

aquella mañana silbó en mis oídos y le perdoné como convenía á un cristiano. Supuse igualmente que llevaría consigo á la tumba un sentimiento profundo por Liliana, no confesado, y que le había hecho buscar la muerte. A media noche entregó su espíritu, y lo enterramos bajo un gigantesco algodónero, en cuyo tronco, con un cuchillo, grabé una cruz.





---

## V

Al siguiente día nos pusimos en marcha; delante de nosotros se extendía una landa todavía más vasta, plana, salvaje, una región, en aquel tiempo, apenas pisada por los blancos. Estábamos en el Nebraska. Los primeros días avanzamos bastante rápidamente por aquel espacio desnudo de árboles, pero no sin dificultades, pues nos faltaba la leña para quemar. Las orillas del Platte, que atraviesa aquella inmensa llanura, están, verdad es, cubiertas de densos matorrales de mimbres y sauces, pero teníamos que estar á respetable distancia de aquel río que, como de costumbre en la primavera, se desbordaba de su fangoso lecho. Pasábamos sin embargo la noche en torno de raquíticas hogueras encendidas con hierba de búfalo, la cual aún no del todo seca, mas que arder, se encendía con una llamita cerúlea. Llegamos después de grandes esfuerzos al Big Blue River, donde podíamos encontrar combustible en abundancia. El país tenía todos los

caracteres de una tierra verdaderamente primitiva. De trecho en trecho, delante de la caravana, que se extendía ahora como una sutil cadena, huían manadas de antílopes de pelo rojizo sobre el dorso, y blanco debajo del vientre; á veces, de las olas herbáceas, emergía un cuerpo de búfalo monstruoso é hirsuto, de ojos sangrientos y narices humeantes, y, en lontananza, manadas de aquellos animales aparecían como puntos negros; aquí y allá, á lo largo del camino encontrábamos montones de tierra, unos al lado de los otros, formados por bestiezueltas subterráneas.

Los indios no se mostraron en seguida; sólo algunos días más tarde se dejaron ver tres salvajes á caballo, adornados con plumas, los cuales súbitamente, y á guisa de fantasmas, se eclipsaron á nuestra vista. La sangrienta lección que les habíamos dado en la orilla del Missouri, había recibido inmediatamente el nombre de «Big-ar» (que así habían transformado el nombre de Big Ralr) terrible entre las numerosas tribus de los bandidos de la pradera, en tanto que la benevolencia usada con los prisioneros, había refrenado á aquellos hombres salvajes y crueles, no exentos sin embargo, de sentimientos caballerescos.

Llegados al Big Bleu River, resolví detenerme diez días en sus márgenes bordeadas de selva. La parte de viaje que nos restaba, debía ser mucho más penosa que la primera, porque más allá de la pradera estaban las Montañas Rocosas, y más allá, «el mal país» del Utah y Newada. Los mulos y caballos, no obstante la abundancia del pasto, estaban flacos y macilentos, y era necesario un largo

reposo para que se recobrasen. Nos colocamos en un triángulo formado por el río Big Bleu y el Reaver Creek, ó torrente de los Castores. La fuerte posición defendida á ambos lados por los dos cursos de agua, y en el tercero por la trinchera formada por los carros, era casi inexpugnable; tanto más cuanto que agua y leña las teníamos en abundancia en el espacio cerrado. Los quehaceres del campamento eran pocos; no se necesitaba una vigilancia excesiva, y la gente podía con toda libertad dormir tranquilamente las horas al sueño dedicadas. Aquellos días fueron los más hermosos de nuestro viaje. El tiempo se manifestaba, exajeradamente sereno, y las noches eran tan calurosas, que se podía dormir al raso. Los hombres salían por la mañana á cazar; y, á mediodía, volvían cargados de antilopes y de aves, de la pradera, que se encontraban á millones en aquellos contornos; lo restante del día se pasaba comiendo, durmiendo, cantando ó tirando por diversión á las ocas salvajes que pasaban en nutridas bandadas por encima del campamento.

Aquellos diez días fueron asimismo los mejores y los más felices de toda mi vida. Desde la salida del sol á la noche, no me movía del lado de Liliana ni un solo instante, y este comienzo del consorcio de nuestra vida, me convencía cada vez más de que mi amor por aquella dulce y bondadosa criatura, sería eterno. Entonces la conocí de cerca y á fondo. Aún en la noche, pensaba, en vez de dormir, en lo que me la hacía tan querida y tan necesaria como el aire que respiraba. Estaba pérdidamente enamorado de su linda apostura, de sus largos cabe-

llos, de sus ojos celestes como el cielo del Nebraska, y de su rostro ideal y enfermizo que parecía decir: «¡Ayúdame y defiéndeme siempre, porque sin tí, no sabría como vivir!»

Una fascinación irresistible me atraía hacia ella y hacia todo cuanto le afectaba; pero en Liliana había un encanto mayor: su suavidad y su ternura. Había tropezado con muchas mujeres en mi accidentada vida, pero un ángel semejante jamás lo encontré, ni lo encontraré jamás, y cuando lo pienso, me asalta una tristeza infinita. Su alma era tan sensible como aquella planta que encoje sus hojas cuando alguien se aproxima. A cada palabra mía, fácilmente conmovida, sabía recojerla; y reflejaba cada pensamiento, como agua profunda y cristalina que refleja cuanto pasa lejos de su orilla. Su puro corazón se entregaba á merced mía con tal pudor de sentimiento, que yo comprendía cuán grande era el amor que me profesaba.

Cuanto de honrado había en mi alma viril se trocaba en gratitud por ella. Era mi única esperanza, la persona para mí más cara en el mundo, y tan púdica, que me costaba ímprobo trabajo el persuadirla que amar no era pecado.

Una mañana, apuntando el alba, fuimos á dar un paseo á lo largo del Reaver Creek; quería que viese los castores, cuyas viviendas se elevaban á una media milla de nuestro *tabor*. Caminando lentamente por la orilla, ocultos tras los matorrales, llegamos al lugar. Alrededor de una especie de golfo, en un laguito formado por el torrente, se elevaban dos grandes árboles *hickory*, y sobre la orilla crecían sauces, hundidos hasta la mitad en el agua. Un di-

que construido por los castores, saliendo del torrente, mantenía siempre á igual altura el agua del laguito, sobre cuya clara superficie aparecían redondas, en forma de cúpula, las celdas de aquellos animales.

El pie humano, indudablemente no se había jamás posado en aquel lugar, todo cubierto por los árboles. Apartamos con mucha precaución las delgadas ramas y miramos la superficie del agua azul y plana como un espejo. Los castores no estaban aún en el trabajo; la ciudad acuática dormía todavía tranquilamente y reinaba tanta quietud en el lago que sentía la respiración de Liliana, cuya aurea cabeza, insinuándose junto con la mía entre las ramas, me tocaba la frente. Así su cintura con mi brazo para sostenerla pendiente sobre la ribera y aguardamos pacientemente, embriagándonos ante lo que nuestros ojos consideraban. Avezado á vivir en el desierto, amaba la naturaleza como á una madre, y, aún cuando rudamente, sentía que en ella había un goce para el mundo.

Era muy temprano y la aurora apenas naciente, daba tonos rosados á las ramas de los *hickorys*; el rocío goteaba de los sauces y la escena se iluminaba cada vez más. Sobre la otra orilla, las gallinetas de la pradera, grisáceas, de negro cuello y con la cabeza adornada de plumas, sorbían el agua castañeteando los picos. «¡Ah Ralj! ¡Qué bien se está aquí!—me murmuraba Lilian al oído, y yo soñaba en una cabaña en aquel rincón, ella á mi lado y una corona de días tranquilos ascendiendo calladamente á la eternidad y al último reposo. Nos parecía que aquella alegría se ligaba con nuestra ale-

gría, aquella quietud con nuestra quietud, aquella alba al alba de felicidad que estaba en nuestra alma. Entretanto la callada superficie, empezó á encrespase en ondas; y del agua salió lentamente una cabeza de castor, bigotuda, destilante y rosada por la luz matinal, después otra y los dos animales se dirigieron hacia la exclusiva hendiendo con la cola el líquido espejo y sacudiendo los labios. Salidos del agua, sentáronse sobre el dique y empezaron á gritar; y á sus gritos asomaron cabezas grandes y pequeñas como por encanto y sobre el lago se armó un estrépito. La manada parecía primeramente divertirse nadando y gritando extrañamente en signo de júbilo, pero la primera pareja, que miraba desde la exclusiva emitió de improviso con la nariz un silbido prolongado y en un instante, una mitad de la turba estuvo sobre el dique y la otra se dirigió hacia la orilla saliendo de los sauces al pie de los cuales empezó el agua á agitarse. Un rumor como de arbustos aserrados nos advirtió que aquellos animales trabajaban en la corta de ramas y corteza.

De lejos, Liliana y yo contemplábamos el plácido afanarse de aquellos animales seguros del hombre. Al querer cambiar de posición, la joven hizo involuntariamente sacudir las ramas y en un momento desapareció todo; el agua agitóse todavía un rato, luego recobró su tersura y de nuevo fuimos rodeados por el silencio, interrumpido á intervalos por el golpear de los picos en los *hickory*. El sol entretanto se había elevado sobre los árboles y empezaba á calentar el aire. Como Liliana no estuviera aún cansada, continuamos nuestro paseo alrededor del

lago. Otro torrente interceptando el bosque, nos cerró el camino. Liliana no podía pasarlo, y, cojilla, venciendo su repugnancia, entre mis brazos, como una niña, entrando en el agua. Temía que me hundiese, y ciféndome con sus brazos, se apretaba á mí con todas sus fuerzas, escondiendo el rostro, vergonzosa, en mi espalda, mientras desflorándole la frente con mis labios, la susurraba: ¡Liliana! ¡Liliana mía! Atravesado el torrente al pisar la otra orilla quise aún llevarla más lejos; pero Liniana se escapó de mis brazos casi con violencia. Una cierta inquietud nos asaltó, y ella comenzó á mirar en torno suyo, como si tuviera miedo, con el rostro ora pálido, ora lleno de rubor. La tomé una mano y la oprimí contra mi corazón, mientras una especie de sobresalto se apoderó también de mí. La temperatura se hizo calurosa; parecía que un fuego del cielo descendía sobre la tierra; no soplaba un hálito de viento; las hojas de los *hickory* pendían inertes: solo los picos golpeaban como antes sobre la corteza, pero todo parecía dormido, amodorrado por el intenso calor; yo pensaba en aquel hechizo difundido en el aire y en el bosque, pensaba que Liliana estaba á mi lado, y que estábamos solos. La venció el cansancio, su respiración se hizo cada vez más breve, más afanosa, y sobre su rostro, pálido de ordinario, aparecía un cálido rubor. La pregunté si quería sentarse y reposar un momento.— «¡No, no! —respondió vivamente como si quisiera alejar de sí aquel pensamiento, pero después de andar algunos pasos, vaciló de improviso, murmurando: ¡No puedo! ¡No puedo caminar más!...

Entonces la cogí nuevamente entre mis brazos, y

con aquella adorada carga, llegué á un punto de la orilla, donde las ramas de los sauces, pendientes hasta el suelo, formaban un palio umbroso.

En aquella verde gruta, habiéndola dejado sobre el musgo, me arrodillé á su lado; pero al contemplarla se me oprimió el corazón. Su rostro estaba pálido como la cera virgen, y sus ojos desmesuradamente abiertos me miraban medrosamente.

—¿Liliana, que tienes?—exclamé.—¡Estoy á tu lado!

Y así diciendo, me aproximé á ella y le cubrí de besos sus pies menudos.

—¡Oh Liliana!—continué.—¡Mi única, mi electa, mi adorada esposa!

Cuando hube pronunciado estas palabras, un temblor la sacudió de pies á cabeza, y de improviso, como presa de un delirio febril, me echó los brazos con fuerza inusitada, y abrazada á mi cuello, repitió:

—¡*My dear!* ¡*My dear!* ¡*My husband!*—(¡Querido mío! ¡Querido mío! ¡Esposo mío!)

Después, todo desapareció ante mis ojos y parecía que el mundo volaba con nosotros lejos, lejos...

Cuando salí de aquella embriaguez y volví en mí, entre las negras ramas de los *hickory*, resplandecía la luz cenital. Los picos habían cesado de golpear los troncos; sobré el agua una reverberación rosácea sonreía á la luz del cielo; los habitantes de la ciudad subterránea dormían bajo sus cúpulas; la tarde sobrevenía tranquila, hermosa, llena de luces encarnadas. Era tiempo de pensar en el regreso. Al salir de los sauces llorones, miré á Liliana. Su rostro no indicaba ni inquietud ni triste-



za; pero en sus ojos, levantados al cielo, ardía una muda resignación, y su cabeza bendita parecía coronada con una aureola de sacrificio. Cuando la tomé la mano, descansó tiernamente su cabeza sobre mi espalda, y sin quitar los ojos del cielo, me dijo:

—¡Ralj... repíteme que soy tu esposa!

En el desierto y por donde andábamos no eran posibles otros esponsales, sino los del corazón; me arrodillé en aquel bosque y cuando ella se arrodilló á mi lado, dije:

—¡En presencia del cielo, de la tierra y de Dios, te declaro, Liliana Moriss, que te tomo por esposa! Así sea!

Y ella añadió:

—¡Soy tuya hasta la muerte! ¡Tu esposa, Ralj!

Desde aquel momento, la bien amada Liliana fué mi esposa, mi legítima esposa; y este vínculo matrimonial nos desencarnó, á mí en particular, porque en mi corazón se alojaron nuevos sentimientos; una santa veneración por Liliana, una honestidad y seriedad grande por aquella cuyo amor se había ennoblecido y santificado. Cogidos de la mano, con la cabeza alta y la mirada digna volvimos hacia el campamento, donde ya la gente estaba con cuidado por nosotros. Algunos de mis compañeros habían ido á explorar las cercanías, buscándonos, y supe más tarde, con sorpresa, que varios llegaron hasta el lago de los castores, pero no nos habían visto, ni nosotros oímos sus llamamientos.

Para evitar maliciosas interpretaciones, llamé á todos los compañeros, y cuando se hubo formado

un círculo, tomé la mano de Liliana, adelanteme gravemente hasta el centro y dije:

—¡Señores! Sedme testigos, de que en vuestra presencia, llamo á esta mujer con el nombre de esposa mía, y sedme testigos, ante los tribunales, ante las leyes, y ante cualquiera que, en Occidente ú Oriente, os pregunte de esto.

Y la respuesta de aquellos mineros, fueron vivas y hurras. Después el viejo Smith, según la costumbre, preguntó á Liliana si consentía en tomarme por esposo y cuando ella hubo respondido que «sí», fuimos ante todos legalmente casados. En las lejanas praderas occidentales y en todas las comarcas donde no hay ciudades, juzgados ó iglesias, los esposales se celebran como dejo dicho; y aún hoy en los Estados Unidos, si alguien habita con una mujer bajo el mismo techo y dándola el título de mujer suya, se supone que está unido con ella en real matrimonio y esta declaración vale tanto como cualquier documento. Ninguno pues, de los emigrantes, se maravilló ni consideró nuestras bodas de otra manera, que con la seriedad que las daba la costumbre. Todos se alegraron, porque teniéndolos bajo una severa disciplina, sabían que obraba con franqueza y nos querían cada día más á mí y á mi mujer que era el ojo derecho de la caravana.

En seguida empezó la fiesta y la algazara: se encendieron hogueras; los escoceses sacaron sus cornamusas, las cuales, despertando en Liliana y en mí gratos recuerdos, nos eran agradables á entrambos; los americanos repicaron sus castañuelas hechas con huesos, y entre la música, los gritos y los disparos, pasamos una agradable velada. Mrs. At-

tkins abrazaba á Liliana á cada momento, riendo, llorando, y encendiendo con frecuencia su pipa que se le apagaba á cada rato. Pero más que nada me conmovió la siguiente ceremonia puesta en práctica por las poblaciones nómadas de los Estados Unidos, que pasan en los carros la mayor parte de su vida. Cuando la luna subió al cenit, los hombres pusieron entre las baquetas de sus fusiles, tizones de sauce, y siguiendo procesionalmente los pasos del viejo Smith, me condujeron de carro en carro, haciéndome, frente á cada uno, preguntar á Liliana:

—¿Es esta tu casa?

El amor mío respondía: «¡No!» y seguíamos adelante. Frente al carro de la Attkins un verdadero enternecimiento se apoderó de todos, porque en él había Liliana viajado hasta entonces. Cuando también aquí, respondió mi mujer en voz baja: «¡No!», la Attkins rugió como un búfalo, y, abrazando impetuosamente á Liliana repitió muchas veces: «¡Pequeñuela mía! ¡Dulce mía!», sollozando y llorando desconsoladamente. Liliana sollozaba también; aquellos corazones endurecidos se conmovieron, y no ví rostro alguno por donde no corriese una lágrima. Cuando estuvimos cerca de mi carro, apenas lo reconocí, tal lo habían puesto de flores y verdura. Aquí los hombres levantaron en alto las ramas de sauce incandescentes, y Smith preguntó con voz grave:

—¿Y esta?

—¡Esta es! ¡Esta es!—respondió Liliana.

Entonces todos se descubrieron y se hizo tal silencio que se oían los estallidos de la leña y el ru-

mor de las ramillas carbonizadas cayendo al suelo. El canoso minero, extendiendo sobre nosotros su nervudo brazo, exclamó:

—¡Dios os bendiga á vosotros y á vuestra casa!  
¡Amén!

Tres hurras consecutivos respondieron á aquella bendición y después, se marcharon todos dejándome solo con el tesoro mío.

Cuando el último compañero se hubo alejado, Lilliana apoyó su cabeza sobre mi pecho exclamando:

—¡Por siempre! ¡Por siempre!

Y en aquel momento, había en nuestras almas más estrellas que en la bóveda del cielo.

---

## VI

A la madrugada del siguiente día, dejé á mi mujer durmiendo y fuime á coger flores. El pensamiento de que era casado me llenaba de tanto júbilo, que alzaba los ojos al Dios de los ejércitos, dándole gracias por haberme dejado vivir hasta aquél momento en que el hombre se transforma en verdadero hombre y su existencia se funde con la de otra criatura amada sobre todas. Tenía ya alguna cosa propia en el mundo, y aún cuando mi casa y mi hogar consistiesen en un carro cubierto de grosera lona, sentíame riquísimo, y pensaba tristemente en la errante vida anterior, maravillándome de haber podido vivir hasta entonces de aquella manera. Jamás había soñado cuanta felicidad se encierra en la palabra *mujer*, cuando con ella se expresa la sangre del propio corazón, y la parte mejor de la propia alma. A momentos se exaltaba mi amor de tal manera que todo el mundo se coloreaba de la luz

de Liliana; lo convergía todo en ella y solo me interesaba cuanto á ella se refería. Ahora, llamándola mi mujer, la llamaba mía, mía por siempre. Pensaba que el gozo me enloquecía, no pareciéndome verdad que un pobre hombre como yo, poseyera semejante tesoro. ¿Qué me faltaba con él? Nada. Si aquel desierto no encerrase peligros para ella, si no tuviese la obligación sagrada de conducir la caravana á donde había prometido,.. hubiese renunciado á la California y habríame instalado en el Nebraska con Liliana á mi lado. Habíame propuesto ir á aquel lejano país en busca de oro, y ahora me reía de tal idea. ¡Qué riqueza podía encontrar teniéndola ya en mi mano?.. ¿Qué podía importarnos el oro á Liliana y á mí? Escojeré—declámeme— un rincón donde la primavera sea eterna, fabricaré una choza con troncos de árboles y viviré allí con ella; el arado y el fusil nos proporcionarán alimento y no moriremos de hambre.» Así discurría cogiendo flores, y cuando hube hecho una colecta abundante, volví sobre mis pasos. En el camino encontré á Mrs Attkins.

—¿Duerme la pequeña?—preguntóme quitándose de la boca su inseparable pipa.

—Sí, duerme,—respondila.

Y Mrs. Attkins, guiñando el ojo añadió:

—¡Ah, pícaro!

Pero «la pequeña» no dormía. Había bajado del carro, y defendiéndose con el brazo de la luz del sol, miraba en todas direcciones.

Al verme, vino hacia mí impetuosa, rosada y fresca como la mañana, y, cayéndome en los brazos abiertos, prorrumpió:

—¡Buenos días! ¡Buenos días!

Después, levantándose sobre la punta de los pies y mirándome en los ojos, me preguntó con una sonrisa monísima:

—¿Soy tu mujer?

¿Qué podía hacer sino besarla hasta hacerla pedir tregua? Así transcurría deliciosamente el tiempo en aquella delta interfluvial, tanto más, cuanto que todas mis atribuciones, hasta el día de la partida, las había conferido al viejo Smith. Fuimos una vez más á visitar á nuestros castores y el torrente seductor, donde la pasé ahora sin resistencia.

En una barquilla de madera roja, seguimos un día el curso del río Azul, donde en un repliegue del terreno le enseñé, cercanos, unos cuantos búfalos que retozaban en la orilla arcillosa.

Dos días antes de la partida cesaron nuestras excursiones, primeramente porque los indios habían hecho su aparición en los contornos, y luego porque mi Lilita se mostraba cada día más pálida y más débil. Cuando le preguntaba que tenía, me respondía, sonriente, asegurándome que no la molestaba nada. Yo velaba su sueño, la cubría como mejor podía, é impedía casi que el viento la tocara; este cuidado afanoso la hacía amarme cada día más. La Attknis guiñaba el ojo con expresión misteriosa hablando de aquella enfermedad de Lilita y echaba por la boca, humaredas tan densas de tabaco, que desaparecía tras ellas; pero yo me inquietaba, á mayor abundamiento, cuanto que á intervalos, tristes pensamientos atravesaban la mente de Lilita. Se le había metido en la cabeza que no era lícito amarse tanto como nosotros nos amábamos; y

una vez puso su transparente mano sobre la Biblia, que leía cuotidianamente, y me dijo con tristeza:

—¡Lee, Raj!...

Miré lo indicado, y un sentimiento extraño invadió todo mi sér, al leer: «¿Quién cambió la verdad de Dios en mentira, y honró y sirvió á la criatura más que al Creador, bendecido en la eternidad?»

Cuando acabé, añadió Liliana:

—Pero si Dios se enoja por esto, tengo la seguridad de que será tan bueno que me castigará á mi sola.

La tranquilicé diciéndola que el amor es como un ángel, que de dos almas humanas, se eleva hacia Dios, arrojando el barro de la tierra; y no se habló más de aquellos escrúpulos.

Además, los preparativos de marcha, la provisión de los carros y de los animales y mil otras ocupaciones me tenían separado de ella casi todo el tiempo. Cuando llegó el momento de la partida nos alejamos con dolor y llanto de aquella ribera, testigo de nuestra felicidad. Pero cuando ví la caravana de nuevo extendida en la pradera, aquellos carros los unos tras los otros, y los grupos de mulos á la vanguardia, experimenté cierto consuelo, pensando que el fin de aquel viaje se hacía cada vez más próximo, y que, pasados algunos meses, veríamos aquella California que demandábamos con tantos esfuerzos.

Los primeros días de camino no fueron sin embargo muy felices. Del Missouri hasta el pie de las Montañas Rocosas, la pradera, á trechos inmensos, estaba cubierta de fango; por este motivo los animales de tiro se cansaban pronto y había que dar-



les reposo á cada cuatro ó cinco horas. Además de esto, no podíamos acercarnos al gran río Platte, porque, no obstante haber terminado la estación propicia, era el tiempo de las grandes cacerías primaverales y un gran número de indios se agitaba á lo largo del río, persiguiendo las manadas de bisontes que se dirigían hacia el norte. El servicio nocturno era pesado y fatigoso; no pasaba la noche sin alarmas; y el cuarto día de nuestra salida del Delta, encontramos una importante partida de bandidos pieles-rojas en el momento que intentaban robarnos las mulas. Pero el contratiempo más grave era la falta de fuego, pues no pudiéndonos acercar al Platte, carecíamos de combustible, y, á causa de una ligera lluvia caída por aquel entonces, la hierba de búfalo no podía arder.

También las manadas de bisontes me causaban inquietud.

De tanto en tanto veíamos en el horizonte millares de aquellos animales, avanzando como una tempestad y destruyéndolo todo. Una de aquellas manadas que hubiese caído sobre la caravana, la hubiese destruído sin remisión. Para colmo de males, la pradera hormigueaba de osos grises, de jaguares, de grandes lobos del Kansas y de fieras de todas clases, que, como los indios, iban en seguimiento de los bisontes. Desde la orilla del pequeño, en el cual nos deteníamos para pernoctar, veíamos, al mediodía, familias enteras de osos que bajaban á beber, sedientos por el calor del día. Un día, un oso se precipitó contra nuestro mestizo Wichitta, y sino corro en su ayuda con el viejo Smith y el mulero Tom, seguramente lo hubiera destrozado

Dile á la fiera tal hachazo en la cabeza que se partió el durísimo mango de madera de *hickory*; el oso se lanzó entonces contra mí, y cayó solamente á los disparos de Smith y de Tom. Estos feroces animales eran tan osados, que venían por la noche hasta los mismos límites del campamento; y en el transcurso de una semana matamos dos á cien pasos de los carros. Por esta causa; desde el crepúsculo á la aurora los perros ladraban tan furiosamente que era imposible pegar los ojos.

En otro tiempo me complacía tal género de vida; un año antes, en el Arkansas, entre mayores peligros, parecíame estar en el paraíso. Pero hoy pensaba que en el carro mi amada esposa, en lugar de dormir, temblaba por mi vida, que la salud le iba faltando por tales inquietudes y daba á todos los demonios á los indios, á los osos y á los jaguares, y deseaba con toda mi alma devolver lo más pronto posible la quietud á aquella débil criatura, tan delicada y tan querida de mí, á la que hubiese querido tener siempre entre mis brazos. Un gran peso quitóseme del corazón, cuando, tres semanas después de tantos contratiempos, descubrí las claras ondas de un río que hoy se llama *Republican-River*, y que entonces aún no tenía nombre inglés en los mapas. Los sauces negruzcos formaban como una orla funeraria alrededor de las límpidas aguas y nos ofrecían abundante provisión de leña, y aun cuando aquella especie de sauces estalle en el fuego y disemine las cenizas, siempre arde mejor que la hierba de búfalos. Dispuse hacer dos días de parada en aquel sitio, tanto más cuanto que las rocas esparcidas aquí y acullá, en ambas orillas del río,

anunciaban la vecindad de una región de difícil acceso, abrupta y cerrada á espaldas de las Montañas Rocosas. Estábamos ya á una notable altura sobre el nivel del mar y á esto podía atribuirse el frío siempre creciente de las noches. Esta diferencia de temperatura del día á la noche nos molestaba mucho. Algunos, y entre ellos el viejo Smith, fueron asaltados por la fiebre y tuvieron que refugiarse en los carros. El germen de la fiebre lo habíamos cojido indudablemente en las orillas insalubres del Missuri, y las fatigas del viaje habían contribuído á desarrollarlo. La vecindad de los montes, sin embargo, nos daba esperanzas de una pronta curación, y mi mujer, entretanto asistía á los enfermos con la abnegación innata en los corazones angelicales. Cuando me despertaba, á la madrugada, mi primera mirada caía sobre aquella cabeza que reposaba junto á la mía, y el corazón me latía inquieto á la vista de aquella faz pálida, y de aquel círculo azulado alrededor de los ojos.

A veces despertaba, cogiéndome en muda contemplación; me sonreía y volvía á dormirse nuevamente. Entonces sentía que hubiese dado la mitad de mis fuerzas por hallarme en California. ¡Pero la California estaba lejos!

Pasados los dos días, nos pusimos de nuevo en camino; en breve, dejando al medio día el *Republican-River*, nos encontramos á lo largo del delta del *Hombre Blanco*. El país se presentaba cada vez más alpestre, y ya habíamos entrado en una estrecha garganta de rocas graníticas siempre más altas, parte solitarias, rectas y lisas como murallas, parte escabrosas y descendiendo en gradas. El com-

bustible no nos faltaba, por que en los ribazos y en las hendiduras de las rocas, crecían coscojas y pinos enanos. Aquí y allá los manantiales cantaban á lo largo de las paredes rocallosas; por las cimas puntiagudas saltaban tímidas las gamuzas. El aire era fresco, puro, sano; y una semana después cesaron las fiebres. Los animales, sin embargo, obligados á alimentarse, en cambio de la hierba jugosa del Nebraska con un pasto en el cual dominaba el erizo ó espino, habían enflaquecido asáz y relinchaban más fuerte arrastrando lentamente nuestros vehículos pesados y sobrecargados.

Finalmente un mediodía, vimos delante de nosotros, surgir nubes cortadas, esfumándose en lontananza, grises, azuladas, blancas y amarillas, abruptas, tocando el cielo. A esta vista se elevó un solo grito en la caravana: los hombres se subieron sobre los toldos de los carros para ver mejor y por todos lados resonaban los gritos de:

—¡Las Montañas-Rocosas! ¡Las Montañas-Rocosas!

Agitaron los sombreros en el aire y en todos los rostros se pintó el mayor entusiasmo.

Así saludaron los americanos sus Montañas-Rocosas. Yo, á mi vez, corrí hacia mi carro, y estrechando contra mi pecho á la adorada esposa, la juré una vez más, fidelidad eterna ante aquellos gigantescos altares de Dios, de cuya mole inaccesible se difundía un solemne y profundo misterio.

Púsose el sol, y en breve, el crepúsculo cubrió toda la comarca; pero aquellos gigantes, dorados por los últimos rayos, parecían inmensos conos de carbón encendido. Aquel rojo igneo fué trocándose

en un violado cada vez más obscuro; por fin desapareció todo y reinaron las tinieblas, mientras en lo alto brillaban las estrellas, esos ojos centelleantes de la noche. Todavía distábamos ciento cincuenta millas de la cadena principal, que al siguiente día desapareció de nuestra vista para volver á presentarse al subsiguiente y así á intervalos según los accidentes del camino. Caminábamos con mucha lentitud por los nuevos obstáculos que se ofrecían en la ruta. Seguíamos en cuanto nos era posible el lecho del río; pero frecuentemente teníamos que alejarnos y atravesar los vecinos matorrales, y un terreno cubierto de espinos grises y de cactus silvestres, ni aún buenos para las mulas, pero cuyas intrincadas ramas hacían tropezar á los pobres animales. A veces encontrábamos hendiduras del terreno imposibles de atravesar, que nos obligaban á torcer á un lado. Los guías Wichita y Tom, volvían para señalarme nuevos peligros á cada momento. Un día, cruzando un valle, fuimos detenidos en un punto donde se abría un abismo tan profundo que causaba vértigos el mirarlo, y la medrosa mirada se detenía ante un formidable murallón cortado á pico. Gigantescos robles que crecían en la sima, semejaban manchitas, y los bisontes, paciendo entre los robles, otros tantos escarabajos. El país se hacía á cada paso más tórrido, sembrado de detritus de rocas y de masas graníticas en extraño desorden; el eco en las cavernas repetía dos ó tres veces las imprecaciones de los muleteros y los relinchos de los mulos. Nuestros carros, que en medio de la pradera, visibles en la superficie rasa, parecían in-

mentos y magníficos, aquí, entre aquellas pendientes rocas, se habían empequeñecido extraordinariamente ante nuestras miradas, y parecían en los collados como engullidos por una boca gigantesca. Las cascadas, ó como dicen los indios «las aguas rientes», nos cortaban el camino; la fatiga nos había dejado exhaustos á nosotros y á las bestias; y la negra cadena de las Montañas, cuando se mostraba en el horizonte parecía siempre igualmente lejana y envuelta en la neblina. Afortunadamente la curiosidad vencía al cansancio y el continuo variar de escena la mantenía siempre viva. Ninguno de los expedicionarios, incluso aquellos de los Montes Alleghany, había visto comarca tan salvaje; aún yo, miraba estúpido aquella garganta inmensa, á lo largo de la cual, la desbordada fantasía de la naturaleza había hecho surgir castillos, fortalezas y edificios de piedra. De vez en cuando tropezábamos con indios, diferentes de los de la pradera, en pequeños grupos y mucho más salvajes. La vista de la gente blanca había desarrollado en ellos una fatuidad unida á cierto deseo de sangre. Parecían aun más crueles que sus hermanos del Nebraska: la estatura más alta, el tinte más oscuro, las narices dilatadas y la mirada errante, dábanles un aspecto de fieras enjauladas. En sus movimientos se veía la vivacidad y la desconfianza de los animales; hablando se tocaban con el pulgar los carrillos, pintados con fajas blancas rosadas alternativamente. Sus armas consistían en hachas y arcos fabricados con madera de espino-cerval, tan fuerte, que mis compañeros, trataban en vano de rom-

perlos con la mano. Siendo aquellos salvajes de una ferocidad indomable hubieran sido muy peligrosos reunidos en gran número, pero afortunadamente eran pocos, y el mayor de los grupos que encontramos no se componía de más de quince hombres.

Nuestro mestizo Witichia, aún cuando práctico en los dialectos indios no consiguió entender lo que decían éstos; y no comprendimos por que todos aquellos salvajes, señalándonos las Montañas Rocosas, cerraban y abrían la mano como si quisiesen expresar un número con los dedos.

El camino se hizo tan difícil, que con los mayores esfuerzos apenas si hacíamos unas quince millas diarias. Los caballos empezaban á caer, pues menos resistentes que las mulas eran también más escrupulosos en el pasto; la gente estaba extenuada, porque todo el día necesitaba tirar de los carros, con cuerdas, ayudando á los mulos ó sostenerlos en los descensos demasiado rápidos. Poco á poco la anemia se fué apoderando de los más débiles; muchos enfermaron y uno de la caravana que tras un violento esfuerzo tuvo un vómito de sangre, murió maldiciendo la hora en que se le antojó salir de Nueva-York.

Estábamos entonces en la parte peor del viaje, cerca del riachuelo que los indios llaman Riowa; aquí las rocas no se levantaban tan altas como en el confin occidental del Colorado, pero todo el país, hasta donde podía alcanzar la mirada, estaba sembrado de masas y piedras hendidas. Estas piedras, en parte á flor de tierra y en parte enterradas da-

ban al terreno el aspecto de un inmenso cementerio con las lápidas arrancadas y dispersas. Era el verdadero «mal país» del Colorado correspondiente al que se extiende al norte del Nebraska. A suma de fuerzas, salimos de allí al cabo de una semana.



---

---

## VII

Después nos detuvimos al pie de las Montañas-Rocosas. Me asaltó el estupor al contemplar de cerca aquel mundo de granito cuyos flancos estaban rodeados de nubes y la cima se confundía entre el cielo y la nieve eterna. La mole y la majestad silenciosa de aquellos montes, me hicieron humillar la frente en el suelo y suplicar ardientemente al Señor que me permitiese conducir á través de aquellas inmensas murallas, mis carros, á mi gente y mi amada esposa.

Después de aquella plegaria, me introduje con mayor ardimiento en las petreas gargantas, en aquellos lugares, que al cerrarse detrás de nosotros, nos separaban del mundo por completo. Sobre nuestras cabezas extendíase el cielo, cruzado á intervalos por cualquier ave de rapiña que graznaba al vernos; alrededor granito y siempre granito; un verdadero laberinto de bóvedas, de barrancos, de precipicios, de abismos, de torres, de edificios

silenciosos y de gigantescas cámaras sumergidas en el sueño. Tanta era la solemnidad y el horror en aquel desfiladero pedregoso, que, sin darnos cuenta, en vez de hablar en voz alta nos entendíamos cuchicheando; semejaba que el camino se cerrara continuamente delante de nosotros y que algunas voces murmuraran que no fuésemos más allá; semejaba que íbamos á violar algún secreto, sobre el cual, Dios mismo había puesto su veto. Por la noche, cuando aquella crestería montuosa se tornaba negra como la tumba, y la luna arrojaba sobre la veta un velo fúnebre de plata, cuando extrañas sombras se elevaban de las «aguas rientes», un escalofrío asaltaba aún á los más endurecidos aventureros, y pasábamos las horas alrededor del fuego contemplando con temor pánico aquellos negros vallecillos iluminados por el sangriento resplandor, casi esperando de un momento á otro, la aparición de alguna cosa horrible.

Una vez encontramos en una caverna un esqueleto humano y aún cuando por su cabellera y sus armas reconocimos ser de un indio, un siniestro sentimiento nos apretó el corazón, pareciéndonos que aquel esqueleto de crispadas mandíbulas nos advirtiese que de aquel lugar no se salía con vida. El mismo día, el mestizo Tom, murió despeñándose con su caballo de lo alto de un acantilado. Una sombría tristeza invadió á toda la caravana. Antes íbamos gritando jocosamente; ahora, aún los muleteros cesaron de proferir exclamaciones y el convoy avanzaba en medio de un silencio profundo, á escepción del rumor de las pisadas y el rechinar de las ruedas. Sucedió con frecuencia que los mu-

los se paraban como empantanados y entonces todos los carros se detenían forzosamente.

Lo que más me atormentaba era que en los momentos más graves y peligrosos, en los cuales mi mujer tenía mayor necesidad de mi presencia y de mi ayuda, no podía estar á su lado, pues debía casi multiplicarme para dar buen ejemplo y reforzar el valor y la confianza. La gente en verdad, soportaba los contratiempos con esa perseverancia ingénita en los americanos pero estaba reducida á tal extremo, que se agotaban sus fuerzas, y yo solo, sin daño para mi salud, resistía las fatigas. Venían noches que no dormía sino un par de horas; tiraba de los carros junto con los otros; colocaba las guardias; giraba incesantemente alrededor del convoy, en una palabra, hacía un servicio doble penoso que los demás; la felicidad me sostenía las fuerzas. En efecto, cuando cansado y abatido, llegaba á mi carro, encontraba allí cuanto de más caro tenía en el mundo: un fiel corazón y una mano querida que enjugaba el sudor de mi frente. Liliana, aun cuando sufría un poco, no se dormía nunca antes de mi llegada, y cuando la reñía por esto, me cerraba la boca con besos y con la súplica de que no me irritase con ella. Muchas veces, cuando se despertaba me cubría con pieles de búfalo para abrigarme. Siempre dulce y suave, enamorada y pensando en mí, la adoraba, besaba la orla de su vestido como si fuese una santa y nuestro carro una iglesia. Aquel pequeño ser casi me ocultaba las gigantescas moles, á las que dirigía tímidamente su mirada, y mientras estaba á su lado, aquellas montañas desaparecían de mis ojos y no veía nada más que á ella.

Cuando las fuerzas faltaban á los otros, á mí no me faltaban y sentía que mientras se tratase de ella no me faltarían nunca.

Después de tres semanas de camino llegamos á un inmenso desfladero formado por el río Blanco. Al entrar en él, los indios de la tribu del Utah nos tendieron una celada que nos desorientó un poco; pero cuando sus rojizas flechas vinieron á caer sobre el toldo del carro de mi mujer, caí con mis compañeros sobre ellos con tanto ímpetu que pronto quedaron dispersos. Les matamos tres cuartas partes. Un prisionero que cojimos ileso, joven de unos diez y seis años, repuesto del miedo, empezó, haciéndonos señas á nosotros y hacia occidente, á repetir los mismos gestos que nos habían hecho anteriormente los yamos. Nos pareció que quería significar que á poca distancia había blancos, cosa que juzgamos poco probable. Pero la cosa era cierta; y fué extraordinario el asombro y el júbilo de mi gente, cuando al siguiente día, descendiendo la pendiente, divisamos, en el fondo del extenso valle situado á nuestros pies, no solo carros, sino aún casas, construidas con troncos cortados de poco tiempo. Estas casas estaban dispuestas en un círculo en cuyo centro se erguía un vasto cobertizo; por el valle se deslizaba un torrente, á lo largo del cual discurrían manadas de mulos, guardados por hombres á caballo. La presencia de blancos en aquel lugar me llenó de maravilla que luego se tornó en temor, al pensamiento de que podían ser piratas de la pradera, refugiados allí para substraerse al castigo merecido por sus fechorías. Sabía que semejantes desertores de la sociedad, se trasladaban á países

lejanos y casi desiertos, donde se organizaban militarmente, y empezaban á crear un nuevo pueblo, viviendo al principio del bandidaje, y transformándose luego en estados regulares con el concurso de la emigración siempre creciente.

Había encontrado con frecuencia bandidos de tal calaña sobre la ribera montuosa del Mississipi cuando enviaba por la vía del río mis cargamentos de madera á Nueva Orleans; con frecuencia había tenido con ellos sangrientas colisiones, y la crueldad y el espíritu belicoso de aquellos hombres me eran bien conocidos. No les hubiera temido si entre nosotros no estuviera Liliana; pero la idea del peligro que pudiese correr en una refriega, me hacía erizar los cabellos, y por primera vez en mi vida sentí tanto miedo como el último de los cobardes; estaba persuadido de que siendo ladrones, un encuentro con ellos tendría mayor gravedad que siendo indios.

Acto continuo di parte á mis compañeros del probable peligro y los dispuse en orden de batalla. Estaba resuelto á extirpar aquel nido de maleantes ó á morir en la empresa, por lo cual resolví tomar la ofensiva y atacarles sin más aviso. Entretanto fuimos avistados del valle y dos hombres á caballo galoparon á nuestro encuentro. Entonces respiré pues los piratas no tenían la costumbre de mandar embajadas.

Nos dijeron ser cazadores por cuenta de una compañía americana que trabajaba en pieles y que aquel era su campamento de verano.

En lugar de un combate, pues, nos esperaba una

acogida de las más cordiales y toda clase de ayuda, de parte de aquellos endurecidos, pero honrados cazadores del desierto. Nos recibieron con los brazos abiertos y dimos gracias á Dios que, compadecido de nuestra miseria, nos aparejaba tan dulce y necesario reposo.

Hacia dos meses y medio que estábamos en viaje; nuestras fuerzas estaban agotadas, las mulas casi muertas, y aquí podíamos reposar algunas semanas plenamente seguros, con abundante comida para hombres y animales.

Encontramos allí un verdadero paraíso. Mister Thorston, jefe del campamento, hombre de educación esmerada, habiendo conocido que yo no pertenecía al común de los aventureros que frecuentan el desierto, estrechó conmigo una franca amistad y puso á disposición mía y de Liliana su propia casetta.

Mi pobre mujer, cuya salud empeoraba, quiso guardar cama un par de días, y estaba tan cansada, que durante las primeras veinticuatro horas, apenas abrió los ojos, mientras yo velaba, sentado junto al lecho, para que nada turbase su sueño.

Después de los dos días le volvieron las fuerzas y pudo salir, pero no permití que pusiese mano en ninguna labor. Mis compañeros, los primeros días durmieron como marmotas; después se aplicaron en componer los carros, la ropa y á lavar el lienzo. Aquellos buenos cazadores nos ayudaron en todo generosamente; eran la mayor parte canadienses asalariados por una compañía comercial; pasaban el invierno cazando castores y matando martas y los veranos se reunían en aquel llamado «campa-

mento de verano en el cual guardaban temporalmente las pieles, para transportarlas en gran cantidad y con numerosa escolta hacia Oriente.

El servicio de aquellos hombres, ajustados por cierto número de años, era indeciblemente penoso; debían introducirse en países muy lejanos y vírgenes, donde encontraban con abundancia toda suerte de animales de piel útil, pero donde también estaban en continuo peligro y en continua guerra con los pieles-rojas. Recibían magnífica recompensa; sin embargo la mayor parte no servían por lucro sino por amor á la vida aventurera del desierto. Eran hombres de gran fuerza y espléndida salud, capaces de soportar contrariedades de cualquier género.

La vista de sus cuerpos altos, de sus gorros de piel y de sus largas carabinas, recordaba á mi mujer las novelas de Cooper, que había leído en Boston; y Liliana observaba con gran curiosidad todo el campamento y su organización. La disciplina, observada por todos voluntariamente, era rígida y semejante á la que se impone en un regimiento de caballería. Thorston, el agente principal de la compañía y además socio capitalista, tenía poderes completamente militares. La gente era muy honrada y nos encontramos muy bien en su compañía. Thorston alabó en presencia de todos mi proyecto de viajar por la vía septentrional en lugar de ir por San Luis y el Kansas, y contó que una caravana compuesta de trescientas personas, la cual había seguido aquella ruta bajo la guía de un cierto Marcavood, después de inauditos sufrimientos á causa del calor y la sequía, había perdido los animales de

tiro y había sido por último exterminada por los indios arapahos, y derrotados estos á su vez en una gran batalla que tuvieron con sus cazadores. Tal relato hizo gran impresión en mis compañeros, y el viejo Smith, unos de los viajeros más consumados, que al principio fué contrario al viaje por el Nebraska, dijo en presencia de todos que yo era más astuto que él y que de mí se amparaba en todo y para todo.

Durante nuestra estancia en aquel «campamento de verano,» recobramos las perdidas fuerzas. Además de Mr. Thorston, con el cual trabé íntima amistad, conocí á Mick, célebre en todos los estados, que no pertenecía á la empresa, sino que junto con dos famosos aventureros, Lincoln y Rid Carstone, erraba por los desiertos.

Aquellos tres individuos habían librado verdaderas batallas con tribus enteras de indios, y la habilidad y el sobrehumano atrevimiento, les había siempre asegurado la victoria. El nombre de Mick, del cual se ha escrito tanto, era tan temible para los indios, que para ellos, su palabra valía tanto ó más que un tratado con los Estados-Unidos; el gobierno se sirvió con frecuencia de este aventurero para mediador y le nombró por fin gobernador del Oregón.

Cuando le conocí tenía cerca de cincuenta años, pero sus cabellos eran negros como el ala del cuervo y en su mirada se pintaba la bondad de corazón junto con la fuerza y el valor indomable. Pasaba asimismo por ser el hombre más forzado de todos los Estados; y cuando me medí con él, con gran



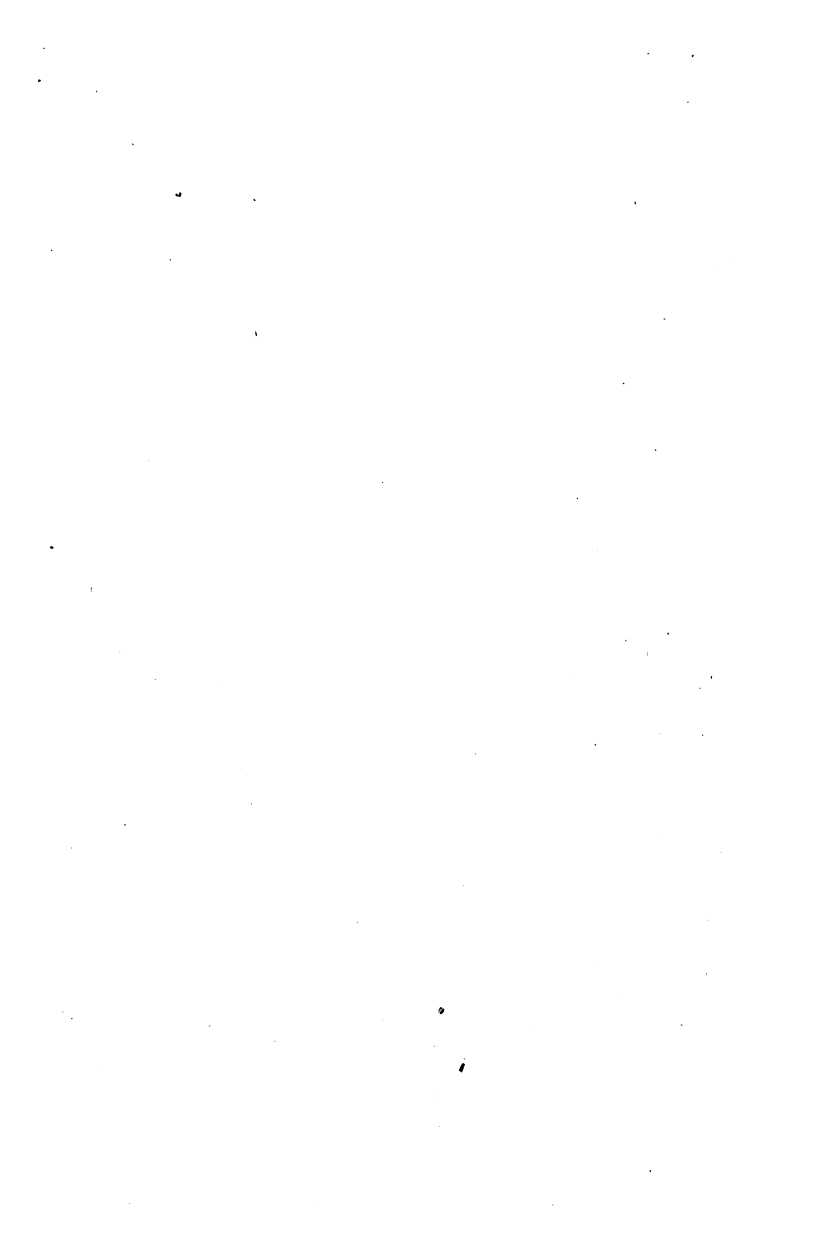
asombro de todos, fui el primero que no pudo vencer.

A este hombre de gran corazón le fué Lilibana sumamente simpática; la bendecía cada vez que venía á visitarnos, y antes de partir la regaló un par de zapatitos confeccionados por él con piel de gamo; regalo que vino muy apropiado, no teniendo la pobrecita más que el par puesto y este destrozado.

Finalmente partimos para seguir nuestro viaje, con buenos auspicios, bien informados sobre los desfiladeros por donde debíamos meternos y con abundante provisión de carne salada. Además de esto, el bondadoso Thorston se quedó nuestros peores mulos, cediéndonos en cambio otros, fuertes y reposados; y por último, Mick, que conocía la California nos contó verdaderos milagros, no solo de las riquezas del país, sino también de la suavidad del clima, de la belleza de los bosques y de los paisajes alpinos, sin semejante en toda América.

Una inmensa esperanza se hizo en nuestros corazones, ignorantes del calvario que nos esperaba antes de entrar en la tierra prometida.

Partimos agitando los sombreros hasta perder de vista á nuestros caros canadienses. En cuanto á mí, aquel día de la partida estará eternamente grabado en mi corazón, porque á mediodía, Lilibana, la adorada estrella de mi vida, echándome los brazos al cuello, me susurró al oído una cosa tal, que me hizo caer á sus pies llorando de ternura, y besar las rodillas de aquella que no solo era mi esposa, sino la futura madre de un hijo de nuestro amor.



---

## VIII

Dos semanas después de haber dejado el campamento de verano, entramos en el Utah, y la marcha (aún cuando no sin dificultad) fué al principio bastante expedita. Teníamos todavía que atravesar una estribación occidental de las montañas Rocosas. Pero dos ríos notables, el Green y el Gran River, que juntos forman el inmenso Colorado y numerosos afluentes de estos ríos abrían caminos bastante fáciles, y por ellos llegamos, después de algún tiempo al lago Utah, donde empiezan las tierras salitrosas.

Estábamos rodeados de un país salvaje, uniforme, triste. Grandes valles desiertos, ceñidos por un anfiteatro de rocas, se extendían el uno después del otro, siempre lo mismo y enojosamente monotonos; y tanta era la tristeza, la desnudez y la esterilidad de aquellos lugares, que su vista hacía acudir á la mente el recuerdo de los desiertos bíblicos.

Los contornos de los lagos salados son estériles

y caldeados, sin vegetación arbórea. La tierra desnuda á trechos inmensos, resuda sal y potasa, se cubre de hierbas grisáceas, de hojas duras, que rotas destilan un jugo viscoso y salado. La marcha por aquellos sitios es triste y penosa.

Transcurren semanas enteras y el desierto se extiende sin fin, y se abren á la vista nuevas planicies, siempre uniformes y siempre rojizas.

Nuestras fuerzas empezaban á agotarse. En la pradera, nos circundaba una uniformidad de vida: aquí una uniformidad de muerte.

¡Qué negligencia y qué abandono se apoderó lentamente de la caravana! Pasamos el Utah... ¡Siempre la misma tierra muerta! Entramos en el Nevada... ¡Lo mismo! El sol ardía hasta humearnos el cráneo; los rayos, reflejando en aquella superficie cubierta de sal, nos dañaban la vista; en el aire se elevaba un polvillo que quemaba los párpados. Las bestias de tiro caminaban á empujones, y con frecuencia caía alguna herida por el sol como por un rayo. La mayor parte de la gente se sostenía con el pensamiento de que pasada una semana ó dos, Sierra-Nevada aparecería en el horizonte, y detrás, la deseada California.

Entretanto transcurrían los días y las semanas en medio de sufrimientos cada vez mayores. En una semana nos vimos obligados á abandonar tres carros por falta de tiro. Era aquella una tierra de miseria y desventura. En la Nevada el desierto se hizo más desolador y empeoró nuestro estado, añadiéndose las enfermedades á los demás infortunios. Una mañana vinieron á decirme que Smith estaba

enfermo, y, al visitarle, con dolorosa sorpresa me convencí de que el viejo minero tenía el tifus.

No se recorren impunemente tantos climas. El continuo cansancio, no sosegado por ningún reposo, y los sufrimientos, desarrollan el gérmen de la terrible dolencia. Lillian se obstinó en cuidar al viejo que la amaba como una hija y nos había bendecido el día de nuestras nupcias; temblaba por ella con toda mi alma, pero no podía impedirle que fuese cristiana. Asistía al enfermo día y noche junto con la Atkins y la Grosvenor que imitaban su ejemplo. Al segundo día, el viejo perdió el conocimiento y el octavo se extinguió en los brazos de Lilliana. Yo lo enterré derramando lágrimas afectuosas sobre aquel muerto, que había sido no solo una ayuda para mí y mi mano derecha en todo, sino que nos amaba como un padre.

Creímos que después de tal sacrificio, Dios tendría compasión de nosotros; pero aquella pérdida fué el preludio de nuevos dolores. En efecto, el mismo día cayó enfermo otro minero, y después, casi diariamente, se metía alguien en el carro para no salir sino trasportado en nuestros brazos para ser enterrado.

Y así atravesábamos el desierto seguidos por el contagio que hacía nuevas víctimas. Mrs. Atkins cayó también enferma pero pudo salvarse gracias á los asiduos cuidados de Lilliana. El ánimo me iba faltando; y á veces mientras Lilliana asistía á los enfermos y yo vigilaba la caravana, solo en la obscuridad, me apretaba la frente con las manos y suplicaba al Señor, gritando como un perro, misericor-

dia para ella y no osando proferir las palabras: «Hágase la vuestra y no mi voluntad.»

Otras veces, de noche, me despertaba de improviso, pareciéndome que la peste entreabría el toldo de mi carro, y se acercaba girando alrededor de Liliana. Todos los momentos que no estaba á su lado, y eran frecuentes, se convertían para mí en una verdadera tortura, bajo la cual me doblegaba como un arbolillo bajo el viento; Liliana, sin embargo, soportaba todas las fatigas y todos los quebrantos. Los hombres más fuertes caían enfermos, pero ella, si bien pálida y demacrada, y con las señales cada vez más evidentes de la maternidad, continuaba teniendo salud y yendo de carro en carro. Yo no me atrevía á preguntarle como se encontraba; la cogía entre mis brazos y la estrechaba contra mi pecho mucho tiempo... y cuando quería decirle algo, sentía la garganta apretada, tan apretada que no podía articular una palabra.

Poco á poco, la esperanza quiso hacerse sitio en mi alma. Nos aproximábamos á la parte occidental de la Nevada, donde terminan los lagos muertos, las tierras saladas y el desierto pedregoso, empezando una zona de praderas llanas, verdes y feraces. Cuando despues de dos días nadie cayó enfermo, creí que nuestras miserias habían terminado... ¡pero era demasiado pronto!

Habían muerto nueve personas y seis estaban aún postradas. La disciplina, por miedo al contagio había empezado á corromperse; los caballos habían perecido casi todos y los mulos parecían esqueletos. De cincuenta carros (que tantos habían salido del campamento de verano) solo veintidós se

arrastraban ahora por el desierto. Además de esto nadie quería salir de caza, ante el temor de ser asaltado por el tifus lejos del campo y morir sin socorro.

Las provisiones tocaban á su término y hacia una semana que nos manteníamos de ardillas negras, cuya fétida carne llevábamos á la boca con marcada repugnancia. Por lo demás, aún este alimento escaseaba. Pero, pasados los lagos, la caza se hizo más frecuente y los pastos más abundantes. Encontramos de nuevo á los indios que nos atacaron (contra su costumbre) en medio del día, sobre la pradera llana, y llevando armas de fuego, me mataron cuatro hombres.

En la escaramuza resulté herido de un hachazo en la cabeza y por la noche, á causa de la gran hemorragia, perdí el conocimiento. Pero aquella herida casi me causó placer, por que entonces Liliána tenía que asistirme á mí, y no á los enfermos que podían transmitirla el contagio. Estuve tres días acostado y los pasé felizmente. Teniéndola continuamente á mi lado, la besaba las manos cuando me renovaba el vendaje, y la miraba.

Al tercer día ya estuve en disposición de montar á caballo, pero, debilitado el ánimo, me fingí enfermo todavía para estar más tiempo á su lado.

Mi debilidad era grandísima; me parecía que todos mis huesos estaban hechos pedazos. No tanto por la fatiga, sino por la ansiedad respecto á la salud de mi mujer, había enflaquecido horriblemente; y como antes la miraba yo, mirábame ahora ella con temor é inquietud. Pero no había remedio, necesitaba montar á caballo sobre el último animal

que vivía y guiar la caravana, tanto más cuanto que algunos signos inquietantes nos llegaban de todas partes.

Un calor casi sobrenatural nos oprimía y en el aire elevóse como una niebla lívida semejante á una densa humareda. El horizonte se ennegreció hasta obscurecer el cielo; los rayos del sol llegaban á la tierra rojizos y tristes.

Los animales mostraban una inquietud extraña y respiraban afanosamente rechinando los dientes; á nosotros nos parecía que respirábamos fuego. Supuse que sería efecto de los vientos que soplan del desierto del Gila, del cual había oído hablar en el oriente, pero en torno nuestro reinaba profunda quietud y ni una brizna de yerba se movía en el desierto. El sol se puso rojo como un disco de sangre y la noche continuó sofocante; los enfermos gritaban pidiendo un poco de agua; los perros aullaban; y yo me trasladé algunas millas fuera del campamento para ver si la pradera ardía, pero por ningún punto se veía resplandor de incendio. Al fin persuadime de que aquel calor debía prevenir de algún incendio ya extinguido. Durante el día había notado que los antilopes, los búfalos y las ardillas corrían velozmente hacia oriente, huyendo de la California, hacia donde nosotros nos encaminábamos á costa de tantas calamidades. Habiéndose el aire hecho menos denso y el calor menos pronunciado, me confirmé en la idea de que hubiese ocurrido un incendio y que los animales fugitivos buscaban únicamente el pasto en otras direcciones. Necesitaba, pues, orientarme para saber si el camino incendiado se podía atravesar ó era preciso va-



dearlo. Según mis cálculos, no debíamos distar de la Sierra Nevada sino unas trescientas millas inglesas, ó sea unos veinte días de viaje, y resolví hacer el último esfuerzo para alcanzarla.¶

Viajábamos ahora de noche porque el calor diurno debilitaba extraordinariamente las caballerías, y durante el día entre los carros había siempre un poco de sombra en la cual podíamos reposar. Una de aquellas noches, mientras estaba en el carro, cerca de Liliana, no pudiendo ir aún á caballo por el desfallecimiento y la herida, sentí de improviso rechinar de un modo extraño las ruedas al resbalar sobre un singularísimo terreno y gritos repetidos de: «¡Stop! ¡Stop!» que se difundieron por toda la caravana.

Salté del carro; y, á la claridad de la luna ví á los muleteros inclinados hacia tierra mirando fijamente, y una voz me dijo al oído: «¡Capitán, caminamos sobre carbones!» Inclinéme, palpé el terreno, y, en efecto, estábamos sobre la pradera carbonizada.

Detuve acto seguido la caravana y pasamos el resto de la noche en aquel sitio. A la mañana siguiente, apenas salió el sol, un extraño espectáculo se presentó á nuestras miradas. Una llanura, negra como el carbón, se extendía delante de nosotros. No solo todos los arbustos y la hierba se habían quemado, sino que la tierra se había vitrificado de tal modo que las pezuñas de las mulas y las ruedas de los carros se reflejaban como en un espejo. No podíamos apreciar con exactitud hasta donde se extendía el incendio, pues el horizonte estaba envuelto en la niebla todavía; sin embargo, sin vaci-

lar, ordené guiar hacia el mediodía para llegar al límite de la llanura incendiada, y costearla, no queriendo arriesgarme sobre aquellos carbones. Sabía por experiencia lo que era un viaje por una pradera abrasada, donde no queda una brizna de hierba para los animales; y por que el fuego se había propagado, á lo que parecía, según la dirección del viento, hacia el septentrion, esperaba dirigiéndome al mediodía, llegar al origen del incendio. La gente obedeció mis órdenes, aunque de mala gana, pues solo Dios podía saber el retardo que aquello produciría en nuestro viaje.

---

## IX

Durante el descanso de medio día, el calor llegó á hacerse insoportables; de improviso aconteció un hecho casi prodigioso. La niebla y el humo se disiparon como por arte mágico, y á nuestros ojos se mostraron los montes de Sierra-Nevada, verdes y rientes, maravillosos, cubiertas las cimas de nieve reluciente, y tan próximos, que á simple vista podíamos distinguir los montículos, las laderas verdes y los bosques. Nos parecía que su aire fresco, impregnado del vivificante olor de los abetos, llegase á nosotros por encima de aquellos carbones, y que después de algunas horas arribaríamos á sus pies floridos. Ante semejante vista, la gente exhausta por el horrible desierto y los sufrimientos, casi enloqueció de júbilo; unos caían al suelo sollozando, otros extendían los brazos al cielo, reían como estúpidos y palidecían sin saber qué proferir. Liliana y yo llorábamos de alegría, unida en mí, á cierto

asombro, al calcular que sólo ciento cincuenta millas nos separaban de California.

Entre tanto, los montes sonreían delante de nosotros; y parecía como que por cualquier encantamiento se nos aproximasen, invitándonos y festejándonos. Aun cuando no había terminado aún la hora de descanso, la gente no quiso oír hablar de más larga parada en aquel lugar; por signos, los enfermos, sacando fuera del velo de tela las manos amarillentas, rogaban que se apremiase y se partiese en seguida.

Llenos de alegría nos pusimos inmediatamente en camino, y al estridir de las ruedas sobre la tierra carbonizada se mezclaban el restallar de las fustas, los cantos y los gritos. De bordear aquel terreno abrasado ni siquiera se habló... ¿á qué venía semejante rodeo cuando unas cuantas millas más allá estaba la California y sus maravillosas montañas cubiertas de eterna nieve? Proseguimos, pues, por la vía más breve. El humo, por lo demás, nos escondió de pronto aquella espléndida vista; el horizonte se volvió más limitado cada vez; por fin se puso el sol, se hizo de noche, las estrellas lucieron débilmente en el cielo y nosotros continuamos adelante. Los montes estaban mucho más lejanos de lo que parecía.

A media noche los mulos comenzaron á relinchar, á recular, y una hora después la caravana tuvo que detenerse, porque la mayor parte de los animales se habían arrojado al suelo. Los hombres probaron á levantarlos, pero inútilmente. En toda la noche no pudimos pegar los ojos.

A los primeros reflejos del alba, nuestras miradas

se dirigieron ávidamente en lontananza, pero... no descubrieron nada. El negro funeral desierto se extendía hasta donde llegaban nuestras miradas, uniforme, unido y limitado en el horizonte por una línea oscura. De los montes del día anterior, ni vestigios.

Los hombres estaban consternados; el espejismo nos había engañado. Un escalofrío recorrió mis huesos. ¿Qué hacer? ¿Seguir adelante? ¿Y si la llanura carbonizada continuaba por millas y millas? ¿Volver? ¿Y si, por ventura, á poca distancia estuviese el límite de aquel negro terreno? ¿Podrían los mulos volver al punto donde empezaba aquel camino? No me atrevía á mirar en el fondo de aquel abismo, á cuyo borde estábamos todos. Era preciso, por lo demás, determinarse á tomar algún partido. Monté á caballo, separéme algo de la caravana, y de una alturita vecina abracé con la mirada un poco más de horizonte.

Con ayuda del anteojo, ví á lo lejos algunas señales de verdura: pero, llegado á aquel sitio, después de una hora de camino, encontréme en un claro donde el fuego no había conseguido quemar toda la vegetación... la llanura quemada se extendía más allá de las miradas y del anteojo. ¡No había remedio! Era necesario volver grupas y costear todo aquel terreno maldecido. Dirigí mi caballo al *tabor*; esperaba encontrar los carros en el mismo sitio en que los dejara, habiendo ordenado que me esperasen; pero tan pronto como consiguieron levantar los mulos, la caravana se puso en movimiento. A mis preguntas, se me contestó sombríamente:

—¡Allí están los montes y allí queremos ir!

No intenté oponerme, pues comprendí que ninguna fuerza humana sería capaz de convencer á aquella gente. Hubiese arriesgado el regreso solo con Liliana, pero había abandonado mi carro en el desierto y mi esposa viajaba en el de la Attkins.

Proseguimos, y al llegar de nuevo la noche, nos vimos obligados á detenernos. Sobre la pradera carbonizada se levantó el rosado disco de la luna é iluminó el negro desierto. A la mañana siguiente, sólo la mitad de los carros pudieron ponerse en camino, pues los tiros de la otra mitad sucumbieron durante la noche. El calor del día era horrible; los rayos del sol llenaban el aire de fuego. Uno de los enfermos murió en medio de atroces convulsiones, y nadie se cuidó de abrirle una sepultura. Lo depusimos sobre la estepa y proseguimos nuestro camino. El agua de los grandes charcos vistos el primer día, reanimó por un momento á personas y bestias, pero no pudo devolvernos la fuerza. Los mulos hacía treinta y seis horas que no habían comido ni una hoja de hierba y vivían sólo de paja que arrancábamos de los carros; y aun ésta venía terminándose. El camino se sembraba con sus cadáveres, y al tercer día quedaba uno solo, que yo reclamé con violencia para Liliana. Los carros, y dentro de ellos los utensilios que habían de procurarnos el pan en California, se quedaron en aquel desierto eternamente maldito.

Todos, excepto Liliana, andábamos á pie. En breve un nuevo enemigo asomó su rostro sombrío: el hambre. Una parte de los víveres se había abandonado con los carros, y estaba para concluirse la pe-

queña provisión que cada uno había llevado consigo. Sólo yo, entre todos, tenía aún cierta cantidad de bizcochos y un pedazo de carne salada que servía para Liliana, y hubiera hecho trizas al que me hubiese reclamado aquella comida. ¡Y la horrible llanura se extendía indefinidamente!

Para aumentar nuestros tormentos, el espejismo repetía su horrible juego á la hora meridiana, mostrándonos los montes, los bosques, los lagos... Las noches eran después más horribles; los carbones despedían entonces el calor solar, quemaban nuestras plantas y nos abrasaban la garganta de una sed atroz.

Una noche, á uno de la caravana se le trastornó el cerebro; y tendido en el suelo, comenzó á reír espasmódicamente, y aquella risa nos persiguió muy lejos entre las tinieblas. El mulo sobre que cabalgaba Liliana, cayó, y los famélicos lo hicieron á pedazos en un momento; ¿pero qué cosa era aquello para doscientas personas? Transcurrieron el cuarto y quinto día.

El hambre había cambiado á aquellos hombres en aves de rapiña y se miraban ferozmente unos á otros; sabían que yo guardaba todavía algunos víveres, pero sabían también que exigir de mí un pedacillo, era desear la muerte, y el instinto de conservación podía en ellos, aún, más que el hambre. Alimentaba á Liliana solo de noche para que aquella vista no les irritase. La pobre me suplicaba que participase del miserable festín; pero habiéndola asegurado que me mataría si persistía en sus exigencias, comía llorando. Sabía, sin embargo, que

á pesar de mi vigilancia, ocultaba algunos bocados para la Atkins.

Pero entre tanto, el hambre metía su mano de hierro en mis entrañas. La cabeza me ardía. Hacía cinco días que había bebido un sorbo de agua en el charco que habíamos dejado atrás. El pensamiento, pues, de que llevaba encima pan y carne, y el de que podía comer cuando quisiera, se tornaba para mí un martirio; temía verme asaltado por un delirio y precipitarme sobre aquel alimento.

—¡Señor!—exclamaba en lo más íntimo de mi alma.—¡No me abandones! ¡No dejes que me embrutezca hasta el extremo de tocar esto que puede sostenerle la vida!

En la mañana del sexto día, noté en el rostro de Liliana manchas rojizas; tenía las manos ardientes y al caminar respiraba afanosamente. De pronto, mirándome con los ojos extraviados, me dijo rápidamente como si temiera perder el conocimiento antes de acabar:

—¡Ralf, déjame aquí, sálvate; para mí ha terminado todo!

Apreté los dientes para no aullar ni blasfemar, y mudo la cogí entre mis brazos. Ráfagas de fuego comenzaron á danzar delante de mis ojos. Y como un arco demasiado tirante, estallé; y mirando al cielo desapiadado, exclamé con el alma rebelde:

—¡Yo!...

Entre tanto llevaba sobre mi gólgota aquel carísimo peso, aquella sola santa, amada mártir. No sé de dónde saqué las fuerzas. Quedé insensible al hambre, al calor, á la fatiga, no veía nada delante de mí, ni hombres, ni pradera incendiada... sólo la



veía á ella. Por la noche empeoró, perdiendo el conocimiento. De vez en cuando, gemía en voz muy baja:

—¡Ralf, agua!...

Y yo no tenía sino pan y carne salada. En el colmo de la desesperación, me herí la mano con mi cuchillo para humedecerle los labios con mi sangre. Volvió en sí á los pocos momentos, y gritando recayó en un síncope del cual creí que no salía. Pero se recobraba, quería decir algo en el delirio de la calentura y murmuró una vez, bajito, bajito:

—¡No te desesperes, Ralf!...

Seguí adelante con ella en brazos, callado porque el dolor me había dejado mudo. Llegamos al séptimo día. Los montes de Sierra Nevada se mostraron por fin en el horizonte; pero al ponerse el sol, la luz de mi vida fué apagándose igualmente. Cuando empezó la agonía, la puse sobre el suelo carbonizado y me arrodillé al lado suyo. Tenía abiertos los ojos, luminosos, fijos en mí, y por un momento fueron atravesados por un relámpago consciente. Murmuró todavía:

—¡Amado mío! ¡Esposo mío!...

Luego fué sacudida por un estremecimiento, se dibujó no sé qué terror en su faz, y murió.

Me arranqué la venda de la cabeza, desvanécime, no sé exactamente lo que ocurriría después. Como en sueños, recuerdo que acudieron los hombres, que me quitaron las armas, que cavaron una fosa. Luego, las tinieblas me rodearon...



---

## X

Un mes después, encontréme en California, en casa del colono Moszyuski. Recobradas las fuerzas, me dirigí hacia la Nevada: pero la pradera estaba ya tan cubierta de hierbas, altas, espesas, que me fué imposible encontrar el sepulcro de aquel ángel; y aun ignoro donde pueda estar. No sé lo que, en mi desesperación, pude proferir contra el Señor, el cual, apartando de mí su mirada, me había abandonado en aquel desierto. Si me fuese posible llorar sobre su tumba, la vida hubiera sido para mí menos penosa. Todos los años voyme á la Nevada, y todos los años busco inútilmente. Han pasado muchos desde aquel terrible momento; mis labios infelices han proferido con frecuencia las palabras: «¡Hágase tu voluntad!» Pero privado de aquel ángel, vivo mal en el mundo. El hombre vive y camina entre los hombres, y ríe, quizás, á veces, pero el

viejo corazón solitario, llora, se inquieta y recuerda.»

Soy viejo: dentro de poco comenzaré otro viaje, eterno, y lo que ruego á Dios es que pueda encontrar en el término, en las praderas celestes, á mi estrella divina, para no separarme nunca de ella.

---

FIN DE LILIANA

---

---

## El organista de Ponikla

---

La nieve era seca, helada, dura, pero no de gran espesor; Klen tenía las piernas largas y con paso expédito caminaba á lo largo del camino de Sagravia á Ponikla. Andaba tanto más ligero, porque, cuanto más caía la noche, el frío y el hielo iban aumentando, cosa hasta cierto punto agradable para quien, como él, tenía hábitos de ligereza. Una capita corta, y debajo una casaquilla más corta aún... forrada de cierta piel que conservaba vestigios del pristino pelo; un par de pantalones negros que no llegaban al tobillo, un par de zapatos llenos de agujeros y de suelas sutiles, componían toda su indumentaria. Llevaba en la mano un óboe, en la cabeza un sombrero atravesado á guisa de medio queso, á través del cual se hubieran podido contemplar las estrellas, y en el estómago un par de copas de aguardiente; su alma vibraba con aquella emoción serena que da la alegría, su corazón rebosaba de jú-

bilo, y tenía razón. La misma mañana, pocas horas antes, había firmado un contrato con el canónigo Krajewsky, en virtud del cual obtenía el puesto de organista en la pequeña iglesia de Ponikla. ¡Organista de Ponikla, él, que el día antes, todavía iba errando como un gitano, de pueblo en pueblo, de hostería en hostería, de mercado en mercado, de fiesta en fiesta, él, que no dejaba pasar un bautizo ni unas bodas, ni unos funerales, sin ingeniarse para ganar unos cuartos con el óboe ó con el órgano!... ¡Organista de Ponikla, él, que en su vida había probado la satisfacción de un hogar fijo!... Le parecía algo así como extravagante, algo que no le cabía completamente en el cerebro. ¡Debía pues comenzar una vida tranquila y metódica, tener una casa propia, cultivar un jardincillo suyo, de él, lleno de flores, tener un órgano á disposición suya... un órgano, su instrumento predilecto! Una casita, un pedacito de jardín, un sueldo seguro de quinientos rublos al año, otros tantos probables, un puesto inamovible, porque en cierto modo venía á encontrarse detrás de los ministros del culto, y su obra estaría exclusivamente dedicada á la gloria de Dios... ¿qué más podía desear? Superaba en su profesión á todos los organistas del contorno. Y todavía, millas atrás, el primer vecino de Ponikla ó de Sagravia, porque tenía dos yugadas de tierra, se había creído obligado á mirarle de alto á abajo. Si supiera su empleo le hubiera saludado; porque ser organista de la parroquia de Ponikla no era moco de pavo.

Para decir verdad, Klen aspiraba á este puesto hacía ya mucho tiempo; pero, viviendo el señor

Milnityky, antecesor suyo, no era lícito pensar siquiera en la realización de tales deseos; el viejo señor Milnityky, podía á duras penas hacer correr sus dedos gotosos sobre el teclado y tocaba aires horriblemente desentonados; pero por espacio de veinte años había servido á Dios junto con el canónigo, por cuyo motivo jamás éste se hubiera atrevido á licenciarse. Quien vino en ayuda del pobre Klen, fué el acaso ó por mejor decir, la yegua del señor canónigo, la cual un cierto día, encabritándose de pronto, descargó en el pecho del viejo organista, tal par de coces, que lo envió en tres días al otro mundo. Klen no fué tardo ni perezoso; se presentó inmediatamente al canónigo y pidióle la vacante y como el canónigo había admirado la habilidad de Klen, y sabía que no hallaría tan fácilmente quien rivalizase con él, no tuvo inconveniente en acordar su nombramiento.

Pero ¿cómo sabía Klen manejar tan perfectamente y á la par no sólo el órgano sino el óboe? ¿De quién había heredado aquella predisposición por la música?

Ciertamente no fué de su padre. Era este un campesino de Sagravia, que después de haber rodado medio mundo en su juventud, en calidad de soldado, se redujo, en la vejez á confeccionar cuerdas de cáñamo, consolándose de su miserable ocupación con las bocanadas de la pipa, el único instrumento que sostenía entre los labios. Klen desde niño se metía siempre allí donde oía música, permaneciendo largas horas como sumido en éxtasis. Siendo mayorcito, fué enviado á la escuela, se ingenió de modo que pudiese ser útil al señor Milnitzky, ha-

ciendo andar los fuelles del órgano; y el viejo organista de Ponikla, que conocía la inclinación del muchacho por la música, le dió lecciones de su instrumento. Al final del tercer año Klen sabía ya, más que su maestro. Más tarde, un hermoso día, desapareció del país el joven músico con una compañía ú orquesta ambulante, que llegó á Sagravia, Dios sabe como.

Estuvo con ellos luengos años vagando como un perro sin dueño por todas partes, ganándose la vida, tocando en las ferias, en los festejos y en las iglesias, allí donde había probabilidad de ganarse un pedazo de pan. Luego, dispersada su compañía, volvió á Sagravia, flaco, harapiento, pobre como Job; y desde entonces acá había vivido libre como un pájaro, pidiendo al viento de que alimentarse, y poniendo su música al servicio de Dios ó de los hombres. Así, poco á poco, su nombre voló de boca en boca, si bien algunos envidiosos compatriocios le echaban en cara su pobreza. Hablábase de él en Sagravia, en Ponikla y en todos los pueblos del contorno, y si sucedía que alguien lo motejara por su miseria, siempre había alguien que saliese á su defensa: «Es como quiere ser,—exclamaba el paladin,—pero cuando Klen empieza á tocar, hasta Dios debe envidiarle, porque con su música, enjuga las lágrimas de los hombres.» Algunas veces le preguntaban: «Decidme, querido Klen ¿es verdad que un genio os sugirió tan hermosa música?»

Y verdaderamente había que creer que un genio se había posesionado de aquel hombre seco, alto, de largas piernas.

A veces, en las principales solemnidades del año



ó en las grandes ocasiones, el canónigo le llamaba para substituir provisionalmente al viejo Milnitzky. Entonces Klen se olvidaba de sí mismo y de cuanto le rodeaba.

Y cuando el corazón de los fieles palpitaba de piadoso recogimiento, cuando el incienso se elevaba hasta las arcadas del templo, evaporándose en nubes olorosas, cuando el órgano unía su voz á las mil voces que cantaban las glorias de Dios, entonces ya no era él. Los cantos y los himnos de los fieles, el sonido de las campanas, el dorado centelleo de los candelabros y de las reliquias, el perfume de la mirra, del ambar, y de las drogas aromáticas le embriagaban, elevaban su espíritu más allá del suelo terreno. En aquel momento le parecía que una cohorte de ángeles lo llevase sobre sus alas al paraíso, y con él, á los fieles y aún la casa del Señor.

El canónigo, semicerrando los ojos, elevaba la custodia, radiante de luz, exponiéndola á la adoración del pueblo.

Klen entonces, bajaba la vista, y en inefable raptó del alma, olvidaba por último que era él quien tocaba, escuchándose entre las melodías que surgían del órgano. Lentamente la onda sonora se iba desenvolviendo y se difundía por la amplia bóveda de la iglesia, semejante á un río que en su nacimiento brota de la roca viva con leve murmurio, descendiendo después, murmurando de trecho en trecho y se precipita por fin espumante en una cascada estruendosa.

Después de la misa Klen descendía la augusta escalerilla del órgano, con el alma vibrante de entusiasmo y los ojos encantados. Ordinariamente, en

la sacristía, el canónigo le deslizaba una monedilla en la mano y le susurraba al oído un elogio; después Klen se iba mezclándose á los grupos de fieles, que se apiñaban á la puerta de la iglesia para salir más pronto. Y la gente saludaba siempre al pobre organista con demostraciones de aprecio, aún cuando no tuviese todavía ni casa ni hogar...

La nieve se había helado y Klen caminaba con expédito paso por el camino que de Sagravia conduce á Ponikla. El puesto de organista le daría gran consideración entre sus paisanos.

Pero no era esto únicamente lo que le regocijaba. Era algo más importante, algo que valía más ante sus ojos que Sagravia, que Ponikla y que el mundo entero, y esta cosa era Olga, la hija del hornero de Sagravia. La muchacha se había metido de golpe en su corazón, echando tan tenaces raíces que el pobre Klen no hubiera podido extirparlas ni á fuerza de tirones. En cualquier lugar y en cualquiera circunstancia, se veía delante la imagen riente de la joven, con sus tímidos ojos de gacela, con sus lindas mejillas rosadas, con sus labios rojos y redondos como la cereza. Verdad es que llegaban momentos en que se decía á sí mismo: «Nunca podré unirme á ella; su padre no consentirá jamás en dármele. Haría mucho mejor en dejar tales pensamientos.» Eran aquellos momentos en los cuales pasaba del país de los sueños al mundo de la realidad; cortos momentos; luego volvía á caer en sus habituales fantasías, á las cuales se juntaba el terrible miedo de no poderla olvidar. ¡Pero estaba demasiado arraigada en su corazón! Entonces, entristecido bajaba la cabeza, caminaba á pasos len-

tos, se reconcentraba en sí mismo y por todo aquel día no había manera de distraerle de sus dolorosas meditaciones. Pero entretanto vivía de ella; por ella sola había dado un último adiós á la vida errante de los primeros años, y quizás si tocaba el órgano de Ponikla, era porque ella le oía.

La muchacha, á su vez, se había enamorado de su valentía musical; aquel hombre que sabía hacer vibrar el teclado del órgano de un modo tan maravilloso, le inspiraba respeto y casi veneración.

Más tarde aprendió á quererle por sí mismo y bien pronto el pobre músico, llegó á ser para ella el más querido entre todos los hombres, apesar de su cara áspera y sus ojos extraviados, sus ropas deterioradas, su pelliza corta y sus piernas largas y sutiles, de cigüeña. Quien sobre este punto pensaba muy diversamente era el padre de la muchacha, el hornero de Sagravia, el cual, aunque no tenía ni una mala moneda de oro en el fondo del arca, jamás hubiera consentido en que fuese su hija esposa de un músico ambulante. ¡Qué diantre! La muchacha era guapa y los más ricos jóvenes del pueblo perdían por ella la cabeza y se la disputaban con los puños. ¿A qué pues entregarla de por vida á un errabundo, á un noninonada como Klen?

Por esto era bien raro que el hornero le dejase atravesar el umbral de su casa; con bastante frecuencia le daba con las puertas en las narices.

Pero con la muerte del viejo Milnitzky y la subsiguiente colocación de Klen como organista de Ponikla, las cosas tomaron otro giro.

Aquella misma mañana, después de firmar el contrato con el canónigo, Klen, sin pérdida de tiempo

corrió á casa del hornero, contóle su buena fortuna y por último pidióle la mano de Olga.

—¡Está bien!— respondió el otro.—No quiero decir con esto que consiento en absoluto; pero con un organista que tiene un empleo seguro, se puede uno entender mejor que con un músico ambulante.

Pero hablando así le metió en casa y le sirvió una copita de aguardiente, tratándole con todo el miramiento posible. Después, al reunírseles Olga, estuvo muy amable con los dos jóvenes, porque Klen se había convertido en un gran señor, tenía una casita y un jardincillo de su propiedad, y después, el señor canónigo era la persona de más viso en diez leguas á la redonda.

El joven organista pasó así toda la tarde, con recíproca satisfacción de las partes interesadas. Y en este momento corría por el camino de Sagravia á Ponikla, su nueva residencia.

La tarde estaba bastante adelantada; del lado de Occidente la luz de la puesta de sol coloreaba todavía el cielo de anchas fajas de tinte rojo y proyectaba un pálido reflejo rosáceo sobre la nieve cándida, que rechinaba bajo las pisadas de nuestro viandante.

El frío iba haciéndose más intenso, pero Klen proseguía ligero sin darse cuenta, y entre tanto repasaba en su mente los acontecimientos del día, una vez más.

Sobre todo, recordaba las palabras que le dijera Olga, un momento que se habían quedado solos:

—Para mí, siempre sois el mismo. Os hubiera seguido por todo el mundo con los ojos cerrados; aun

á través de los mares. Pero mejor es así... á gusto del padre.

Klen entonces la besó la mano con transporte. Se sentía conmovido y lleno de reconocimiento; y, en el tumulto de afectos que le agitaban el alma, no había podido encontrar más que estas sencillas palabras:

—¡Que Dios os lo premie por toda la eternidad! Amen.

Ahora recordando le parecía haber estado ridículo; se lamentaba de haber tenido la osadía de besarla la mano y haber dicho tan poco. ¡Querida y bondadosa niña! ¡Qué delicioso sería caminar llevándola del brazo por aquel camino triste, desierto, sepultado en la nieve!

—¡Oh, corazoncito mío! ¡Vida de mi vida! ¡Señora y reina mía!—murmuraba Klen, apretando el paso. Y la nieve crujía con mayor estrépito bajo sus pasos. Bien pronto recayó en sus pensamientos.

—¡Una joven como Olga no puede mentir!—se dijo.

Y de pronto, irresistible sentimiento de gratitud le inundó el corazón. Seguramente si Olga hubiese estado á su lado, no hubiera podido resistir á la tentación de darla un abrazo, aun á riesgo de dejar caer el óboe. ¡Esto es lo que debiera haber hecho en aquellos momentos de...!

En medio de estos pensamientos el cielo se iba obscureciendo. Por occidente, las fajas purpúreas se transformaban poco á poco en anchas franjas doradas, que disipándose, dejaban su puesto á sombras azuladas. Sobrevenía la noche; y las estrellas, que,

tímidas y centelleantes, aparecían primero una á una, después lo hicieron á grupos, luego á miríadas, guñando de lo alto sobre la tierra con la serenidad glacial que conservan en el invierno.

El frío aumentaba, y el futuro organista de Ponikla lo sentía como le penetraba en todo el cuerpo. Conocía perfectamente el camino y como le quedaba un buen trecho decidió echar á campo traviesa y acortar así el viaje. Y el frío crecía.

Entonces ocurrióle la idea de entonar cualquier aire en su óboe para matar el tiempo y para mover los dedos, que se le iban entumeciendo. ¡Cosa rara! Como si sintiesen miedo de aquella inmensa superficie blanca, las notas surgían del instrumento tímidas y tristes y morían sin eco en la llanura helada. Más extraño aún porque Klen entonaba alegres melodías; eran aquellas mismas canciones que momentos antes, inflamado por los vasitos de aguardiente había tocado en Sagravia en casa del hornero.

Olga la había acompañado en su canto y aquella vocecita sutil y querida, sonaba aún en los oídos del joven organista. Una tras otra repitió todas aquellas canciones.

La primera empezaba así:

«Por las mañanas, señor,  
dadme paz y dulce amor.»

Pero la canción no había sido de gusto del hornero, el cual la había encontrado demasiado sencilla y pastoral; deseaba algo más refinado y cortesano.

Entonces escogió otra que Olga había aprendido en casa de los señores del país. Era una balada en la cual narrábase la historia de un caballero que se fué de caza á la selva dejando dormida á su esposa.

Esta gustó mucho al hornero. Pero la que más éxito tuvo fué la «Canción del cántaro verde», la cual suscitó en ellos una risotada llena de alegría. En esta canción una niña llora y se lamenta porque un caballero le ha roto el cántaro.

«Señor; me habéis roto  
el cántaro verde.»

Pero el caballero quiere consolarla y le responde súbitamente:

«Calla, muchacha;  
no llores más,  
que el cantarillo  
te he de pagar.»

Y la muchacha se calma y sonríe. Olga cantándola alargaba cuanto podía «El cántarooo veerdeee...» Y Klen entonces con el óboe le respondía en tono patético!

«Calla, muchacha,  
no llores más.»

Pero el frío se hacía cada vez más intenso; poco á poco el labio entumecido se adhería á la embocadura del óboe, y los dedos casi helados no tenían

la agilidad acostumbrada. Bien pronto se vió precisado á dejar de tocar.

Después de algunos minutos, Klen experimentó un sentimiento penoso de cansancio. No había tenido en cuenta que en la pradera alcanzaría la nieve mayor altura que en el camino; ahora lo recordaba cuando sus cansadas piernas se movían fatigosamente.

Aquí y allá, por donde quiera que extendía la vista se abrían surcos y fosas, los cuales la nieve había colmado y recubierto y en los que se hundía frecuentemente hasta la rodilla. El pobre músico se arrepentía amargamente de haber abandonado el camino real; allí al menos hubiera encontrado algún carro que lo hubiese llevado á Ponikla.

En el cielo, las estrellas brillaban con una luz más viva; y el frío aumentaba siempre; Klen jadeaba. Del río venía una brisa helada que soplando por la llanura y arremolinándose al rededor de Klen le cortaba la cara.

Una vez más probó de llevarse el óboe á los labios; pero, caminar con la boca cerrada le causaba menos pena.

Entonces un deseo infinito de paz, invadió su alma. ¡A su alrededor estaba todo tan lleno de silencio, de soledad, de calma!...

En aquel mismo momento, Olga estaría en su camita—deciase entre sí—y bendito sea Dios que le había concedido un puestecito abrigado.

Y la certeza de que Olga se encontraba bien en un cuarto abrigado, llevaba tanto consuelo á su fiel co-



razón de amante, cuanto más él sufría en la obscuridad y el hielo.

Llegó finalmente donde la llanura lisa y uniforme se unía con un gran campo sembrado aquí y allá de matorrales de enebro. Allí empezaba el territorio de Ponikla.

Estaba Klen tan cansado que al sólo pensamiento de descansar un poco sobre uno de los matorrales vecinos, le daba una gran alegría. Pero todavía otro pensamiento de más fuerza le hacía resistir á la tentación: «Si me detengo, me hielo.» Por desgracia junto á los matorrales y delante de los senderos la nieve se había amontonado en tal grado, que formaba montículos que Klen pudo rebasar en el colmo de la fatiga, después las fuerzas le faltaron... después se dejó caer.

—Mientras no me amodore,—se dijo,—todo irá bien; y para no dormirme tocaremos una vez más la canción del cántaro verde.

Y empezó á soplar de nuevo; y en el silencio nocturno las notas del óboe resonaron henchidas de lágrimas y de afán.

Poco á poco la inspiración se hacía más fatigosa y la canción salía del instrumento más trémula, más desgarradora. Y el pobre organista no podía luchar con el sueño y la fatiga; los párpados le pesaban como si fuesen de plomo; todos sus pensamientos giraban hacia su adorada y una indecible angustia le oprimía el alma.

Después pareció maravillarse de no tener cerca de él á su querida niña, y murmuró con un fébril suspiro:

—¡Olga! ¡Olga! ¿Dónde estás?

Un momento después sus labios profirieron de nuevo aquel nombre como un llamamiento supremo y desesperado:

—¡Olga! ¡Olga!

Y el óboe cayó de sus manos entumecidas

Al siguiente día los primeros resplandores del alba se posaron sobre el helado cuerpo de Klen, encogido en medio de la nieve. Su faz lívida y alargada miraba hacia adelante; el óboe yacía á pocos pasos de él. Y aquel pobre cuerpo sin vida parecía aún estar atento á la melodía de la

«Canción del cántaro verde.»

---

## Janco el músico

---

Nació débil y flacucho. Las vecinas que rodeaban el lecho de la partera hacían malos augurios acerca de la madre y del hijo. La veterinaria, la más práctica ds todas ellas, empezó á consolarla diciendo:

—Escucha,—la dijo,—voy á encenderte un cirio bendito; creo que debías prepararte para irte al otro mundo y llamar al señor cura para que te absuelva.

—Y el niño—dijo otra—es preciso bautizarle en seguida; no podrá esperar siquiera la venida del confesor. Será bueno hacerlo en seguida para que no muera pagano.

Diciendo esto y encendido un cirio, tomó al niño en brazos lo roció con agua y dijo:

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y te doy el nombre de Janco. Y ahora, alma cristiana, vete por donde has venido.

Pero el alma cristiana, en efecto, no había querido irse por donde había venido, ni dejar sobre la tierra su débil cuerpecillo; así pues empezó á mover las piernas tanto como podía y á llorar, pero tan débilmente, que las vecinas decían: «¡Es cosa de risa; parece un gatito!»

Llegó el sacerdote, llenó sus deberes, y fuése.

La enferma mejoró y una semana después podía ya reanudar el trabajo. El pequeño maullaba todavía y continuaba maullando; y poco á poco llegó á los diez años de su mísera vida.

Era flaco, quemado por el sol, con el vientre hinchado y las mejillas descarnadas; los cabellos estoposos, casi blancos, le caían encima de los ojos, muy claros, muy abiertos, que parecían mirar en el vacío.

Los inviernos se refugiaba detrás de la estufa apagada y allí lloraba de frío y de hambre, cuando la madre no podía sacar nada con que matar el apetito.

Los veranos caminaba con una camisita ceñida al cuerpo con un cinturón y se cubría la cabeza con un sombrerito de paja ordinaria, levantando la cabeza como un pajarillo.

Su madre, una pobre bracara que vivía al día como una golondrina bajo un techo extraño, le amaba mucho... á su manera y con frecuencia le pegaba.

A los ocho años ya ayudaba Janco á los pastores y cuando en casa no había nada que llevar á la boca, iba al bosque á recoger hongos. ¡Como los lobos no le habían devorado, sólo Dios lo sabe!

Era un muchachito tímido y como todos los ni-

ños de los campesinos polacos, cuando le hablaban los otros, se metía el puño en la boca. Nadie creía que creciese y aun menos que su madre sacase partido de él; no era capaz de nada.

No se sabe cómo, pero por una cosa sentía gran inclinación: por la música. La sentía en todas partes, y cuando fué mayorcito no pensó más que en la música y sólo en la música.

Le mandaban al bosque para conducir el ganado ó con el cesto para recoger castañas, pero volvía con el cesto vacío, diciendo:

—¡Mamá... como esto cantaba el bosque: oí—oí!...

—¡Espera que yo te cante!—y le tocaba una sinfonía en las espaldas.

El mísero gritaba, prometiendo no hablar más de aquello, pero siempre estaba pensando en los sonidos que oía en el bosque. ¿Qué cosa?... ¿Lo sabía él quizás?... Los pinos, los alerces, los abetos, los plátanos, los pajarillos, todo sonaba; todo el bosque en suma, ¡y sino los ecos! En el campo le cantaba cada hierbecilla; en el jardín los gorriones hacían lo propio, las cerezas lo mismo... De noche escuchaba todas las voces que salían del pueblo y le parecía que todo el pueblo cantaba... Cuando lo enviaban á revolver el heno, el viento le cantaba entre los dientes de la horquilla. Una vez que estaba así con el cabello esparcido y escuchaba el viento, el capatáz quitóse la correa de la cintura y le pegó dos latigazos en la cara como recuerdo. Pero todo en vano. La gente le llamaba: *Janco el músico*.

Por la primavera se escapaba de casa á la orilla del arroyo murmurador. De noche, cuando las ranas graznaban y los gallos cantaban en los corra-

les, el niño no podía dormir, escuchaba siempre, y Dios sabe que armonías sentía en todos aquellos sonidos.

Su madre no le llevaba jamás á la iglesia, porque cuando empezaba á sonar el órgano y cantaba el coro de dulcísimas voces, los ojos de Janco se llenaban de tinieblas como si mirasen otro mundo.

La guardia que vigilaba de noche el pueblo y que por no dormirse contaba las estrellas ó discurría en voz baja con los perros, veía con frecuencia la blanca camisa de Janco aproximarse á la posada. Pero Janco no entraba en la posada sino que se quedaba cerca de ella. Arrimadito á la pared escuchaba. Bailaban los mozos y uno jovencillo gritaba cantando: «¡U a, U a!» Se oía el rumor de los zapatos golpeando el suelo, las cadencias y la voz de las muchachas, y el violín cantaba muy piano: «Comamos, cantemos, bebamos...» y el contrabajo, con una voz profunda respondía: «¡Cómo Dios quiera, cómo Dios quiera!...» Las ventanas resplandecían de luz, cada viga tremolaba, cantaba, sonaba, y Janco escuchaba siempre...

¡Oh! ¡Cuánto hubiese dado por tener un violín tan fino: «Comamos, cantemos, bebamos»... ¡Qué extraña cajita cantante! ¿Dónde la habían hecho? ¿Quién fué el constructor? ¡Si al menos pudiese tenerlo un rato en la mano! ¡Pero quiá! Tan solo le era permitido escuchar, hasta el momento en que se oía la voz del guardia:

—¡Anda á casa, mocoso!

Y escapaba con los pies descalzos, y en la obscuridad le llegaba á los oídos el sonido del violín: «Comamos, cantemos, bebamos...» y el tono mages-

tuoso del contrabajo: «¡Como Dios quiera, como Dios quiera!...»

Era para él una gran fiesta cuando podía oír música, sea en alguna boda ó en las fiestas mayores. Después de estas músicas, se acurrucaba sobre la estufa apagada y permanecía allí horas y horas, taciturno, con los ojos centelleantes como un gato.

Se fabricó un violín con una corteza y una crin; pero aquello no quería sonar tan bien como el de la posada; cantaba muy despacito como una mosca ó un cínife. Esto no obstante tocaba aquel violín de la mañana á la noche, bien que recibiera por su causa tantos golpes, que tenía el aire de una manzana verde madurada. ¡Pero... su naturaleza era así!

Enflaquecía cada día más; sus cabellos se volvían cada vez más enmarañados; sus ojos se volvían más grandes y con frecuencia se llenaban de lágrimas; el pecho y las mejillas se le iban hundiendo. No pensaba en los juegos infantiles, sino en su violín que apenas tintineaba, y después rabiaba de hambre, porque como con frecuencia no había pan, se mantenía de hierbas y... del deseo de poseer un violín verdadero.

Este deseo no le condujo á nada bueno.

El criado del palacio; ese sí, poseía un verdadero violín; y lo tocaba alguna que otra noche para complacer á la camarera.

Janco se arrastraba hasta la puerta de la despensa para mirar el violín, cuando este pendía de la

pared enfrente de la puerta; contemplaba con avidez aquella cosa sagrada y le hubiera parecido gran pecado tocarlo siquiera... ¡Si pudiese, aunque fuera una vez, cojerlo en la mano y examinarlo bien! Su pobre corazoncito, á este pensamiento se estremecía de gozo.

Una vez la despensa estaba sola. Los señores del palacio hacía mucho que estaban en el extranjero. La casa estaba, pues, deshabitada, y el criado, á aquella hora, se recogía á la otra extremidad del palacio.

Janco contemplaba desde la puerta abierta el objeto de sus sueños. La luna llena resplandecía en la ventana de la despensa, reflejándose en la pared. Poco á poco este reflejo llegó al violín. Las partes salientes del instrumento eran en particular muy relucientes, tan relucientes que Janco no podía mirarlas. En esta luz se veía todo distintamente; los lados combados, las cuerdas, el mango, las clavijas brillaban casi como luciérnagas en la noche de San Juan; á lo largo del violín pendía el arco, como una varilla de plata. ¡Ah! ¡Todo aquello era muy hermoso... casi fantástico! Janco seguía mirando con extrema avidez. Con los codos apoyados en las flacas rodillas, miraba, miraba siempre... Ora lo detenía el miedo, ora una fuerza irresistible lo empujaba hacia adelante. ¿Era quizás una magia? Le parecía que el violín, iluminado, se aproximaba á él... ¡Sí, sí, era una magia!... En aquel momento sopló el viento y entre el murmurar de las hojas, oyó Janco susurrar distintamente una voz que decía: «¡Anda Janco; no hay nadie en la despensa, anda Janco!»



La noche era clara, muy clara... Sobre los árboles del estanque empezó á cantar el ruiseñor, ora piano, ora más fuerte: «¡Adelante, anda, cógelo!...» Un viejo buho voló por encima de la cabeza del muchacho gritando: «¡No Janco, no lo toques, no vayas!...» Pero se fué el buho y las hojas susurraban siempre: «¡No hay nadie!...» El violín brilló de nuevo... El pobrecito se movió poco á poco y el ruiseñor silbó. «¡Adelante, adelante!» La camisita blanca se aproxima... Ahora se sentía la respiración afanosa del niño... En vano pasó otra vez el buho gritando: «¡No lo toques!» Las ranas de pronto graznaron en el estanque y cesaron en seguida. El ruiseñor paró su canto y las hojas su susurro. La noche se hizo obscura.

Entretanto Janco se aproxima poco á poco y el miedo le asalta cada vez más. Sus movimientos se hacen nerviosos y su respiración jadeante. Un relámpago que atraviesa el cielo ilumina la habitación y al niño á gatas con la cabeza al aire. Pero el relámpago muere, la luna se esconde detrás de una nube; completa obscuridad.

De pronto se oye un sonido triste y debil como si hubiesen herido las cuerdas, y.. en el acto una voz de hombre sale del ángulo:

—¿Quién vá?

Janco detiene la respiración, pero la voz gruesa repite:

—¿Quién vá?

Se enciende una cerilla, y... ¡oh Dios!... ¡se oyen golpes, lágrimas, gritos, por caridad! El ladrido de los perros, las luces que corren, voces, ruido en toda la casa...

Al siguiente día estaba Janco delante de los jueces. ¿Había que juzgarlo como ladrón? Ciertamente. ¿Para qué si no para robar se había introducido allí?

El síndico del pueblo y los jueces le miraron fijamente, severos, cuando estuvo delante de ellos, con el dedo en la boca, con los ojos extraviados por el espanto, pequeño, flaco, arruinado... ¿Cómo juzgarlo? ¡Si aún no tenía diez años y por milagro se mantenía en piel! ¿Meterlo en la cárcel?... Era sin embargo necesario corregirlo... Que el guardia lo coja y lo azote para hacerle perder su inclinación al robo.

Fuè llamado el guardia Stach.

—Cògelo y hazle recordar su tentativa.

Stach levantó su cabeza brutal y necia, tomó á Janco como un gatito debajo del brazo y lo llevó al granero. El muchacho no comprendía nada; miraba como un pájaro cogido en la red. Solamente cuando Stach lo echó sobre el suelo y con la correa le dió un tremendo golpe, gritó: «¡Mamá! Y cada vez que la correa le golpeaba, repetía: «¡Mamá!» siempre más débilmente hasta que se calló y no llamó más á su mamá...

¡Estúpidos, criminales jueces! ¡Estúpido, criminal Stach! ¿Quién jamás pega así á los niños? ¡Y aquel, que era tan débil, tan pequeño, que apenas podía respirar!

Fué su madre á buscarle y tuvo que llevárselo en brazos. Lo dejó sobre la cama. Janco no se levantó ya más; al tercer día apenas respiraba bajo la mísera frazada.

Las golondrinas piaban entre los cerezos que crecían cerca de la casita; un rayo de sol entraba por la ventana abierta é iluminaba con su luz dorada la cabecilla encrespada y la carita exangüe. Aquel rayo era una vía por la cual se iba aquella almita al cielo. ¡Que hermoso era que al menos, á la hora de su muerte, le apareciera una vía amplia y luminosa: su vida había sido un sendero tan estrecho y tan espinoso. Aquel pecho encogido respiraba apenas; y su rostro parecía beber una música que venía de la ventana. Era por la tarde. Los niños cantaban regresando de la siega: *¡Oh! Sobre los prados, verdes prados...* y del arroyo surgía como un murmullo. Janco oía por último cantar los campos. Sobre la frazada, á su lado, yacía su violín de corteza. De pronto iluminóse el rostro del niño moribundo, y con trémulos labios pronunció:

—¡Mamá!

—¿Qué quieres, hijito mío?

—¡Mamá!... ¡Me dará el Dios bueno un verdadero violín?

—¡Te lo dará, hijo mío, te lo dará!—repuso la madre, pero no pudo añadir más; su pecho se rompía de dolor; y gemía.

—¡Oh Jesús mío! ¡Oh Señor!

Y cayó sobre el baul y rompió en un llanto loco.

Levantando su cabecita, miróla el niño. Los ojos del musiquito estaban abiertos y fijos: el rostro se-

rio, triste, afilado. El rayo de sol había también desaparecido. ¡Paz á ti, Janco!

Algunos días después regresaron los señores del palacio. Volvió la señorita y el caballero que la cortejaba.

El caballero decía:

—¡Qué hermoso país es Italia!

—Y que gente tan música,—añadió la señorita.

—¡Es tan bello encontrar allí talentos artísticos y protegerlos!

. . . . .

Sobre la tumba de Janco susurraban los abetos...

---

FIN DE JANCO EL MÚSICO

---

---

---

## El Torrero

---

El torrero del faro de Aspinwall, no lejos de Panamá, había desaparecido un día sin dejar rastro. Se había desencadenado un temporal y todo el mundo opinó que el infeliz, al aproximarse al borde de la isleta rocallosa sobre la cual se elevaba el faro, fué arrastrado al mar por alguna violenta ola, y esto pareció tanto más verosímil, cuanto que al siguiente día no se encontró en su sitio acostumbrado, en el fondo de una ensenadita bordada de escollos, el barquichuelo de aquel guardián.

Así pues, quedaba vacante la plaza de torrero, y debía proveerse á toda prisa, pues era aquel faro de gran importancia, no solo para el comercio de cabotage, sino para los barcos que van de Nueva-York á Panamá; la travesía del golfo Mosquito, llena de arenas movibles y de bancos, ofrece dificultades, aún de día claro; y de noche, especialmente

cuando de las aguas escalfadas por el sol ecuatorial, se levanta la niebla, la navegación se hace casi imposible; entonces el único guía para la navegación es la luz del faro.

Corría prisa al cónsul de los Estados Unidos, residente en Panamá, el encontrar un nuevo torrero; cargo bastante difícil, tanto más cuanto que el retardo no podía ser mayor de doce horas, y tampoco se le podía entregar la plaza al primer llegado, sino á un hombre verdaderamente concienzudo, y los solicitantes faltaban.

La vida en la torre es penosísima y no tiene, especialmente para los habitantes del sur, tan amigos del ocio y de la vida vagabunda, ningún atractivo.

El torrero es casi un prisionero. Excepción hecha de los domingos no puede dejar su escollo; una barca le lleva de Aspinwall, una vez al día, comida y agua fresca. Luego vuelve al puerto.

En toda la islita no hay otra alma viviente. El torrero vive en la torre del faro y lo tiene en regla. De día, según la altura del barómetro, hace las señales mediante colores diversos; por la noche enciende la luz. No sería este un trabajo muy fatigoso, si no se juntase la circunstancia de que para llegar á la cima de la torre hay que encaramarse por una escalera de caracol de más de cuatrocientos escalones, y el torrero tiene que hacer semejante ascensión varias veces al día.

Es una vida claustral, casi eremítica; de modo que nada tiene de estraño que Mr. Isaac Falcombridge se encontrase en un gran embarazo para pescar un substituto al difunto; y se comprenderá

su alegría, cuando de un modo inesperado se le presentó el mismo día un solicitante.

Era un hombre de setenta años ó quizás más, pero fuerte aún y de aspecto resuelto; en sus maneras y en su aire se reconocía el soldado; tenía blanquísimos los cabellos, el rostro moreno como el de un criollo, pero sus ojos azules revelaban que no era un hijo del Sur; la expresión de aquel rostro era abatida, triste, leal.

Agradó en seguida al cónsul, que le preguntó:

—¿De dónde es usted?

—Polaco.

—¿Qué ha hecho usted hasta ahora?

—Andar por el mundo.

—Un torrero debe estar tranquilamente fijo en su sitio.

—Tengo necesidad de quietud.

—¿Ha servido usted? ¿Tiene usted certificados?

El viejo sacó de su bolsillo un envoltorio de seda, descolorido por el tiempo, semejante á un trozo de bandera, lo desplegó y dijo:

—Estos son mis certificados; esta cruz la obtuve el año treinta, esta otra proviene de la guerra carlista en España; la tercera es de la Legión de Honor, francesa, y la cuarta la gané en Hungría. Combatí después en los Estados-Unidos contra los unionistas; allí no daban cruces, pero en cambio tengo este papel.

El funcionario cogió la hoja y empezó á leer.

—¡Ah! ¿Se llama usted Skawinski?... Dos banderas conquistadas por mano de usted en asaltos á la bayoneta; ha sido usted un valiente soldado.

—Seré también un conciencuzo torrero.

—Es preciso subir con frecuencia á la torre: ¿tiene usted buenas piernas?

—He atravesado á pie las praderas entre Nueva-York y California.

—¡All right! ¿Es usted práctico en los servicios de mar?

—Serví tres años á bordo de un ballenero.

—¡Ha tenido usted muchos oficios!

—No he reposado nunca.

—¿Y por qué?

El viejo encogióse de hombros:

—¡La suerte!...

—Y sin embargo, me parece usted algo viejo para esta plaza...

—Señor—exclamó de pronto el viejo con voz conmovida—estoy cansado y aburrido; he llevado, como usted ha visto, una vida inquieta y aventurera, y este empleo es uno de los que he deseado más ardentemente. Soy viejo y tengo necesidad de paz; necesito decirme: aquí tendrás un refugio estable, este es tu puerto. ¡Ah señor! Esto sólo depende de su resolución; tal ocasión no suele presentarse una segunda vez... ¡Ha sido una gran suerte que yo me encontrase en Panamá! Se lo suplico, Dios me es testigo; soy como una vieja embarcación que se va á fondo si no la reparan en puerto. Si quiere usted hacer feliz á un viejo... ¡Le juro que cumpliré... estoy cansado de errar por el mundo!

Los ojos azules del viejo expresaban una plegaria tan suplicante que el cónsul se conmovió.

—*Well*,—dijo,—le concedo el puesto.

El rostro del viejo brilló con indecible alegría.

—¡Gracias!



—¿Puede usted encargarse hoy mismo de la torre?

—Si, señor.

—¡Adios, pues!... Una palabra todavía; á cualquiera falta en el servicio seguiría su cese. *¡All right!*

Cuando aquella tarde el sol hundióse más allá del estrecho, y á un día de deslumbrantes resplandores, sucedió, sin crepúsculo, la noche, el nuevo torrero debía estar en su puesto, para que el faro difundiese, como de costumbre, sus haces luminosos sobre el mar.

La noche era profundamente tranquila y silenciosa, una verdadera noche tropical. Una niebla clara formaba, á guisa de arco iris, un gran anillo, los márgenes del cual se desvanecían en colores esfumados; el mar entretanto se agitaba inquieto; era la hora en que subía la marea.

Skawinski estaba próximo al gigantesco faro, y semejaba un punto negro mirado desde bajo; trataba de coordinar sus pensamientos y de darse cuenta de su nueva situación; pero estaba aún demasiado turbado por las recientes impresiones para poder pensar con tranquila mente.

Se sentía semejante á una fiera perseguida que ha encontrado finalmente un refugio á sus perseguidores, en una cima inaccesible ó en el fondo de una caverna; también para él había llegado finalmente la hora de la paz. Un sentimiento de seguridad llenaba su alma de una voluptuosidad desmesurada; desde aquella torre podría osadamente afrontar el pasado; recordar sin temor su vagabundar continuo, sus desventuras, sus desilusiones

del tiempo pasado. Semejaba una nave, á quien la tempestad ha desarbolado, y que, arrojada aquí y allá entre el cielo y el fondo del mar, cubierta por las olas, consigue sin embargo, tomar el puerto.

Las imágenes de aquella tempestad atravesaban ahora rápidamente su alma, en contraposición al plácido porvenir que veía dibujarse delante de él. Había contado al cónsul solamente una parte de sus maravillosas aventuras, sin hacer mención de otras innumerables. Tal había sido su cruel destino; cada vez que había plantado su tienda en cualquier parte, y encendido el hogar doméstico, un golpe furioso de viento le echaba los puntales por el suelo, apagaba el hogar y le sumía de nuevo en la miseria.

Mirando en aquel momento de lo alto de la torre las ondas iluminadas, su imaginación le reproducía los acontecimientos pasados. Arrojado á todas las cinco partes del mundo por su adversa fortuna, intentó toda suerte de profesiones; había llegado también en ciertas ocasiones, con su honrado trabajo, á reunir algunas economías, pero, apesar de su cuidado, y cuando menos lo esperaba, todo se perdía de nuevo.

Había sido buscador de oro en Australia, minero en las minas de diamantes de Africa, cazador al servicio del estado, en la India.

Fundó en California una granja; una persistente sequia se la destruyó. Empezó un cambio con las tribus salvajes del interior del Brasil; su balsa se perdió en el río de las Amazonas y erró durante muchas semanas, sin armas y casi desnudo, por los bosques vírgenes, alimentándose de raíces silves-

tres y siempre en peligro de ser devorado por las fieras. En Helena, de Arkansas, abrió una fundición; fué destruida por el gran incendio que devastó aquella ciudad. Fué después hecho prisionero por los indios de las Montañas Rocosas, y escapó milagrosamente, ayudado por unos cazadores canadienses. Había servido como marino en un buque que hacía la travesía de Bahía á Burdeos, después como harponero en un ballenero; ambos buques naufragaron.

Tuvo en la Habana una fábrica de tabaco, y su socio le robó mientras él estaba pasando el vómito.

Finalmente, había llegado á Aspinwall y aquí debían terminar todas sus desventuras.

¿A qué peligro podía estar aún expuesto sobre aquel escollo? Ni el agua, ni los hombres podían herirle. Por otra parte, Skawinski no tenía mala opinión de los hombres; había conocido muchos más buenos que malos.

A veces le parecía que los cuatro elementos, en peso, se habían conjurado contra él. A la postre se volvió supersticioso. Empezó á creer que una potente mano vindicadora, lo persiguiese por todas partes, por mar y por tierra, pero no gustaba de confiar á nadie sus dudas; alguna vez tan sólo al preguntársele el motivo de tamaña persecución, señalaba misteriosamente la estrella polar, respondiendo que venía de allí.

Sus desgracias se habían repetido en efecto, tan frecuentemente que no era extraño que se le acalorase la fantasía. Y apesar de todo era paciente como un indio y poseía, frente á la adversidad, esa

resistencia tranquila que caracteriza á los corazones honrados. En Hungría recibió una vez un hermoso bayonetazo, por no querer aprovechar el medio de evitarlo, que consistía, en arrodillarse, cojerse al estribo del vencedor y gritar: ¡perdón!

Las desventuras no le doblegaban. Con la paciencia de una hormiga, trataba de subir la pendiente; cien veces rechazado, volvía de nuevo á comenzar su peregrinación por centésima y una vez. Era un hombre singular en su clase: aquel viejo guerrero, tosco, endurecido, que había sufrido tanto, poseía el corazón de un niño. En Cuba, durante una epidemia, si fué invadido por la fiebre, lo debió á haber distribuido entre los enfermos toda la quinina que tenía, sin guardar un grano para él.

¡Y era también extraño en él después de tantos desengaños, que confiase todavía en el porvenir y no perdiese jamás las esperanzas de que á la fin todo acabaría bien!

En el invierno se sentía como reanimado y presagiaba grandes cosas; lo esperaba ansiosamente, pero pasaba un invierno y otro y no sobrevenía ningún cambio, únicamente en sus cabellos que se tornaban blancos. Finalmente Skawinski notó que se hacía viejo, y empezó á perder la energía; su paciencia, poco á poco, se tornó en resignación, su tranquilidad en debilidad de ánimo; y aquel soldado endurecido por la fatiga, llegó á ser excesivamente sensible; por cualquier cosa prorrumpía en lágrimas. Le angustiaba además una terrible nostalgia, que cualquier motivo por pequeño que fuese, bastaba á despertar; la vista de las golondrinas ó de otros pajarillos que le recordaban los de su

país, la nieve sobre los montes, el sonido de aires que le hacían volver el pensamiento á otros cantos oídos en su patria y por largo tiempo olvidados.

Finalmente le dominó una sola idea; la de la tranquilidad. Esta idea se apoderó del viejo hasta el punto de absorber en él todos los demás deseos; todas las otras esperanzas; el eterno peregrino no podía imaginar nada de mejor que un rincón solitario, donde reposar y esperar la muerte.

Su extraño destino le había zarandeado por todos los países y por todos los mares, sin darle treguas jamás; por eso ahora le parecía como el más alto grado de felicidad el no moverse ya.

Verdaderamente tenía derecho á aquella modesta fortuna; pero, habituado desde hacía mucho tiempo á las desilusiones, ésta le parecía tener alguna cosa de inenarrable, ó mejor, le parecía osado el esperarla.

Ahora, inopinadamente, en menos de doce horas, obtenía un puesto que parecía expresamente creado para él; no hay pues motivo para maravillarse de que, por la noche, al encender el fanal, estuviese como estúpido, y que se preguntase á sí mismo si todo aquello era verdad, no atreviéndose á contestar que sí. Sin embargo la verdad le habló con inegables pruebas; las horas pasaban una tras otra; se convenció y se sumergió en las dulzuras de aquella realidad; ¡le pareció que veía el mar por primera vez!

La lente del faro proyectaba en la obscuridad un gigantesco cono luminoso, pero el ojo del viejo torrero se perdía más allá de la superficie iluminada, en el espacio oscuro, misterioso, ignoto; pero

aquella inmensidad tenebrosa parecía avanzar rápidamente hacia la luz.

Gruesas olas parecían salir de la obscuridad y venían engrosándose hasta los cantiles del islote: sus cimas espumosas centelleaban con colores rosados en el círculo luminoso del faro; el refluo crecía inundando la playa arenosa. La misteriosa voz del Oceano se oía cada vez más clara y distinta, tan pronto semejante al susurro de la foresta virgen, tan pronto al estruendo de humanas voces. A veces enmudecía todo.

A los oídos del viejo llegaba entonces un sonido como de suspiros, de zollos; después un golpe violento. Finalmente el viento disipaba la niebla; pero entre tanto se amontonaban gruesas nubes negras, que de cuando en cuando ocultaban el disco lunar.

La tempestad avanzaba del oeste. Las ondas fustigaban con más violencia la base del faro y su espuma lamía los cimientos; á lo lejos roncaba la borrasca.

Sobre la obscura superficie, agitada, del mar, se veían centellear las luces verdes y rojas de los buques; aquellos puntos luminosos se levantaban alto, muy alto, después parecían abismarse, reaparecían, oscilaban, caían á la derecha, luego á la izquierda.

Skawinski descendía á su cuartito; la tempestad empezaba á enfurecerse. Allá fuera, sobre aquellas naves, los hombres luchaban con la noche, con las tinieblas, con las olas; en el cuartito, todo era tranquilidad y silencio; las gruesas paredes de la torre apenas hacían perceptibles los mujidos del viento y no se oía sino el uniforme tic-tac del reloj que

parecía mecer al viejo para que cobrase el sueño.

Pasaron horas, días, semanas...

Los marinos afirman, que, algunos, con mar agitado, oyen en lo profundo de la obscuridad y de la noche, que los llaman por su nombre.

Si el infinito del mar puede llamar al hombre, ¿por qué no deberá éste, al llegar á viejo, oír la voz de otro infinito todavía más poderoso?

Cuanto más cansado lo deja la vida, tanto más bien llegado es aquel grito; más para eso es necesaria la tranquilidad, y el viejo ama por esta causa el silencio que parece prepararlo para la soledad del sepulcro.

Para Skawinsky la torre era ya una especie de tumba. Nada hay en el mundo tan uniforme como la vida de un torrero; si la emprenden jóvenes, la abandonan al poco tiempo, y el encargado de un faro suele ser casi siempre un viejo meditabundo y poco expansivo. Cuando deja alguna vez su asilo por poco tiempo y se mueve entre los hombres, lo hace como uno que sale de un sueño profundo; le faltan en efecto, en la torre aquellas pequeñas impresiones cotidianas que enseñan al hombre en la vida común, á referirlo y á proporcionarlo todo consigo mismo.

Todo cuanto está en contacto con el torrero es gigantesco, inmenso: el cielo... un infinito; el agua... otro infinito; y en medio, sólo, un alma humana.

Y una vida en la cual, el pensar semeja verdaderamente un soñar eterno, del cual ni aún distraen las ocupaciones diarias.

Los días se parecen como las cuentas de un rosa-

rio; el cambio de tiempo rompe únicamente la monotonía.

Skawinski se sentía tan feliz como jamás lo fuera en su vida. Se levantaba al primer albor, comía un bocado, limpiaba los cristales de la linterna y se reclinaba después en la galería, contemplando la inmensidad del mar; jamás se saciaba del espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Veíase con frecuencia sobre el horizonte, turquesa sin fin, un tropel de velas desplegadas que centelleaban á los rayos del sol de tal manera que los ojos quedaban deslumbrados; otras veces los barcos aprovechando la brisa, filaban en línea recta los unos detrás de los otros, semejantes á una bandada de gaviotas ó de albatros, en el camino señalado de numerosas estelas de un rojo de fuego que serpenteaban dulcemente con las ondas.

Hacia mediodía se podía distinguir entre las velas una gris y gigantesca columna de humo; era el vapor de Nueva-York que llevaba á Aspinwall viajeros y efectos, dejando tras sí una larga estela blanca y espumosa que iba alargándose y perdiéndose en la superficie del mar.

Por la otra parte de la galería, Skawinski, podía ver perfectamente como si la tocase con la mano, la población de Aspinwall, con su animado puerto, y dentro de él, el bosque de mástiles de pequeños y grandes buques allí anclados; un poco más lejos las blancas casas y las torrecillas de la ciudad. De lo alto del faro las casas parecían nidos de gaviotas, los barcos como escarabajos, los hombres se movían semejantes á puntos negros sobre un lienzo blanco. Por la mañana, la suave brisa de oriente le



llevaba el rumor del movimiento de la población entre el cual distinguía más claramente el pitar de los vapores. Después de mediodía callaba todo; cesaba el movimiento del puerto, las gaviotas se escondían en las grietas de las rocas, las olas se extendían como una sábana y entonces descendía sobre la tierra, sobre el mar y sobre el faro, una paz profunda.

La arena amarillenta que las olas dejaban al descubierto, resplandecía como oro sobre la superficie acuosa. La torre se dibujaba clara y distinta sobre el fondo azul, y un torrente de rayos solares llovía sobre el agua; sobre la arena, sobre las rocas de la costa.

Hasta el viejo se sentía dominado por un voluptuoso sentimiento de dejadez; sentía que la tranquilidad á que podía abandonarse tenía algo de grandioso, y al pensamiento de que esta paz sería duradera, causaba la satisfacción de todos sus deseos.

Skawinski se abandonó enteramente á aquel sentimiento de felicidad, y como el hombre se habitua prontamente al bienestar, entróle también la fe y la confianza en el porvenir. Se decía: ¿si los hombres edifican asilos para sus inválidos, por que Dios no puede haber preparado un rincón tranquilo para otro inválido? El tiempo le confirmó en sus convicciones.

El viejo había tomado confianza entre tanto con el faro, con las rocas, con los bancos de arena y con la soledad; estrechó íntima amistad con las gaviotas que hacían sus nidos sobre los escollos y que por la tarde se reunían en el techo del faro. Solía

echarles parte de su comida, y al poco tiempo se habían hecho aquellas aves tan dóciles, que cuando comía le volteaba una nube de ellas y Skawinski se movía en medio como un pastor entre sus ovejas.

Durante la marea baja, buscaba á lo largo de la orilla arenosa y recogía lindas conchas, ó elegantes madreperlas que la marea dejaba en seco; frecuentemente, durante la noche, á la luz de la luna y del faro, atrapaba algunos peces de los que discurrían en la ensenadita rocallosa; en fin, tomóle un gran cariño á su islote, adornado solamente, acá y acullá, de algunas plantas resinosas. La hermosa vista le recompensaba por otra parte de aquella pobreza. Hacia mediodía, cuando el aire se hacía transparente, se podía abrazar con la mirada todo el istmo, hasta el Océano Pacífico, cubierto de una vegetación lujuriosa, tanto que á Skawinski le parecía contemplar un jardín inmenso. Altísimos cocoteros y gigantescos bananos, formaban en torno de las casas de Aspinwall, enormes y maravillosos bosquetes; más lejos, entre Aspinwall y Panamá era un bosque vastísimo, por la mañana y la tarde envuelto en una niebla rosácea, una verdadera selva virgen, con sus lianas, sus palmeras gigantescas, las orquideas, los árboles de la leche, de la goma y del pan, y el rumor potente de aquellos árboles agitados por el viento, recordaba el del reflujo del mar.

Con su anteojo el viejo podía no solamente distinguir los troncos y las largas hojas de los bananos, sino que también bandos enteros de monos,

bandadas de marabues y papagayos, que de cuando en cuando se levantaban en nube versicolor por encima de los árboles.

Skawinski conocía los tales bosques, por que desde su naufragio en el Amazonas, había errado muchas semanas por bosques impenetrables y sabía bien los mortales peligros que se esconden bajo su aspecto riente.

¡Cuántas veces, durante la noche había oído, á su lado, la voz sepulcral de la hiena, el ahullido del jaguar! ¡Cuántas veces había visto gigantescas culebras, pendientes de los árboles como lianas! Le eran familiares aquellas aguas estancadas en el fondo de la cual se removían guinnotos y caimanes; sabía entre que horribles terrores vive el hombre en aquellos inmensos bosques, donde los mosquitos ávidos de sangre, las sanguijuelas y las arañas venenosas pululan á miriadas. Sabía todo esto por experiencia propia, lo había probado, había sufrido mucho, y por eso era para él una gran satisfacción mirar desde lo alto aquellos «matos,» admirar su belleza y estar al abrigo de sus peligros: la torre lo protegía de cualquier cosa maligna y por eso no salía sino algún domingo, por la mañana.

Se endosaba entonces su uniforme de torrero, azul obscuro con botones de plata; se guarnecía el pecho con sus condecoraciones y levantaba la blanca cabeza con cierto orgullo, cuando, al salir de la iglesia, oía decirse entre sí á los criollos:

—Tenemos un buen torrero; porque, aún cuando yankee, no es un descreído.

Tan pronto como terminaba la misa, volvía á su

islote y se encontraba feliz al poner el pié en ella, pues aún no tenía bastante fe en la tierra firme.

Los domingos Skawinski leía un diario español, que solía comprar en la ciudad, ó el «New-York Herald» que le dejaban, y buscaba ansiosamente en aquellos periódicos noticias de Europa. ¡Pobre corazón de viejo! En aquel faro, en otro hemisferio, latía aún por la patria. Alguna que otra vez bajaba de la torre cuando se aproximaba al islote la barquilla con las provisiones, para echar un párrafo con Jones, el guardián del puerto.

Poco á poco fué tornándose selvático; cesó en sus idas á la ciudad, no leyó más diarios y excusó los párrafos con Jones. Transcurrieron así algunas semanas en las cuales no vió á nadie ni de nadie fué visto; la única prueba de que el viejo vivía, era la desaparición de los víveres que se le dejaban en la orilla y la luz del faro que brillaba cada tarde con la misma regularidad que el sol, que en aquella comarca, sale cada mañana de las ondas.

El mundo se le hizo indiferente y no á causa de la nostalgia, pues aún aquel sentimiento se había transformado en él; renunció hasta á la patria; la isleta era su universo; se había acostumbrado al pensamiento de no abandonarlo hasta el final de su vida; y había olvidado facilmente que fuera de él, había algo más en el mundo.

Además se había vuelto místico; sus dulces ojos azules tenían una expresión infantil y miraban penosos y fijos una lontananza indeterminada. En su continua clausura, en medio de la sencillez y grandiosidad de aquello que le rodeaba, Skawinski perdió poco á poco la conciencia de la propia indivi-

dualidad: no se distinguía ya como un sér particular; se sentía como algo de aquella inmensidad que lo envolvía y no acertaba á procurarse razones, no las sutilizaba. Finalmente se imaginó que el cielo, el agua, sus rocas, el faro, los dorados bancos de arena, las velas desplegadas, las gaviotas, el flujo y reflujo, eran una gran unidad, un alma gigantesca, misteriosa, y el mismo creía sentir la potencia confortadora de aquella alma, la vida arcana, la cual se había descubierto á él.

Skawinski se sumergió completamente en aquella vida del pensamiento; y en tal renuncia del propio sér, en aquella medio vigilia y medio sueño, encontró una paz tan profunda que semejaba un letargo.

Pero vino el despertar.

Un día Skawinski, bajando á recojer las provisiones que la banquilla le había dejado, encontró con ellas un paquete proveniente de los Estados Unidos, que llevaba sobre la gruesa tela encerada, en letras bien claras, la dirección. «Skawinski: Esq.»

Cortó, lleno de curiosidad, la envoltura, y vió que el paquete contenía libros; tomó uno en las manos, lo miró y lo soltó en seguida con mano tré-

mula, cerrando los ojos como si no creyese en sus propios ojos. ¡Un libro polaco! ¿Era posible? ¿Quién podía habérselo remitido? No recordaba ya que al poco tiempo de tomar posesión de su plaza, había leído en el *Herald* que en New-York, se había fundado recientemente una sociedad polaca, á la cual había enviado la mitad de su mensualidad; el dinero para él no tenía valor en la torre.

La socienad demostraba ahora su reconocimiento enviándole aquellos libros; llegaban por un motivo muy natural, pero en el primer momento el viejo no pudo acertar. ¡Libros polacos en Aspinwall! ¡En su solitaria torre!... Era una cosa extraordinaria, un saludo de los remotos tiempos, un milagro. Le pareció oír, como los marineros en las noches de tempestad, una voz querida, olvidada casi, que lo llamaba por su nombre.

Estúvose un momento con los ojos cerrados, casi temeroso, de que al abrirlos, no se desvaneciese aquel hermoso sueño. Pero no; á sus piés estaba el paquete abierto, é iluminado por los esplendores del sol meridiano, el libro.

Cuando el viejo extendió su mano, sintió, en el profundo silencio latirle el corazón con fuerza; abrió el libro; eran poesías. Con grandes caracteres estaba escrito el título de la obra, debajo el nombre del poeta, nombre no desconocido para Skawinski; conocía al gran escritor cuyas obras había leído en París en 1830. Durante los siguientes años, pasados en las guerras de Argelia y de España, había oído celebrar entre sus compatriotas las glorias siempre crecientes del gran Mickiewicz,

pero entonces sus manos cogían mejor un fusil que un libro.

En 1849 fué á América y en aquella vida suya, aventurera, no tuvo jamás relación con ningún polaco, ni había leído libro alguno de su país. Lleno de ansia, con el corazón latíendole fuerte, volvió la primera página del libro; tenía el presentimiento de que en su solitario islote iba á ocurrir algo solemne. A su alrededor todo estaba tranquilo; los relojes de Aspinwall no hacía mucho que habían tocado las cinco de la tarde; el cielo límpido, no manchado por ninguna nube; solo á lo lejos algunas blancas gaviotas discurrían por el éter azúreo; el inmenso océano se extendía inmóvil, las olas apenas se rompían sensiblemente en la playa, deslizándose apenas por la arena; en el fondo se destacaban las blancas casas de Aspinwall y los espléndidos grupos de palmeras que las coronan. El espectáculo era grandioso, sublime.

De pronto, en medio del silencio profundo, resonó la voz trémula del viejo, que leía en voz alta para empaparse mejor:

«Tú eres como la salud, oh patria mía, oh mi Lituania.—Solo el que te pierde conoce cuán querida le eres.—Hoy veo tu belleza en todo su esplendor.—La canto, porque el corazón está lleno del deseo de tí.»

A Skawinski le faltó la voz; las letras empezaron á bailarle delante de los ojos; sentía algo que le salía á oleadas del corazón y le llenaba el pecho, hasta el punto de impedirle la palabra... Fué un momento, hizo un esfuerzo y continuó:

«Santísima Virgen, que te elevas tan luminosa

sobre la altura de Czenstochaus, tu esplendor en la puerta de Ostra proteja al castillo de Nowogrodek y su fiel escolta. Así como me curaste milagrosamente, cuando niño, cuando mi madre, flébil, me recomendó á tu protección, elevo una vez aún mis párpados rígidos al solio de tu templo. Entonces volví á la vida con todas mis fuerzas, y dí á Dios las gracias: condúcenos ahora por milagro á nuestra patria...»

Skawinski no pudo dominar el ímpetu de los sentimientos que estos versos le produjeron; toda fuerza de voluntad desapareció en él.

Gritó y arrojóse al suelo; sus cabellos plateados se mezclaron con la arena de la duna.

Habían transcurrido cuarenta años desde que salió de su patria, y solo Dios sabía cuantos hacía que no escuchó su lengua, y ahora aquel idioma materno venía hasta él, había pasado el océano y buscado al solitario en el otro hemisferio. ¡Oh su amada, su querida, su hermosa lengua! El sollozo que lo sacudía no era el producto del dolor, pero de un amor infinito, nacido de pronto; que hace aparecer cualquier otra cosa como despreciable. Con aquellas lágrimas, con su llanto violento Skawinski pedía perdón á la amada patria de haberse vuelto tan viejo y tan soñador, tan compenetrado de la vida solitaria sobre las rocas que en su corazón se había desvanecido todo, y por fin poco á poco, su deseo más intenso, el deseo de la patria.

Un milagro lo reconducía á ella, y sentía su corazón roto á pedazos.

Un minuto transcurría tras otro y el viejo estaba aún allí, inmóvil, fijo,



Las gaviotas volaban en torno del faro, lanzando á intervalos fuertes graznidos, como si estuvieran inquietas por su viejo amigo. Se aproximaba la hora en que solía repartir entre ellas, las sobras de su comida y algunas bajaron hasta él; después acudieron otras y empezaron á picotearle y á batir las alas encima de su cabeza.

El rumor de alas le sacó de su meditación.

Después de haber vertido tantas lágrimas, había sobrevenido ahora una especie de quietud y de serenidad; sus ojos brillaban de gozo.

Arrojó maquinalmente á las aves toda su comida, y éstas se lanzaron sobre la pitanza gritando de un modo ensordecedor; Skawinski volvió á su libro.

El sol desaparecía ya detrás de los jardines y las florestas de Panamá y descendía con solemne lentitud detrás del istmo, en el otro océano; pero el Atlántico se mostraba aún lleno de resplandores, la claridad era grande y el viejo seguía leyendo:

«Conduce ahora el alma mía, oprimida por el deseo.—Hacia las colinas selváticas, hacia los prados.—Que se extienden lejanos, muy lejanos, por la ribera azul del Niemen...»

El crepúsculo nubló las letras; un crepúsculo que apenas duró una hora. El viejo apoyó la cabeza en las rocas y cerró los ojos.

Aquella luz que tan luminosa se enseñoa sobre las alturas del Czenstochans, «se apoderó de su alma y la transportó á las colinas selváticas, á los prados» de su país nativo.

Fajas de rosa y oro centelleaban aún como llamas en el cielo, y aquel resplandor le acompañó en

su fuga á los campos amados. Siente el rumor de los pinos agitados por el viento, el murmurio de los arroyuelos; todo es claro delante de sus ojos; todo le pregunta: «¿Te acuerdas todavía de nosotros?»

Si que se acuerda; vese delante de sí vastas campiñas, los prados, los bosques, los caseríos...

Es de noche. A esta hora el faro suele ya aclarar la obscuridad de las aguas; pero hoy el torrero está entretenido en el pueblo natal; ha dejado caer la cabeza sobre el pecho, y sueña: diversas imágenes pasan revueltas y confusas por su mente. No puede ver la vieja casa donde nació, porque la destruyó la guerra; no ve al padre ni á la madre, arrebatados pronto por la muerte; pero distingue su pueblo tan bien como si lo hubiera dejado ayer; toda una hilera de cabañas de arcilla, las ventanas iluminadas, el canal, el molino, los dos estanques, uno en frente del otro, en los cuales de noche graznaban las ranas á coro.

Precisamente una noche, siendo soldado, estuvo de centinela en aquel pueblecillo, toda la santa noche; y este recuerdo se le presentaba ahora de frente, más vivo, en medio de los otros. Estaba de guardia; la hostería le echaba de lejos miradas amistosas, como invitándole á beber, y llegaban

hasta él los cantos, el taconeo de los bailarines, el sonido de los violines y de los contrabajos, á través de la noche silenciosa.

U-ha, u-ha; son los soldados que sacan chispas, batiendo las herraduras de los caballos; y el tenía que aburrirse solo en medio de las tinieblas.

Las horas transcurrían lentamente; poco á poco desvaneci6se toda luz; hasta donde llegaba la vista, no se veía más que niebla, una niebla impenetrable; del prado sale un vapor sutil que lo envuelve todo en una nube blanquecina; en lugar de los prados, parece ser el Océano lo que tiene delante de los ojos; dentro de poco el rey de codornices dejará oír su voz, el alcaraván, entre los juncos, lanzará su fuerte silbido.

La noche es plácida, tranquila, una noche genuina de Polonia. ¡Cómo se parece el murmullo lejano de los pinos á la voz del Océano!

Pronto aparecerá la aurora por Oriente; los gallos cantan en los corrales; de cabaña en cabaña, van repitiendo su grito agudo; las grullas asimismo, hacen oír, de lo alto, su graznido estridente.

¡Y los soldados voluntarios son tan osados, tan alegres! Se ha hablado de una batalla para mañana. ¡Adelante, pues! También irá él con los otros, entre el golpear de los hierros y el flamear de las banderolas. ¡Adelante! Su sangre joven se calienta y corre con violencia por sus venas, á pesar del frío húmedo y el viento helado de la noche. ¡Albricias! Se aproxima la mañana, aparecen en las sombras los bosques, los matorrales, las cabañas, el molino, los álamos...

¡Cuán hermosa es su amada patria en el rosado esplendor de la mañana! ¡Oh! ¡Sólo ella es hermosa!... ¡Silencio! El centinela escucha, alguien se acerca; será el relevo.

De pronto, una voz resuena al lado de Skawinski.

—¡Eh! ¡Hola, viejo; arriba! ¿Qué está usted haciendo?...

El viejo abre los ojos y mira estúpidamente al hombre que tiene al lado; en su cerebro contrastan las últimas imágenes del sueño con la realidad; poco á poco palidecen las visiones y desaparecen por completo.

Jones, el guardián del puerto, está frente á él.

—¿Qué pasa?—pregunta Jones.—¿Está usted enfermo?

—No.

—No ha encendido usted el faro y debe dejar inmediatamente la plaza; la barca de San Jerónimo se ha perdido en un banco; afortunadamente nadie se ha ahogado, pues de otra manera, hubiera usted tenido que habérselas con los tribunales. Venga usted conmigo y el cónsul le dirá el resto.

El viejo palideció. ¡En efecto, se había olvidado de encender la linterna!...

Algunos días después, Skawinski iba á bordo de un vapor que se encaminaba á Nueva York, el infeliz había perdido su colocación; otra vez la vida errante, vagabunda, se abría ante sus pasos.

El viento había recogido aquella mísera hoja para zarandearla de nuevo sobre el mar y sobre la tierra, continuando su juego cruel.

Aquellos pocos días habían cambiado y encorva-

do al viejo; sólo en sus ojos brillaba el pristino resplandor. Se había buscado un compañero de su nueva vida en el librito y lo llevaba apretado al pecho; de vez en cuando lo tocaba y lo retocaba como si le angustiase el pensamiento de que también él podía desaparecer y abandonarle un día.



---

## Una corrida de toros

---

Es domingo. Desde hace varios días, en las esquinas de la Puerta del Sol, de la calle de Alcalá y de todas las principales vías de Madrid, está fijado un gran cartel que los transeuntes se detienen á leer con sumo interés.

«Si el tiempo lo permite», tendrá lugar la XVI «corrida de toros», en la que Cara-Ancha, Lagartijo y el famoso Frascuelo, actuarán como «espadas».

El tiempo lo permite y es magnífico. Llovía por la mañana: pero hacia las diez, el viento rasgó las nubes y las arrastró lejos en dirección del Escorial. Ahora el viento ha cesado también, el cielo aparece límpido y sereno, y sobre la Puerta del Sol resplandece brillante el astro del día, el sol de Madrid, que no sólo calienta, sino que quema.

La población se va animando más cada vez y en

todos los rostros se manifiesta la más viva satisfacción.

Son las dos. La plaza de la Puerta del Sol se va despoblando poco á poco, pero una inmensa multitud atraviesa la calle de Alcalá, dirigiéndose al Prado.

En medio de la calle, un número incontable de carruajes y de vehículos de todas clases, avanza con trabajo, porque á los dos lados apenas si queda espacio suficiente para los que van á pie, los cuales se ven obligados á caminar casi al lado de las ruedas de los vehículos.

Los guardias, montados en caballos blancos, vestidos con brillantes uniformes y con tricornios en la cabeza, mantienen el orden.

El aspecto de la ciudad y de las personas, dice claramente que estamos en domingo y en la hora del medio día. Al propio tiempo se comprende que toda aquella gente se dispone á asistir á un espectáculo interesante. Es lástima que el aspecto de aquella multitud no presente una gran variedad. No se ven los trajes nacionales, ni las chaquetillas cortas, ni los pañuelos amarillos en la cabeza, colocados á lo contrabandista con un cabo que cae sobre el hombro, ni los grandes sombreros redondos de Vizcaya, ni los cinturones de los cuales pende el cuchillo catalán.

Todo esto se admira todavía en los contornos de Granada, de Sevilla, de Córdoba; pero ahora en Madrid, especialmente en los días de fiesta, predomina el traje cosmopolita, es decir, el que se lleva en los demás países de Europa. Rara vez se encuentra alguna mantilla negra prendida sobre un alto peinado



y bajo la mantilla se ven dos ojos aún más negros.

Los rostros son generalmente morenos, viva la mirada, la palabra alta. El gesto no es tan expresivo como el de Italia, donde á menudo llega á la exageración, pero no por esto es menos vivaz y enérgico. Las facciones del semblante son singularmente marcadas, la mirada resuelta. Con la observación es fácil comprender que este pueblo sabe mantener también en sus diversiones el carácter propio.

Y sin embargo, en los días de trabajo, aquella gente es moderada, parca en el hablar, recogida: en días festivos se aviva, máxime cuando goza de la perspectiva de un espectáculo como el que se dispone á asistir.

Dejamos el Prado y entramos en una de las vías que conducen al Circo.

La multitud se hace cada vez más compacta. De cuando en cuando en un punto ó en otro, se oyen gritos de fiesta y aplausos á los singulares miembros de la compañía, que se dirigen al Circo separadamente.

He aquí un ómnibus lleno de «capeadores» cuya única arma de defensa es la capa roja, con la que desvían al toro y le irritan y le incitan. A través de las ventanillas se distinguen las cabezas, cuyos largos cabellos negros se recogen sobre la nuca formando coleta.

Los trajes que llevan los «capeadores» son de diverso color y bordados en oro ó plata. Estos «capeadores, se ven obligados á ir en ómnibus á causa de la exigua paga que reciben por su peligroso servicio,

Y allá, más lejos, tres «picadores» á caballo se abren camino entre la multitud. El sol irradia sobre su sombrero blanco de anchas alas. Su estatura es gigantesca, pero en cambio son huesudos y delgados; en sus caras afeitadas, los ojos tienen la mirada severa y concentrada. Van montados sobre una alta silla de madera, de modo que su figura se levanta entera sobre la multitud. Cada uno de ellos tiene en la mano una lanza, á la que está superpuesta una bola de madera, de la que sale una punta de hierro no más larga que un pulgar. Con tal arma no puede el picador matar al toro, sino tan sólo pincharle, para lo cual es preciso que él posea una fuerza no común.

Observando á aquellos hombres, involuntariamente recordaba las ilustraciones de Doré del «Don Quijote».

En efecto, cada uno de aquellos hombres podía servir de modelo al «caballero de la triste figura»; aquellos hombres delgados, resaltando netamente sobre el fondo azul del cielo con las lanzas en ristre y cabalgando en aquellos flacos rocines, aquellos restos vivientes de la Edad Media, responden de lleno á la idea que nos forjamos de los caballeros de la «Mancha» leyendo la obra inmortal de Cervantes.

Los «picadores» ya se han alejado. Ahora no se distinguen más que tres lanzas, tres sombreros y tres capas bordadas echadas sobre sus hombros. En tanto llegan otros tres, pero tan poco diferentes de los primeros, que hacen pensar que todos los «picadores» de España están cortados por el mismo patrón; la única diferencia está en el color de los ca-

bellos, que por lo demás, son todos igualmente delgados.

Volvamos ahora la mirada hacia la interminable fila de vehículos. Muchos de éstos son tirados por mulos tan gruesos, bellos y brillantes, que si no por lo largo de sus orejas, podrían competir en belleza con los caballos.

Se ven también aquí y allá caballos de Andalucía, de ancho lomo y de cuello arqueado, como los que se encuentran representados en los cuadros de los pintores de batallas del siglo XVII.

En los carruajes va lo más florido de la sociedad madrileña. Todos los vestidos son negros, de negros encajes, y les sirven de adornos los abanicos, las sombrillas y los tocados de las damas. Los cabellos negros como el ébano, caen en rizos sobre la frente, bajo los cuales brillan ojos que por su esplendor desafían á la lava del Vesubio. Carnación morena, altivez y aire de importancia; he aquí los rasgos principales de la sociedad madrileña.

Las caras de las damas, tanto viejas como jóvenes, están abundantemente empolvadas, tanto, que todas tienen el aspecto pálido, glacial. Es, en verdad, lástima, pues si no fuese por tan estúpida costumbre, sus carnes presentarían el natural y estupendo tinte ardiente que da á las mismas el sol y la sangre del Mediodía, las cuáles se admiran en las cabezas pintadas por Fortuny.

Delante de los carruajes se sientan hombres vestidos con elegancia un tanto exagerada. Tienen aire de fiesta, pero al mismo tiempo violento, como de personas que no saben llevar trajes ricos y

fastuosos con la desenvoltura que caracteriza á la alta sociedad de Francia.

El muro del Circo se divisa ya distintamente delante de nuestros ojos. El edificio no tiene nada de particular; consiste en una inmensa pista cercada, cuatro ó cinco clases de asientos dispuestos en torno á modo de anfiteatro y que puede contener unas diez mil personas.

El movimiento que se observa en redor del Circo, es realmente sorprendente. Se ven largas filas de carruajes, y miles de cabezas de la multitud forman una gran masa negra, sobre la cual se destaca aquí y allá la figura de un caballero, de un guardia, de un «picador» vestido con colores tan vivos que deslumbran la vista.

El tropel se empuja, se aprieta, charla; los cocheros gritan, y los muchachos que venden los programas gritan más que ellos. Estos pilluelos (1) se introducen por todas partes, entre la gente de á pie y de á caballo; se les ve acurrucados en los estribos de los carruajes y muchos de ellos suben por los palos del Circo.

Todas aquellas cabezas encrespadas, aquellos ojos vivos, aquellos rasgos expresivos, aquellas caras tostadas y aquellas camisas sucias y abiertas en el pecho, recuerdan á nuestros gitanos, los admirables tipos de muchachos de las figuras de Murillo. Además de los programas, venden pitos. Más lejos, por entre la multitud dan vueltas los vendedores de fruta y de agua con sus cubetas de bronce al hombro; por otra parte se oye el tañido de la guita-

---

1) Golfos,

rra mal tocada por una pobre vieja ciega, guiada por una niña.

A este movimiento, á este ensordecedor ruido de gritos y de risas que parece interminable, se debe añadir el rumor de los abanicos, que al agitarse se asemejan á las alas de miles de pájaros. Y el sol esplendente en un cielo sin nubes, vierte á torrentes sobre toda aquella multitud su luz deslumbrante y sus rayos ardientes.

De repente se grita por todas partes: «Mira, mira». Después este grito se convierte en un frenético y general aplauso, á esto sucede un profundo silencio, y á los pocos instantes los aplausos resuenan de nuevo en torno del Circo.

¿Qué sucede? ¿Acaso la Reina llega con su Corte? No. Resuena otro grito: «¡Viva Frascuelo!» Y se ve aparecer al famoso espada, que llega saludando al público y recogiendo aplausos.

Todos los ojos se vuelven hacia él y todas las mujeres se empujan y rodean su carruaje; una lluvia de flores arrojada por sus manos cae sobre este favorito, sobre este heroe de todos los sueños imaginables, sobre esta «perla de España». La acogida que se le hace es tanto más brillante, por cuanto él vuelve de Barcelona, donde ha admirado á la bárbara Europa con los milagros de su espada.

Ahora reaparece en su predilecto Madrid, glorioso y grande como nunca, como un nuevo «Cid Campeador».

Dejemos la multitud y dirijamos la vista hacia el héroe. ¡Qué suntuoso coche! ¡Qué caballos! No se

ven más hermosos en toda Castilla. Sobre cojines de seda blanca va sentado cómodamente, ó mejor, va recostado un hombre cuya edad difícilmente se adivina, con la cara afeitada cuidadosamente. Lleva un traje de seda color violeta pálido y pantalón corto de la misma tela adornado de encajes. Tanto el traje como las costuras de los pantalones resplandecen de magníficos bordados de oro y plata, que á los rayos del sol centellean como diamantes. Finísimas cintas adornan su «bolero». Y él cruza con indolencia sobre el asiento de en frente sus piernas cubiertas con medias color de rosa. El primer atleta del Hipódromo de París le envidiaría aquellas pantorillas.

Madrid está orgulloso de Frascuelo y no sin razón. El grande hombre apoya una mano sobre la empuñadura de su espada catalana, con la otra saluda galantemente á sus admiradores de ambos sexos. Sus cabellos negros se recogen en la nuca y terminan en una trenza que cae sobre su espalda; aquel peinado y la cara afeitada le dan el aspecto de una mujer ó de ciertos actores de provincia. La cara de aquel hombre no refleja mucha inteligencia la cual ciertamente no le perjudicaría en su carrera, aunque no le sea absolutamente necesaria.

Pero el tropel entra en el circo. Entremos nosotros también.

Estamos dentro. El edificio no difiere de los demás del mismo género á no ser por la capacidad y por los asientos, que aquí son en su mayor parte de piedra. En la parte más alta hay una fila de palcos; de éstos, el del centro está tapizado de terciopelo

con franjas de oro: es el palco real. Cuando nadie de la Corte asiste al espectáculo el palco lo ocupa el prefecto de Madrid (1). En los palcos laterales se sientan la aristocracia y los militares de alta graduación. En frente del palco real está el de la orquesta. A la mitad de la altura del Circo existe una fila de poltronas. Las gradas de piedra forman el resto de los asientos. Abajo, en torno de la arena, se ve una franja de madera de la altura de un hombre. Y entre ésta y la primera fila de asientos que está colocada á bastante altura para seguridad de los espectadores, existe un estrecho corredor, en el cual se refugian los toreros en el caso de que el toro les amenace demasiado seriamente.

La mitad del Circo se encuentra en la sombra, pero la otra mitad se halla expuesta por completo á los rayos solares. En los billetes de entrada además del número del asiento está impresa las palabras «sombra» ó «sol». Los que dicen «sombra» cuestan más. Imagináos lo que sufrirán los que tienen el billete con la palabra «sol», debiendo estar sentados varias horas en aquellos asientos de piedra, bajo el azote del sol ardiente.

A pesar de esto el Circo está lleno. Se ve que la pasión por un espectáculo sangriento es superior en este pueblo al temor de ser quemados vivos.

En los países septentrionales el contraste entre la luz y la sombra no es tan absoluto como en España; en el Septentrión se encuentra siempre una especie de penumbra, una gradación de luz, pero

---

(1) El lector español encontrará en esta descripción de nuestro espectáculo, muchas inexactitudes, que hay que perdonar en gracia á la belleza del conjunto.--(N. del T.).

aquí el límite entre la sombra y el sol está marcado por una línea negra sin transición alguna.

En la mitad del Circo iluminada por el sol, parece que la arena arde. Los rostros están inflamados, los ojos deslumbrados por el excesivo esplendor, es una especie de mar de luz lleno de color, en el que todo flamea y resplandece excesivamente y el calor llega el décuplo de su intensidad. La otra mitad del Circo que se encuentra en la sombra parece dividida de la asoleada como por una cortina transparente; cada persona que pasa de la luz á la sombra, produce á la vista el efecto de una bujía que se apaga de improviso.

En el momento en que nosotros entramos, la arena está revuelta. Los habitantes de Madrid, hombres y mujeres, suelen, antes del espectáculo, hollar la arena sobre la cual debe luego tener lugar el sangriento combate, pareciéndoles que toman parte activa. Grupos de hombres permanecen en pie fumando cigarrillos y discutiendo con viveza acerca del mérito de los toros de esta ó aquella región, de esta ó aquella ganadería.

Los muchachos se incitan y se persiguen unos á otros. Veo uno que pone delante de los ojos de otro un pedazo de tela roja, irritándole como el «capeador» irrita al toro. Aquél soporta la cosa con paciencia un rato, pero al fin se pone á girar furiosamente los ojos y se lanza contra el provocador. Este, con un hábil movimiento le confunde, le desvía, lo mismo que hace el «capeador» con el toro. Los demás muchachos contemplan la lucha y no faltan quienes pagan á los compañeros el tributo de los aplausos.



A lo largo de la barrera pasan en tanto los vendedores de naranjas esplicando el mérito de su mercancía. Ellos lanzan con maravillosa destreza y seguridad hasta la fila más alta de asientos, una naranja y al mismo tiempo les es arrojada una moneda de cobre, que cojen al vuelo con una mano, antes de llegar al suelo.

Las conversaciones en voz alta, las carcajadas, los gritos, las llamadas de un extremo al otro del Circo, el ruido de miles de abanicos que se agitan incesantemente, el movimiento producido por los espectadores que llegan, todo este conjunto forma un cuadro tan animado, tan lleno de vida, que ningún otro espectáculo puede dar una idea.

De pronto, parten de la orquesta sonidos de trompetas y ruido de tambores. A esta señal la gente que se encuentra en la arena huye y todos se precipitan hacia sus sitios, como si un peligro amenazase su vida. En un segundo la arena queda libre y los espectadores ocupan sus asientos, hombro contra hombro y cabeza contra cabeza. La arena queda vacía inundada por la luz del sol.

De frente al palco real se abre una puerta en la barrera, por la que entran dos «alguaciles», cuyos caballos blancos con las crines y las colas trenzadas son tan hermosos que producen admiración. Los caballeros con sus sombreros de terciopelo negro adornados por plumas blancas y las almillas igualmente de terciopelo negro con cuellos de encajes, me recuerdan los incomparables lienzos de Velázquez que se admiran en el Museo del Prado, y me transportan á los antiguos tiempos de la «cavallería andante». Son dos hombres de formas es-

culturales, bellos en el verdadero sentido de la palabra. Cabalgan estribo contra estribo, lentamente por todo el ruedo de la arena, como para convenirse de que no ha quedado ningún imprudente espectador. Al fin se detienen en frente del palco real, donde con un movimiento lleno de gracia, se descubren respetuosamente la cabeza.

Cualquiera que asista por primera vez á un Circo, no puede menos de experimentar admiración al ver este aparatoso ceremonial que recuerda las costumbres de la Edad Media.

En efecto estos caballeros, sea por la riqueza de sus vestidos, sea por la dignidad de su contenido, parecen verdaderamente dos nobles heraldos en el momento de rendir homenaje al monarca antes de comenzar el torneo. En realidad, la ceremonia no es más que una especie de súplica, con la cual se pide permiso para comenzar la corrida y al mismo tiempo la llave del establo donde están encerrados los toros. Después de algunos instantes tiran la llave adornada con cintas doradas desde el palco; los alguaciles la recogen, se inclinan otra vez y se van.

Es claro que esto no es más que mera ceremonia, porque se sabe que el espectáculo ha sido ya previamente autorizado y que los establos están cerrados con simples cerrojos de hierro. Pero la ceremonia es bonita y nunca deja de hacerse.

A los pocos momentos, se abre una gran puerta y por ella sale la cuadrilla.

A la cabeza cabalgan los mismos «alguaciles» que vimos antes; después siguen los espadas, luego los «capeadores», después los «banderilleros» y por último los «picadores». Todos los colores del arco

iris se ven representados en los trajes de estos personajes y las escamas de oro y de plata brillan luminosamente. La vista no se sacia de contemplar aquella brillante variedad de tintas y aquellos hombres que se mueven en la arena dorada. Llegados al centro de ella, se desparraman en el acto como un enjambre de mariposas. Los «picadores» se disponen en torno del recinto, y colocan la lanza en ristre empuñándola fuertemente con la mano derecha. Los hombres de á pie forman pintorescos grupos y esperan al toro con aire tranquilo é indiferente.

Este es quizás el momento más hermoso, más original, más característicamente español del espectáculo, tanto, que se lamenta uno de no ser pintor para poderle copiar en el lienzo.

Más bien pronto la sangre correrá por la arena. El profundo silencio reina en el Circo. Se oye apenas el ruido de los abanicos que se agitan apresuradamente porque las manos de las «señoritas» tiemblan de impaciencia. Todas las miradas están fijas en la puerta por la que debe salir el toro. El tiempo se cuenta por segundos.

De pronto se oye un toque de corneta y á éste responde el toque de otra de la orquesta; la puerta se abre con gran estrépito y el toro se precipita en la arena con la rapidez de un rayo.

Es un estupendo animal, de cuello poderoso, con la cabeza relativamente pequeña provista de dos enormes cuernos encorvados. Nuestros toros dan una pálida idea de este animal, porque el toro español, además de no ser igual al nuestro por su tamaño, le sobrepuja en fuerza y sobre todo en vi-

veza. Desde luego hay que tener en cuenta que es una bestia crecida libremente en medio de grandes extensiones de terreno, una bestia indómita y salvaje en absoluto; y además de su fuerza extraordinaria posee también la agilidad del ciervo, que es precisamente lo que le hace peligroso en grado máximo. Tiene las piernas anteriores más desarrolladas en longitud que las posteriores, cualidad que se observa casi siempre en las bestias de la montaña. En efecto; los toros destinados al Circo se reclutan especialmente en las vacadas de la Sierra Morena. Son en su mayor parte negros; es raro encontrar uno colorado ó de varios colores. El pelo es corto, fino y brillante como raso; tan sólo en la grupa el pelo es más largo y rizado.

Después de haber hecho su impetuosa entrada en la arena, el toro disminuye su carrera y se mueve hacia el centro, vuelve á derecha é izquierda sus ojos inyectados en sangre, pero esto no dura más que dos segundos: ha visto un grupo de «capeadores» y súbitamente inclina la cabeza y se lanza hacia ellos. Los «capeadores» se desparman como un grupo de gorriones contra los cuales se hubiese disparado un fusil, y con su capa roja detrás comienzan á dar vueltas por la arena con una rapidez que produce vértigo. Están donde quieren, saltan á derecha é izquierda, vuelven al centro, luego junto á la barrera, delante de los ojos del toro, detrás de él. Las capas rojas se mueven en el aire como banderas agitadas por el viento.

El toro dispersa á los «capeadores» en todas direcciones; con la velocidad del rayo persigue á uno mientras otro le arroja la capa roja sobre los ojos;

el toro deja al primero para lanzarse detrás del otro, pero antes de haberse vuelto ya tiene delante otro «capeador». El toro se precipita sobre él: la distancia entre ambos disminuye; los cuernos del animal parecen tocar la espalda del hombre, un instante más y será aplastado contra la barrera; pero en un abrir y cerrar de ojos el hombre pone la mano sobre la misma valla y desaparece como si se hubiera hundido en el suelo.

¿Qué ha sucedido? El «capeador» ha saltado al corredor existente entre la barrera y la primera fila de asientos.

El toro se arroja contra otro, pero antes de que haya dejado sus huellas, el primer «capeador» saca la cabeza por encima de la barrera como un indio que pretende robar en la casa de un colono, y corre luego nuevamente á la arena. El toro persigue con creciente obstinación aquellos enemigos inaccesibles que de pronto desaparecen delante de sus cuernos. Al fin comprende donde se ocultan. Reconcentra todas sus fuerzas y furibundo salta como un caballo de caza la valla; á buen seguro que esta vez pisoteará á sus enemigos como á otros tantos gusanos.

Pero precisamente en aquel instante los «capeadores» saltan de nuevo á la arena con una agilidad que envidiaría un mono, y en tanto el toro corre todo el anillo sin encontrar á nadie.

La primera fila de espectadores se inclina sobre el parapeto y con bastones, sombrillas y quitasoles descargan golpes sobre el enfurecido animal.

El público está cada vez más excitado. Un toro que salta la barrera, se asegura el favor de los es-

pectadores y se hace meritoria su parte desde entonces (!). Cuando la gente aplaude con entusiasmo, los de las últimas gradas baten las palmas y gritan: «¡Bravo el toro! ¡muy bien! ¡Bravo el toro!»

En tanto el toro encuentra una puerta abierta y se precipita de nuevo en la arena. Al lado opuesto de esta puerta dos «capeadores» se hallan sentados en un estribo circular que existe á todo lo largo de la barrera y hablan entre ellos sin la menor preocupación. El toro se arroja de repente contra ellos; está ya en el medio de la arena y ellos siguen tranquilamente sin suspender su conversación; el animal está á diez pasos y continúan sentados como si no le hubiesen visto; ya está á cinco pasos y siguen aún hablando. Gritos de alarma resuenan en todo el Circo.

De pronto los dos temerarios saltan á derecha é izquierda, delante de los cuernos del toro y esto desahoga su furor arremetiendo contra la barrera formidables cornadas. Una salva de fragorosos aplausos resuena en el Circo, y en este momento todos los «capeadores» rodean el toro y vuelven á excitarle con sus capas rojas.

La rabia del animal se convierte en furia: se lanza hacia adelante, retrocede, y á cada paso da cornadas al aire y en la arena; parece que ningún poder humano pueda preservar á este ó al otro hombre de una muerte cierta. Los cuernos del toro no encuentran nunca mas que el vacío y las rojas capas se agitan en el aire; á veces alguno de aquellos hombres cae y en aquel instante desahoga el toro su rabia sobre la capa roja abandonada por el hombre al levantarse. Pero esto no le basta, él ne-

cesita una víctima y quiere tenerla á toda costa. Luego emite un mugido terrible, y dando vueltas á los globos de los ojos inyectados en sangre, en las órbitas, se detiene para volver á precipitarse hacia adelante al acaso, pero de pronto se detiene de nuevo, herido por la vista de un nuevo enemigo: un «picador» á caballo.

Los «picadores» hasta aquí han permanecido sobre sus flacas cabalgaduras, firmes como estatuas, con sus lanzas vueltas hacia abajo. El únicamente preocupado con las capas rojas, no se había dado cuenta de su presencia y si los había visto no se había ocupado de ellos.

No sucede casi nunca que el toro comience por combatir con los hombres á caballo. Las capas rojas absorben toda su atención y excitan toda su rabia. Por lo demás puede ocurrir que los picadores le parezcan á aquellos pastores semisalvajes de Sierra Morena que alguna vez veía á distancia y ante los cuales huía con toda la vacada.

Pero ahora el animal está cansado de correr detrás de las capas rojas: su furia está ávida de destrozar á cualquier individuo, saciando así su sed de venganza.

Es este, en verdad, un momento terrible para los espectadores que no han asistido nunca á tal espectáculo. Todos presienten que la sangre correrá en breve.

En efecto, el toro baja la cabeza y retrocede algunos pasos, como para recogerse y tomar velocidad; el «picador» dirige un poco el caballo hacia el adversario, á fin de que el caballo, que tiene tapado el ojo derecho con un pedazo de tela negra,

no retroceda en el momento del ataque. La lanza armada de la corta punta está dirigida hacia el toro, el cual retrocede aún algunos pasos. Se diría que él quiere retirarse del todo y los asistentes comienzan á respirar con más libertad.

De repente el toro se lanza adelante con una violencia parecida á la de una peña que se precipite de lo alto de una montaña. En un abrir y cerrar de ojos se ve bajarse la lanza y la punta de hierro se hunde en la espalda del toro. Pero en tanto ha sucedido una escena terrible: la poderosa cabeza del toro ha desaparecido bajo el vientre del caballo y sus cuernos han penetrado profundamente en los intestinos del desgraciado animal; algunas veces el toro levanta á un tiempo al caballo y al hombre, otras no se ve mas que la parte posterior del caballo agitarse convulsivamente en el vacío. Luego el hombre cae al suelo y el caballo cae sobre él. Caballo, «picador» y silla no forman más que una masa informe, á la cual la enfurecida bestia no cesa de pisotear y de herir con los cuernos.

Las personas no habituadas palidecen de sobresalto. Tanto en Barcelona como en Madrid he visto señores ingleses ponerse blancos como pañuelos. Por lo demás, la primera vez que una persona asiste á una corrida, experimenta la impresión de asistir á una catástrofe.

Cuando se ve al caballero extendido en tierra oprimido por el peso del caballo y de la silla, parece realmente que ya no existe salvación para él y que los criados no tengan más que remover un cuerpo sanguinolento.



Pero esto es pura ilusión, porque todo forma parte del programa del espectáculo.

Bajo el traje, el picador lleva una armadura que le salva. Además, él cae en buena posición bajo el caballo, á fin de que la pobre bestia le sirva de escudo contra los cuernos del toro. Añadiré aquí que la duración de la catástrofe está calculada en minutos.

Los «capeadores» asaltan de nuevo al animal por todos los lados, y éste, ganoso de librarse de ellos, se ve obligado á dejar á su víctima. La deja pues, y se vuelve hacia los «capeadores»; sus cuernos teñidos en sangre parecen que vayan á tocar las espaldas de sus enemigos. En su fuga lo llevan á la parte opuesta de la arena; en tanto otros hombres sacan de debajo del caballo el picador, el cual se mueve con trabajo por el peso de la armadura, y lo echa por encima de la valla.

También el caballo intenta levantarse y lo consigue por un momento haciendo un esfuerzo supremo, pero al fin un espectáculo horrendo se ofrece á la vista de los espectadores.

Del vientre desgarrado de la bestia pende la masa de los intestinos junto con el bazo, el hígado y el corazón. La pobre bestia da algunos pasos, pero su pata vacilante pisotea sus propias vísceras, cae, excava con las manos la tierra y convulsiones de muerte sacuden su cuerpo. Los criados en tanto acuden, quitan la silla y las bridas y ponen fin á los tormentos del animal con un golpe de puntilla bien dado en el punto donde la cabeza se articula con el cuello.

Queda en la arena el cuerpo inmóvil, que repo-

sando sobre un lado aparece admirablemente escondido. Los intestinos son llevados en seguida en un canasto parecido á una cubeta de legía y el público aplaude con calor. El entusiasmo comienza á invadirle: «¡Bravo toro! ¡Bravo picador!» se grita por todas partes. Los ojos de todos brillan de alegría; sobre todos los rostros aparece una llamarada roja y gran cantidad de sombreros vuela á la arena en honor del «picador».

Entre tanto, habiendo probado el olor de la sangre, mata otros caballos. Cuando sus cuernos, en vez del vientre hieren un hombro del caballo, corre en el acto sobre la arena un torrente de sangre negra; el caballo se empina y cae hacia atrás junto con el caballero. Un doble peligro amenaza al «picador». Además de los cuernos del toro corre el peligro de romperse el cuello á pesar de la armadura que lo protege. Pero, como hemos dicho, el cuerpo del caballo es la principal defensa del hombre, por lo que todo picador procura ser atacado hacia la periferia del Circo para estar, por así decirlo, protegido por el caballo y la valla. En el momento en que el toro retrocede, el picador se adelanta, pero pocos pasos tan sólo, á fin de que la lucha no ocurra en el centro del anfiteatro.

Todas estas precauciones no bastarían y el toro conseguiría por lo menos, herir el cuerpo del hombre, si no fuese por los capeadores, los cuales provocan y excitan al animal, distraen su atención, afrontan con intrepidez su furia y las más de las veces salvan la vida de alguno de los que toman parte en la lucha.

Yo ví una vez un «espada», el cual, retirándose

delante de un toro furioso tropezó con la cabeza de un caballo muerto y cayó; era inevitable su muerte, los cuernos del toro iban á traspasarle el pecho, cuando de pronto entre el pecho y los cuernos se agitaron las capas rojas y el toro por correr tras éstas dejó incólumne al «espada». Se puede decir en verdad, que si no fuese por la obra de los «capeadores,» tan ágiles y solícitos, toda la habilidad resultaría inútil, y en cada corrida perecerían tantos hombres como caballos.

Es raro que un «picador» consiga detener al toro con la punta de su lanza. Esto tiene lugar tan sólo cuando el animal adelanta con lentitud y el «picador» posee un brazo de una fuerza hercúlea.

Yo ví dos ejemplos en Madrid en los cuales el «picador», recogió un huracán de aplausos.

Pero ordinariamente el toro mata á los caballos con inmensa facilidad y esto es realmente terrible, cuando cubierto de sudor que brilla bajo los rayos del sol, con el cuello sangriento por las heridas de las lanzas y de las banderillas y con los cuernos rojos de sangre, corre alrededor de la arena como un héroe embriagado por la victoria. Un profundo mugido sale de su pecho y ora pone en fuga á los «capeadores,» ora se detiene de repente ante el cuerpo inmóvil de un caballo muerto y en este se venga rabiosamente. Levanta con los cuernos los míseros restos y los lleva en torno del circo, salpicando de sangre á los espectadores de la primera fila, (?) después los deja de nuevo sobre la arena y los desgarrá una segunda vez.

Parece que quiera decir que el espectáculo ha terminado y que él ha vencido.

Pero el espectáculo á apenas ha llegado á la mitad. Aquellos «picadores» cuyos caballos han sobrevivido á la catástrofe, dejan la arena, pero á su vez entran en ella saltando ágiles «banderilleros». Cada uno de estos lleva en sus manos levantadas dos flechas largas de una vara y adornadas con cintas azules, verdes ó rojas según el color del traje del banderillero y provistas de una punta, la cual una vez penetrada en la piel no sale ya. Estos hombres comienzan á cercar al toro sacudiendo las flechas, le amenazan con la punta y se lanzan hacia él. El toro gira en torno los ojos inyectados de sangre y vuelve la cabeza á derecha é izquierda, para conocer á los nuevos enemigos que tiene delante. «¡Ah! — parece decir, — ¿no os basta la sangre vertida? ¿queréis más aún? La tendréis.» Y escogiendo el hombre, se dispone á perseguirle.

Pero, ¿qué sucede? El primer «banderillero», en vez de huir corre al encuentro del toro evitando la cabeza de éste y en el espacio de un segundo se ve algo por el aire que parece un arco iris. El hombre huye hacia la barrera con las manos vacías con toda la agilidad de sus piernas y del cuello del toro penden dos flechas. Después de algunos instantes se adelantan otros dos «banderilleros,» después aún otros dos. El cuello del toro aparece ahora como rodeado por una guirnalda de flores de varios colores, pero estas flores tienen espinas terribles. A cada movimiento que hace el toro, cada vez que vuelve la cabeza, las flechas se sacuden, se inclinan de un lado al otro del poderoso cuello y las puntas penetran más en la herida. El animal atormentado por dolores atroces, se vuelve verdaderamente furibun-

do; se agita más y se hace más insoportable su tormento. Querría librarse de las flechas que le torturan, pero no lo consigue. El dolor le enfurece cada vez más y postra al mismo tiempo sus fuerzas. Sus narices se cubren de espuma, la lengua le cuelga fuera de la boca, no muge casi, pero con breves intervalos, entre los salvajes gritos, los aplausos y el tumulto general de los espectadores, se puede oír su gemido que parece casi humano. Entretanto los «capeadores», no cesan de excitarlo, los «picadores» de herirlo (!) mientras las puntas de las banderillas continúan su bárbara labor en las heridas. La sed y el calor intenso completan su suplicio.

Por su suerte no le son clavadas en las carnes otra clase de banderillas y más terribles todavía. Si por rara casualidad el toro rehusa atacar á los caballos y no ha matado ninguno, entonces el público airado se pone en pie y una especie de revolución se produce en el Circo. Los hombres agitan sus bastones, las mujeres las sombrillas y los abanicos. Todos se vuelven hacia el palco real y entre gritos roncós, salvajes, de crueles «caballeros» y chillidos de «señoritas», se oye repetir una sola palabra: «¡Fuego! ¡fuego! ¡fuego!»

Los representantes del Gobierno dudan un poco antes de conceder lo que se pide. Luego se oye gritar ¡Fuego! en tono cada vez más amenazador; y la amenaza se hace tan intensa que esperamos de un momento á otro ver al público pasar de las palabras á algún acto salvaje. Pasa media hora y continúan gritado: «¡Fuego! ¡fuego!»

No hay solución. Se da la señal y á la mísera bestia le clavan en el cuello unas banderillas preparadas de tal modo que al penetrar en las carnes arden.

Mientras las puntas atormentan las carnes del animal una nube de humo envuelve su cabeza y la explosión de los fuegos artificiales le aturden. Las chispas caen sobre sus heridas y pequeños cohetes explotan bajo su piel. Un olor á carne quemada llena la arena.

La crueldad humana no puede ir más allá; pero la diversión del público llega ahora al colmo. Sobre los ojos de las mujeres se extiende como un velo de languidez, su respiración se hace jadeante, sus cabezas se dirigen hacia atrás, mostrando entre los gruesos labios abertos, filas de dientes de una blancura deslumbradora. Se diría que el suplicio de la pobre bestia se refleja sobre los nervios de aquellas mujeres en forma de placer. Únicamente en España se pueden ver estas cosas.

Existe en este frenesí algo de histerismo, algo que recuerda ciertos misterios de los Fenicios celebrados sobre el altar de Melitta.

El coraje y la valentía de los banderilleros sobrepuja á toda comparación. Una vez ví á uno, el cual se había sentado en una silla en medio de la arena y estaba con las piernas negligentemente extendidas hacia adelante. Después las cruzó y levantando sobre su cabeza una banderilla esperó al toro con la mayor tranquilidad.

El toro se precipitó inmediatamente hacia él. Después de un instante ví las banderillas clavadas en el cuello del toro, mientras éste destrozaba la

silla á furiosas y formidables cornadas. No sabía decir de que modo el audaz «banderillero» había huido: es un secreto accesible de su arte.

Otro «banderillero» en la misma corrida cogió la lanza de un «picador» y en el momento del ataque dió un gran salto sobre el toro y apoyándose en la grupa fué á caer al lado opuesto. La bestia quedó aturdida y no comprendió por donde había desaparecido su víctima.

Muchas y muchas maravillas de audacia y destreza se admiran en cada corrida.

Nunca se clavan en el cuello del toro más de seis banderillas. Hecho esto se oye de la parte de la orquesta un toque prolongado y triste; se acerca el momento más interesante y más trágico del espectáculo. Todo lo que se ha visto hasta entonces no es más que el prelude del espectáculo, que se podría llamar el cuarto acto del drama.

Se adelanta el «matador» ó sea el «espada». Va vestido del mismo modo que los otros pero con mayor lujo y rebuscada elegancia. Su traje resplandece de oro y de plata, el pecho está adornado con puntillas finísimas. Además, se le reconoce fácilmente entre los otros porque se presenta siempre con la cabeza descubierta (?).

Su negro cabello cuidadosamente peinado termina bajo la nuca en una pequeña trenza. Sostiene en la mano izquierda una bandera roja, en la derecha una larga espada de Toledo.

Los «capeadores» se mueven á un lado y rodean, como los soldados rodean á su jefe, dispuestos siempre á salvarle en un momento de peligro; y él se

acerca al toro, reconcentrado en sí, tranquilo pero terrible y con aire de triunfo.

El corazón de los espectadores palpita con violencia y en aquel momento reina en el Circo un profundo silencio.

Yo he visto en Barcelona y en Madrid los cuatro espadas más célebres de España y en verdad creo que además de la sangre fría, la destreza, de la tranquilidad, deben poseer cierta potencia ipnótica que obra sobre el animal infundiéndole un misterioso terror. Delante del espada, el toro se muestra muy diferente que cuando él aparecía frente á los otros adversarios. No es que retroceda ante él; al contrario se exalta con mayor insistencia. Pero ahora, además de la rabia se observa en él una cierta manía de luchar. Antes perseguía á sus enemigos y los mataba como si estuviese convencido de que el espectáculo se daba por él únicamente. Ahora, en frente de aquel hombre terrible, con la espada en la mano, se persuadía de que tenía delante la muerte y que á los pocos minutos estaría completado el horrendo hecho. El terror de la bestia es tan evidente que todos lo adivinan. Y acaso esto por su carácter trágico, [es lo que constituye el encanto del espectáculo. Aquel poderoso organismo, ardiente por la superabundancia de vitalidad y de fuerza, no quiere morir, no se resigna al sacrificio extremo. Y sin embargo la muerte inevitable le espera y una indecible desesperación se refleja en todos los movimientos del toro. A duras penas conoce á los «capeadores» que poco antes perseguía con tanto ardor; ataca en cambio al «espada» y le ataca con evidente desesperación



El «espada» no le mata en el acto, pues no está permitido en las reglas del arte. Engaña al toro con los movimientos de su banderola roja y con rápidos movimientos esquivo los cuernos del animal, espera el momento oportuno, retrocede y avanza á su vez. Su objeto es sin duda satisfacer al público; llega el instante de herir, pero luego baja de nuevo la espada.

La terrible lucha se extiende por toda la arena. Ora donde el sol centellea y quema, ora donde todo está envuelto en la sombra. Estallan aplausos en el Circo, algunas véces unánimes, otras individuales, provinientes de alguna «señorita» incapaz de contener su propio entusiasmo.

De pronto resuena el grito: «¡Bravo! ¡Bravo!....» y un momento después si acaso el espada ha retrocedido ó ha equivocado el golpe, es acogido con una salva de silbidos. El toro ha dado ya repetidas cornadas, pero siempre en la muleta; el «espada» está salvado, el público está satisfecho y aquí y allá se grita «¡Mata el toro! ¡mata el toro!»

Y con la rapidez del rayo, el grupo formado por los dos adversarios se separa y entre los coloreados objetos colgados al cuello del toro, se ve la empuñadura roja de la espada. La hoja hundida en dos tercios de su longitud ha tocado los pulmones del animal.

El «espada» está inerme, el toro le ataca de nuevo, con pases de muleta le desvía, y con medias vueltas diestramente ejecutadas escapa á sus golpes.

En tanto el pueblo parece transformarse en una horda de salvajes. No se oyen aplausos, sino un ru-

gido bestial repercute en el Circo. Todos se levantan de sus asientos. Ramos de flores, paquetes de cigarrillos, sombreros, bastones, sombrillas vuelan por el aire. El espectáculo llega á su término..

Sobre los ojos del toro parece extenderse un velo; de su boca sale espuma sanguinolenta y emite roncós gemidos. Su mente se ha ofuscado. Ya no siente calor, no vé la luz del sol. Ataca todavía, pero como en sueño.

Todo se va obscureciendo á sus ojos. Al fin recoge todas sus fuerzas, retrocede ante la valla, vacila un momento, cae sobre las patas delanteras después sobre las posteriores y empieza á agonizar.

El «espada», ya no se preocupa más de aquel; dirige su mirada á los espectadores que le arrojan sombreros y cajetillas de cigarrillos y mientras dura la lluvia, ó mejor dicho granizada, él saluda y agradece la atención, á la vez que los «capeadores» recogen del suelo los sombreros y los arrojan otra vez á los espectadores.

Entre tanto, un hombre misterioso, vestido de negro se adelanta silenciosamente y va á clavar un puñal en el cuello del toro en el punto donde el cráneo se une á la columna vertebral y con ligero movimiento se lo hunde hasta el puño.

Este es el golpe de gracia, después del cual el toro inclina la cabeza á un lado y el animal ya no dá señales de vida.

Todos los «toreadores» se van. Por un momento la arena queda vacía, no viéndose más que el cuerpo del toro y los restos de cuatro ó cinco caballos destripados.

Pero luego se precipitan en la arena algunos

hombres con mulos expléndidamente ataviados de amarillo y rojo; los hombres uncen estos mulos á los cuerpos exánimes de las pobres bestias y los arrastran en torno para que el público pueda contemplarnos otra vez. Después con la misma rapidez desaparecen por la puerta de arrastre.

Pero no se crea que el espectáculo ha terminado. Después del primer toro, aparece en la arena un segundo, luego un tercero y así sucesivamente.

En Madrid en cada corrida se matan seis toros. En Barcelona, en caso de feria, se matan ocho.

Y el público no se muestra por eso aburrido de la monotonía del espectáculo. La lucha resulta variada por los numerosos episodios personales, causados por el diverso temperamento de los que toman parte en ella, por la mayor ó menor fiereza del toro, por la mayor ó menor valentía y habilidad de los hombres que la provocan. A ésto se debe añadir que este público no se sacía nunca de la vista de la sangre y de la muerte.

Los «toreadores», gracias á su agilidad, raramente perecen, pero cuando esto sucede el espectáculo adquiere mayor interés y el toro recibe tantos aplausos como el «espada» (1). Más, ya que esta desgracia puede suceder, un médico y un sacerdote con los sacramentos asisten á todas las corridas, no entre los espectadores, sino en un lugar apartado destinado á los heridos, en caso de alguna desgracia.

En que época, la influencia de la civilización in-

---

(1) ¿En qué plaza habrá visto esto el autor?

dueirá á los españoles á renunciar á estas luchas de toros, es muy difícil de precisar.

El hecho es que la predilección por tales espectáculos es inherente al carácter del pueblo español. La más selecta y la más alta sociedad también toma parte en ellos con verdadero placer. Los que defienden y sostienen estos espectáculos dicen, que en esencia no son más que cazas ariesgadas, correspondientes al carácter caballeresco de la nación.

Pero la caza es una diversión no una profesión: á la caza no asiste una multitud de espectadores, ni asisten á ella centenares de mujeres, que acuden casi por el placer que experimentan al asistir á una escena de tormentos, de sangre, de muerte; y en fin, en la caza no se paga por exponer la vida.

Si se me preguntase si el espectáculo es hermoso, respondería que sí; es bello de modo especial por el ambiente y por todo lo que le rodea. Aquel sol, aquella sombra, aquellos miles de abanicos que se agitan y á cuya vista parece tener delante de los ojos un enjambre de mariposas que hubiesen invadido todo el Circo, aquellos ojos, aquellos labios rojos; todo esto presenta una vista fantástica y encantadora.

Y es bella esta variedad de ardientes y fuertes tintas, aquella masa brillante de oro y de oropel, aquella arena abrasadora de la cual emana un intenso calor, aquella prueba de valor y de fuerza, aquella sensación de terror que se mezcla con la viva curiosidad de los espectadores, todo esto es ciertamente mucho más bello que los rios de sangre y los vientres desgarrados de los caballos.

Quién, por otra parte, conoce estos espectáculos

tan solo por haberlos leído en alguna descripción y los vé después con sus propios ojos, no puede menos de pensar:—¿Qué maravilloso pueblo es éste, para el cual, la más atrayente de las diversiones es la vista de una escena tan terrible, tan absoluta é inevitable como la muerte? ¿Por qué tan extraña predilección? ¿Es ésto acaso un triste resto de la crueldad de la Edad Media ó es el efecto de un impulso natural que se revela en muchas personas, las cuales, á pesar de temblar á la vista de un precipicio, se sienten atraídas á acercarse cuanto les es posible al mismo, para dirigir una mirada al fondo del misterioso abismo? En efecto, ésta es una manía que no se explica, pero que influye sobre muchos con una fuerza irresistible.

Se puede decir de los españoles que en el curso de su historia han demostrado siempre tendencia por los extremos.

Pocos pueblos han sido tan inexorables en sus guerras; ninguno ha convertido una religión de amor en un tan triste y sangriento culto, ninguna otra nación como España, se divierte burlándose de la muerte.

(Traducción de Carlos Ría Baja)

FIN



---

## Sachem

---

En la ciudad de Antelope, situada sobre la ribera del río del mismo nombre en el Estado de Texas, todos los habitantes se dirigían presurosos hacia el circo. Se hallaban ansiosos de llegar porque desde la fundación de la ciudad, era la primera vez que gozarían de un espectáculo en que tomaban parte bailarinas, acróbatas, gimnastas y toda clase de artista de este género.

La ciudad existía hacía muy poco tiempo. Quince años antes no había en aquel sitio una casa siquiera, ni en toda la región se hubiera encontrado un hombre blanco. Pero entre las dos ramas en que el río se bifurca en aquel punto y precisamente en el sitio en que ahora se levanta la ciudad de Antelope, existía entonces una aldea india llamada Chervatta, en la que residía el jefe de la tribu de los llamados «Serpientes Negras.» La población de esta aldea, era una continua causa de inquietud y de

desconfianza para las vecinas colonias de Berlín, Gründenu y Harmonia y constituía para las mismas tal temor, que no pudieron soportarlo mucho tiempo.

Los indios no hacían más que defender su propia tierra garantizada por el Gobierno de Texas con solemnes tratados.

¿Pero qué valían tales garantías para las colonias de Berlín, de Gründenu y Harmonia? En efecto, si ellos gozaban de la tierra, del aire y del agua del país, cambiaban tales favores por el beneficio de la civilización de las costumbres; y los Pieles Rojas demostraban su reconocimiento á su manera, esto es, cortando la cabeza de todo tudesco que caía en sus manos. Un estado tal de cosas no era ya tolerable.

Una noche, pues, los colonos reunidos á la luz de la luna en número de cuatrocientos, y llamados en su auxilio á los mejicanos de La Ora, cayeron de improviso sobre la dormida aldea.

El triunfo de la buena causa fué completo. Chervatta quedó reducida á un montón de cenizas, y los indios, sin respetar sexo ni edad, despedazados.

No se escaparon de la matanza más que poquísimos guerreros porque se encontraban de caza en los bosques.

En el lugar no quedó un sólo indio vivo porque la aldea estaba situada como se ha dicho, entre las dos ramas del río, y éste, hallándose crecido como todos los años en primavera, las dos ramas vinieron á formar en torno de aquélla un verdadero lago, imposible de atravesar por la profundidad y velocidad de su corriente. Esta circunstancia que fué



la ruina de los indios, favoreció mucho á los tudes-cos.

Era difícilísimo huir de la aldea; por eso podía considerarse sino como inexpugnable, muy apta para resistir un ataque.

Y debido á tal consideración una multitud de gente de Berlín, de Gründenu, de Harmonia, emigró á esta especie de isla, y fué tal la afluencia que casi en un abrir y cerrar de ojos surgió sobre las ruinas de la destruída aldea de Chervatta la nueva ciudad de Antelope. Cinco años después, esta ciudad, contaba ya más de dos mil habitantes europeos.

Al sexto año se descubrió sobre la orilla opuesta una mina de mercurio para cuya explotación se redobló el número de habitantes.

Al año séptimo gracias á la ley de Lynch fueron ahorcados en la plaza pública los últimos doce guerreros de los «Serpientes Negras» capturados cazando en la antigua «*Floresta de la Muerte.*»

Y desde aquel momento ya no hubo nada que pudiese dificultar el incremento de Antelope. Fueron fundados en la ciudad dos periódicos diarios y una *Revista del lunes*. Un brazo de vía férrea unió la ciudad con el Río del Norte y San Antonio.

En la calle Opuncia Gasse se erigieron tres escuelas.

En la plaza donde habían sido ahorcados los últimos supervivientes de los «Serpientes Negras» los ciudadanos fundaron un instituto filantrópico. Cada domingo, los sacerdotes predicaban en las iglesias á cerca del amor al prójimo, del respeto de la propiedad ajena y de otras semejantes virtudes esen-

ciales en una ciudad culta; ciertos profesores viajeros daban conferencias y disertaciones á cerca de «Derecho de las naciones.»

Los habitantes más ricos comenzaron á ocuparse de la institución de una universidad á la que debía contribuir el Gobierno de Texas. En suma, todo prosperaba y todos prosperaban en la ciudad de Antelope.

El tráfico en mercurio, naranjas, cebaba y vino, procuraba á los habitantes grandes rendimientos. Y éstos se hallaban tan robustos, sanos, rubicundos y alegres, como activos, industriosos y metódicos eran ellos. Cualquiera que hubiese visitado en los años últimos la ciudad de Antelope con una población de casi veinte mil habitantes, no habría reconocido en aquellos ricos mercaderes á los pobres colonos que quince años antes habían incendiado Chervvatta.

Pasaban el día en sus almacenes, en sus trabajos, en sus oficios, y por la noche bebían y cantaban en la cervecería del «Sol de Oro» en Rastiesnake Street. Oyendo aquellos cantos un tanto sumisos y guturales, y aquel flemático: «Nun ja, vissen Sie Her Müller?... Ist das aber möglich?» (1) y aquel chocar de los vasos llenos de cerveza; viendo aquellos charcos formados en el pavimento con la espuma rebosante del líquido; observando aquella calma, aquella fiema de las personas, aquellos ojos parecidos á ojos de pescado, cualquiera se hubiera creído estar en una cervecería de Berlín ó Munich,

(1) Bien, ¿sabéis, señor Müller?... ¿Es posible?

y nadie habría dicho que Antelope se había levantado sobre las ruinas de Chervatta.

En aquella noche toda la población acudía al circo, en primer lugar porque después de un largo y pesado trabajo, la diversión es un alivio necesario, en segundo lugar, porque la llegada de la célebre Compañía del honorable Mr. Deau les colmaba de orgullo, viendo en ésto una confirmación de la grandeza y magnificencia de su ciudad, ya que es sabido que semejantes compañías de renombre no suelen actuar en cualquier pueblo pequeño. Existía luego una tercera razón y la más importante, esto es, la general curiosidad.

El número II del Programa, decía:

El renombrado gimnasta Black Vulture «Sachem» (1) de los «Black Snakes» el último descendiente de los jefes de éstos, el único superviviente de la tribu, ejecutará con acompañamiento de música el paso sobre una cuerda metálica tendida á quince pies del suelo.

Primera parte: Saltos de antílopes.

Tercera parte: La danza de la muerte y la canción de la muerte.

Ahora bien, este «Sachem» había podido interesar en sumo grado al público de otros países, no debía interesar menos al de Antelope. Mr. Deau en la cervecería «Golden Sum» contaba que durante el viaje á Santa Fe había encontrado en el punto llamado «Planos de Tornado» un viejo moribundo y un muchacho de cerca de diez años. El viejo murió de las heridas y por debilidad, pero antes de expi-

---

(1) Jefe.

rar declaró que aquel muchacho era el hijo del «Sachem» de los «Serpientes Negras» y su heredero natural.

La compañía llevó consigo al huérfano y bien pronto se hizo el más notable acróbata.

En «Golden Sum» fué donde Mr. Deau supo que Antelope estaba levantada sobre las ruinas de Chervatta y que debido á esto, el famoso acróbata yenia precisamente á revelarse sobre la tumba de sus padres. Tal noticia agradó al propietario de la compañía, el cual podía contar desde luego con un inmenso éxito, con tal que él supiese sacar partido de esta circunstancia.

Evidentemente los habitantes de Autelope, se apiñaron en el circo para que sus hijos venidos de Alemania y que no habían visto nunca indios, los vieran y para decirles: «Véis, nosotros, hace quince años hemos despedazado centenares de hombres como ese.»

Era cosa halagadora para ellos el oír las exclamaciones de maravilla de Amalchén (1) ó del pequeño Fritz.

Por toda la ciudad no se oía más que hablar y repetir «Sachem» «Sachem...» «Veremos el «Sachem.»

Desde por la mañana muy temprano se veía á los muchachos detenidos delante del Hotel donde se alojaba la compañía, mirar por entre las rendijas de las puertas con caras llenas de curiosidad y de admiración; los jóvenes más animados de espíritu belicoso, marchaban de la escuela á casa en orden

---

(1) Amalia.

y con aire marcial sin saber explicarse por qué lo hacían.

Son las ocho de la noche, de una noche estupenda, clara, estrellada. Una brisa dulce lleva desde los jardines el perfume de los naranjos en flor que en la ciudad se confundía con el olor de la cebada.

Una oleada de luz se desparrama por el interior del Circo. Grandísimas luces de pino arden delante de la puerta principal. La brisa agita las llamas que iluminan los oscuros alrededores del edificio consistente en un barracón de madera, sobre el cual, se extiende una gran lona que forma una especie de techo terminado en ángulo agudo, del cual sobresale la estrellada bandera americana. Delante de la entrada está la multitud que espera tomar billetes y la que no tiene que comprarlos; éstos miran los coches de la compañía, pero sobre todo admiran la tela pintada que está expuesta delante del Circo, en la que se representa una batalla de los blancos con los Pieles Rojas.

En ciertos momentos en que la tela se mueve, aparece en el interior iluminado una especie de café con centenares de botellas y de vasos colocados sobre las mesitas.

Al fin se corre la tela que cierra la entrada y la multitud se precipita en el interior. En los espacios entre los asientos, resuenan los pasos de la gente, é inmediatamente el público llena el Circo de bote en bote.

El Circo estaba espléndidamente iluminado, como ya se ha dicho, porque no habiendo podido in-

troducirse allí los tubos para el gas, se había encendido un gigantesco candelabro de cincuenta bujías.

En medio de aquella luz se ven las cabezas de muchos bebedores de cerveza, cómodamente arrellanados en sus poltronas, y aparecen las caras de las mujeres jóvenes y los alegres semblantes de los muchachos admirados, cuyos ojos parecen querer saltar de las órbitas por la intensa curiosidad.

Y en todos los espectadores brilla la mirada llena de ansiedad y de complacencia que se observa siempre en el público de los circos.

Y entre el ruido de las conversaciones interrumpidas por los gritos de «¡Frisch Wasser! ¡frisch Wasser!» (1) todos esperan con impaciencia el principio del espectáculo.

Por fin se oye la campana y comparecen calzados con brillantes botas, seis palafraneros que forman hilera en el paso entre el establo y la pista.

En ésta se vé un caballo impetuoso y sin silla, sobre cuyo dorso se sienta, semejante á un montón de cintas y velos la amazona Lina. Acto seguido comienzan los ejercicios mientras la música entona una marcha.

Lina es tan elegante, que la jovencita Matilde, hija del cervecero de Opuncia Gasse, alarmada á la vista de tanta belleza, se inclina al oído de Flors un joven droguero que habita en la misma calle y se apresura á preguntarle si la ama todavía.

El caballo galopa resollando como una locomotora; los *clowns*, varios de los cuales volteaban de-

---

(1) Agua fresca.

lante de la bailarina no cesaban de hacer restallar el látigo y de aullar, dándose el uno al otro sonoras bofetadas. De pronto Lina desaparece como un relámpago. Una salva de aplausos resuena en el circo. ¡Qué espléndida representación! El número primero del programa ha terminado. Ahora debe seguir el número segundo.

La palabra «¡Sachem!» «¡Sachem!» corre de boca en boca entre los espectadores.

Ya nadie para mientes en los *clowns* que entre incesantes chanzas y chistes continúan pegándose el uno al otro.

En medio de los movimientos burlescos de los payasos, los criados llevan á la arena dos caballetes de madera de varios metros de altura y los colocan en dos extremos opuestos.

La banda deja de tocar el *Yankee Doodle* y entona la sentimental aria del Comendador del don Juan de Mozart, mientras los criados extienden la cuerda metálica de un caballete al otro. De repente el paso se ilumina por una luz roja de bengala que se refleja en toda la arena con resplandor sangriento.

Y en medio de este resplandor se presenta el terrible «Sachem,» el último de los Blach Snakes. (1) ¿Pero qué significa esto?... El que ha aparecido no es el «Sachem» sino el Director de la Compañía. Hace una reverencia y dice con voz estentórea:—Tengo el honor de suplicar á estos distinguidos señores lo mismo que á las elegantes y no menos respetables señoras que se mantengan muy tran-

---

(1) Serpientes Negras.

quillos, que no aplaudan y que observen en suma el más absoluto silencio, pues el «Sachem» se encuentra en un estado de excitación extraordinaria.—Estas palabras producen una intensa impresión, y cosa extraña, aquellos ciudadanos de Antelope que quince años antes habían destruido Chervatta, experimentaron una sensación desagradable. Mientras poco antes, cuando la bella Lina había comparecido ejecutando sus trabajos sobre el caballo, se sentían felices sentados cerca del parapeto, en los sitios que les permitía ver mejor, ahora en cambio, miraban con cierta impaciencia hacia las gradas del circo y á pesar de todas las leyes físicas, pretendían que estando abajo se sofocaban.

Pero después pensaron que el «Sachem» no podía recordar nada del pasado.

Crecido desde la infancia en la Compañía del Resp. Mr. Deau, la cual componíase en su mayor parte de tudescos, ¿qué podía saber de los sucesos pasados?

El ambiente en que vivía de quince años á aquella parte, la vida vagabunda, el ejercicio de su arte, la fascinación de los aplausos, todas estas cosas debían de haber ejercido su influencia sobre el joven.

«¡Chervatta!» «¡Chervatta!» repetían los espectadores para sus adentros. ¿No somos nosotros tudescos? ¿No nos encontramos á caso sobre nuestro suelo y pensamos en la madre patria tan sólo cuando nuestros *negocios* nos lo permiten? Cada uno debe fijar en su mente esta verdad con respecto al último de los «Serpiente Negras.»

Estas consideraciones fueron interrumpidas de



pronto por un sibido y apareció el «Sachem» tan ansiosamente esperado.

—¡Helo aquí! ¡helo aquí!—murmura la multitud. Luego se hizo un profundo silencio. Se encienden otros fuegos de bengala, y en el circo resuena otro silbido.

Todas las miradas se dirigen hacia el indio que se presenta con el traje de sus antepasados. En realidad, es merecedor del interés con que cada cual le observa.

Tiene el aspecto soberbio de un rey. Va cubierto con un manto de blanco armiño—distintivo de su autoridad—es alto de estatura y su rostro de expresión salvaje le hace parecerse á una bestia feroz medio domesticada. Su cabeza semejante á la de un águila, parece modelada en bronce, y un gesto de fiereza contrae los rasgos de su fisonomía. Los ojos, verdaderos ojos de indio, brillan, tranquilos, indiferentes, siniestros, y están fijos en la concurrencia como si buscasen una víctima. Va armado de pies á cabeza. A ésta la rodea una diadema de plumas; penden de su cintura un hacha y el cuchillo para rebanar cabezas; con la mano, en vez de una ballesta empuña una larga caña que le servirá para mantenerse en equilibrio sobre la cuerda metálica.

De repente, desde el medio de la arena emite un grito: «¡Herr Gott!» (1) es el grito de guerra de los Black Snakes. Los que habían destruído el pueblo de Chervatta quince años antes, recuerdan bien aquel rugido terrible y lo que es más sorprendente

---

(1) Señor Dios.

los que no hablan tenido miedo de mil de aquellos guerreros, al oír de nuevo aquel espantoso grito tiemblan delante de uno sólo. El Director de la Compañía interviene, se acerca al «Sachem» y le susurra algunas palabras al oído, como si quisiera pacificarle.

El salvaje, en efecto, se tranquiliza en seguida; las palabras del Director parecen haber producido su efecto, y después de un momento, el indio sube á la cuerda metálica. Con la mirada fija en el gigantesco candelabro, avanza.

La cuerda cede bajo su peso; algunas veces se hace invisible, y entonces el indio parece suspendido en el espacio. El adelanta, retrocede, vuelve á avanzar, siempre en equilibrio. En tanto sus brazos extendidos sosteniendo el manto, producen á los ojos el efecto de dos gigantescas alas. Trabaja. Cae... Pero no. Una salva de aplausos resuena en el circo, pero en seguida se restablece el silencio. El semblante del indio se hace cada vez más fiero y amenazador.

En su mirada, continuamente fija en el candelabro, brilla una luz siniestra. Un sentimiento de sobresalto se apodera de los espectadores, pero nadie se atreve á romper el silencio. En tanto el «Sachem» se acerca al otro extremo de la cuerda, llega, se detiene, y de pronto un canto de guerra sale de sus labios.

¡Cosa extraña! Canta en alemán. Esto se explica fácilmente. A buen seguro que ha olvidado el idioma de los Black Snakes. Por lo demás, todos sin pensar en ello, escuchan aquel canto que comenzado en voz baja va haciéndose cada vez más fuerte.

Es como una invocación extremadamente patética, pero al mismo tiempo salvaje mezclada con gritos de guerra. He aquí sus palabras.

«Cada año después de las grandes lluvias, quinientos guerreros dejaban Chervatta para ir á sus campamentos de guerra ó á cazar en el bosque. Cuando volvían de la guerra traían *scalps* (1) de los enemigos; cuando volvían de la caza traían carnes y pieles de búfalo.

» Sus mujeres salían á su encuensro sonrientes y en fiesta, y se bailaba en honor del Grande Espíritu. ¡Era feliz Chervatta!

» Las mujeres trabajaban en las cabañas y los niños crecían y se hacían lindas muchachas y fuertes guerreros.

» Los guerreros morían en el campo de la gloria y sus espíritus volaban á las montañas de plata á cazar junto con las sombras de sus padres.

» Sus hachas no se tiñeron nunca en sangre de mujeres y de niños, puesto que los guerreros de Chervatta tenían el alma grande.

» Chervatta era poderosa. Pero un día llegaron de lejos los semblantes pálidos y destruyeron Chervatta á hierro y fuego.

» Los guerreros blancos no exterminaron los «*Black Snakes*» en combate, pero se apoderaron de ellos como hacen los bandoleros en las tinieblas de la noche; ellos hundieron sus puñales en los pechos de los hombres, de las mujeres, de los niños dormidos.

» Chervatta ya no existe. Sobre sus ruinas los

---

(1) Cueros cabelludos.

hombres blancos, han levantado sus casas de piedra.

«La tribu asesinada y Chervatta destruída piden venganza.»

Aquí la voz del «Sachem» se puso ronca. Sobre aquella cuerda y á aquella altura desde la cual dominaba al público, iluminado por aquella luz rojiza parecía el dios de la venganza amenazando á toda la multitud de espectadores. El mismo director de la Compañía se hallaba evidentemente impresionado y parecía presa del pánico. En el circo reinaba un silencio sepulcral. El «Sachem» continuó con una especie de rugido:

«De toda aquello tribu no ha quedado nadie, excepción hecha de un niño.

»El niño era pequeño y débil, pero ha jurado al Espíritu de la tierra que se vengará en los cuerpos de los blancos, hombres, mujeres y niños; extinguirá con la sangre de ellos su sed de venganza.»

Las últimas palabras fueron un rugido de rabia. Se oyó en todo el circo un sordo murmullo semejante á los prodromos de la tempestad. Mil preguntas no satisfechas acudieron á todas las mentes y á todas las almas. ¿Qué hará ese tigre furioso?... ¿Qué es lo que se dispone á anunciarnos?... ¿Cómo podrá llevar á cabo sólo su venganza?... ¿Permanecerá ahí ó huirá?... ¿Se defenderá?... ¿y cómo?... *Was ist das was ist das?* (1) decían las mujeres, aterrorizadas.

De repente, un rugido terrible se escapa del pe-

---

(1) ¿Qué sucede?

cho del «Sachem.» La cuerda metálica, sobre la cual se hallaban sus pies, es sacudida violentamente, el indio se dirige hacia el caballete próximo al gran candelabro y levanta su caña... Un pensamiento horrible cruzó por todas las imaginaciones; que lo que él quería era arrojar todas las bujías en torno, envolviéndolo todo y á todos en un torrente de fuego.

Un formidable grito de terror se disponía á brotar de las gargantas de todos los espectadores; pero ¿qué ven?... Desde el fondo de la pista se oye un grito: «¡Detente, detente!» El indio ¿ha desaparecido?... ¿Ha saltado de la cuerda?... ¿Se ha ido? ¿Dónde? ¡Helo aquí que viene!

Reaparece en efecto después, un poco anhelante, cansado, pero con aspecto terrible. Lleva en la mano un plato de estaño, y extendiéndolo á los espectadores, les dice en tono de súplica: «*Was gefül für deu letzteu der Schwarzen Schlanhen?*» (1)

A los asistentes, al oír estas palabras se les quitó un enorme peso de encima. Evidentemente aquella adición al programa del espectáculo, era una feliz idea del Director, la cual, produjo el efecto que él esperaba, porque los dollars y los medios dollars caían como una lluvia dentro del plato de estaño. ¿Cómo se podía decir «no» al último de los Black Snakes, en la misma ciudad de Antelope erigida sobre las ruinas de Chervatta? Era preciso no tener corazón.

Terminado el espectáculo, el «Sachem» bebió y

---

(1) ¿Qué daréis al último de los Black Snakes?

comió pastas en el albergue del «Sol de oro.» El ambiente en que había crecido, ejerció sobre él, como se vé, una marcada influencia. El indio adquirió inmensa popularidad en Antelope y especialmente entre las mujeres, por lo que no faltaron respecto de él algunos maliciosos comentarios.

(Traducción de Carlos Rfa Baja.)

FIN

---

---

## El Juicio del Olimpo

---

Bañada en argentinas claridades, embalsamada con aromas de jazmines, apacible, refrescada por la ligera humedad del rocío, la noche resplande con todos sus encantos primaverales.

La luna llena luce en el espacio, navegando sobre el Olimpo como luminoso esquife, y sobre las alturas coronadas de encinas se refleja tristemente su pálida claridad verdosa.

En el valle del Tempé se destacan las profundas sombras de los matorrales de alheñas, que parecen estremecerse al escuchar el canto del ruiseñor, que palpita, lleno de dulce encanto, con ecos de plegarias, de lamentos, de imprecaciones y suspiros. Como el ligero murmullo de los cañaverales, como suave música de flautas, flotan en el aire los mil ruidos de Naturaleza, los mil rumores que se antojan como las voces de las cosas, llenando la noche, penetrándola con su melancolía, cerniéndose cual

si formara el transparente cortinaje de lágrimas de una densa lluvia. Después parece correr como un arroyuelo de agua viva...

Poco á poco la calma renace. El silencio se hace tan profundo, que se creería escuchar el leve rumor de la nieve fundiéndose en la altura ante el perfumado aliento de Mayo.

¡Noche mágica! ¡Noche de ambrosía! ¡Noche primavera!

En noche tan apacible y dulce, los Apóstoles Pedro y Pablo vinieron á sentarse, como augustos jueces, en el trono de la altura plateada, para decidir la suerte de los antiguos dioses. La radiante aureola que coronaba sus cabezas bañaba en tibia claridad la nieve de sus cabellos, haciendo destacar, bajo el airado entrecejo, los ojos severos y graves. Más abajo descubriáanse, en la sombra del bosque de hayas, la blanca multitud de los dioses abandonados, despreciados, esperando angustiosamente la última sentencia.

El Apóstol Pedro levantó su mano. Á este llamamiento, el poderoso Júpiter, el dios que gobierna las nubes, salió en primer lugar de entre la multitud. Soberbio aún, inmenso, formidable, tal como le representara en el mármol el cincel de Fidias, adelantó hacia los Apóstoles; el coloso no podía ocultar sin embargo, su decrepitud y su abatimiento. Siguiendo sus pasos arrastrábase el águila, perdida en la vejez la gala de sus plumas. De la diestra de aquel que fué padre de los dioses y de los hombres escapábanse los azulados dardos vengadores, cubiertos de moho, mordidos por el orín.

Al encontrarse frente á frente de los Apóstoles,



sintió que en su gigante pecho alentaba aún el espíritu de su omnipotencia. Y levantando la cabeza con orgullo, fijó sobre el viejo pescador de Galilea sus divinos ojos luminosos, llenos de soberbia, de furor, en miradas que semejaban deslumbradores relámpagos.

En aquel instante, dominado por la cólera de Júpiter, el Olimpo retendió en su base. Las hayas oscilaron como aterrorizadas. El canto de los ruiseñores se extinguió en el espacio, y la luna se ocultó tras los nevados picachos, semeando con su pálida blancura la impalpable tela tejida por la mitológica Ariadna.

El encorvado pico del águila dejó oír por última vez su graznido; el dardo vengador, reanimado momentáneamente, se enroscó, fulgurando, á los pies del dios, y levantó su cabeza crepitante, su cabeza de llamas, como serpiente que se dispone á clavar la venenosa flecha.

Pero el Apóstol Pedro colocó su planta sobre el zig-zag de las llamas y las hizo desaparecer en la tierra. Después, dirigiéndose al poderoso rey de las nubes, dijo:

—Seas maldito y réprobo por toda la Eternidad...

En el momento, Júpiter lanzó un gemido, abatióse débilmente, y murmurando con sus amoratados labios:—*Ananké*... se hundió en las entrañas de la tierra.

Surgió entonces ante los Apóstoles el dios Neptuno, envuelto en negros crespones de nubes... Con las pupilas ensombrecidas como la noche, llevando en la mano un rojo tridente, adelantó el dios.

Pedro le dijo:

—No serás tú en adelante el que con su poder agite y calme los abismos. No serás tú el que guíe las errantes naves del Océano al abrigo del puerto... No serás tú, sino la Estrella de los mares.

Escuchándole el dios, penetrado por dolor agudo exhaló un gemido y se desvaneció en una ligera neblina.

Levantóse después, con el cóncavo *formynx* en la mano, el dios que lanza las argentadas flechas, y avanzó hacia los Santos Hombres. Tras él siguieron lentamente, como blancas y tímidas palomas, las nueve Musas.

Llenas de temor, detuviéronse ellas ante sus jueces con el aliento entrecortado, con el corazón vacío de esperanza.

El divino Apolo, dirigiéndose á Pablo, con una voz melodiosa parecida á las músicas astrales, exclamó:

—No me arranquéis la vida, Señor; defendedme... Sería necesario dárme la de nuevo... Yo soy la flor perfumada de las almas; yo soy su alegría y su luz; yo expreso su nostalgia del Amor Divino. Señor: tú sabes mejor que todos los humanos seres que el Canto de la tierra no se elevará á los cielos si se le arrebatan las alas... Santos Hombres: yo os imploro; no hagáis perder el Canto...

Reinó el silencio. Pedro dirigió sus ojos hacia las estrellas. Pablo cruzó las manos sobre el puño de la espada y dejó caer la cabeza sobre el pecho, como abismado en sus reflexiones,

Levantó después la frente venerable. Sobre la ca-

beza radiante del dios hizo el signo de la cruz y exclamó:

—En el nombre del Señor viva, pues, el Canto...

Apolo se arrojó con su formynx á los pies del Apóstol.

La noche se hizo más luminosa; los jazmines embalsamaron el ambiente con más deliciosos perfumes; las fuentes dejaron escuchar sus cristalinas risas.

Agrupadas, como bandada de blancos cisnes, trémula aún la voz por la emoción, las Musas entonaron su cántico con palabras extrañas que jamás habían resonado en las aureas alturas del Olimpo:

«De vuestra amorosa égida buscamos el amparo, Madre Santa de Dios...

» No rechazéis las oraciones que á vuestra piedad dirigimos...

» Dignaos ampararnos de los peligros que nos acechan...

» Virgen gloriosa...»

Así cantaron sobre los brezos, con los ojos dirigidos al cielo, las Musas, semejantes entonces á piadosas monjas, envueltas en las blancas tocas...

. . . . .  
Desfilaron después los otros dioses... En vuelo impetuoso pasó el cortejo de Baco, salvaje, desenfrenado, coronado de hiedra y de pámpanos, armado con cítaras y tirsos, atronando el espacio con sus delirantes gritos de desesperación y de demencia, para hundirse por toda la Eternidad en los abismos sin fondo...

Delante de Pedro y Pablo surgió otra divinidad. Altanera, arrogante, llevando en el rostro el sello

de una imponderable amargura, sin esperar las preguntas, sin aguardar la sentencia, mostrando en los labios una sonrisa de desprecio, habló, adelantándose á los otros:

—Yo soy Minerva. No os pido que me conservéis la vida, porque yo soy un fantasma... Ulises escuchó mis frases y me adoró desde el día en que su cuerpo fué presa de la vejez. Telémaco no prestó oído á mis palabras ni me rindió adoración hasta el día en que su rostro se cubrió de barba... Vosotros no sois los árbitros de mi inmortalidad, porque yo soy imperecedera. Para vuestra tranquilidad, sabed que no fui nunca más que vana sombra, que sólo sombra soy y sólo sombra seré por los siglos de los siglos...

En último lugar, resplandeciente de luz y de gracia, apareció *Ella*: ella, la más fervientemente adorada, la más bella...

Tranquila, encantadora, inefable, adelantó con leve paso.

Bajo la nieve de su garganta, su corazón palpita, con tenue latido, como el corazón de un pájaro. Sus labios temblaban como los labios de un niño que teme su próximo castigo...

Cayendo á los pies de los Apóstoles, tendió hacia ellos sus divinos brazos, y humildemente, medrosamente, imploró:

—¡Soy culpable, soy criminal!... Pero, ¡oh, Dios mío! yo soy la humana Felicidad. Perdonadme. Misericordia, Señor... Yo soy toda la Felicidad humana, la única...

Su voz se deshizo en sollozos. Pedro la contempló con ojos de clemencia y puso una de sus vene-

rables manos sobre el oro de sus cabellos. Pablo se inclinó hasta un grupo de lirios de los campos y tomó uno; después arrancó los pétalos de la divina flor, y dijo:

—De aquí en adelante serás como el cáliz de esta flor; pero permanece en la tierra y vive, humana Felicidad...

Amaneció: En las alturas erizadas de rocas apareció la aurora con sus delicadas tintas rosáceas. Los ruiseñores enmudecieron...

Los jilgueros, los aguzanieves y los pinzones de abigarrado plumaje sacaron de debajo de sus alas, perezosas y suaves, las lindas cabecitas, sacudieron las brillantes plumas cargadas de rocío, y piaron dulcemente.

He aquí... he aquí... he aquí la aurora...

Gozosa, despertóse la tierra, y pareció sonreír, llena de placer, porque se la dejaba la Felicidad y el Canto.

(Traducción de L. R.)

FIN



---

## Un fragmento de una vida

---

Después de muchas horas de delirio, al despertar, la primera idea lúcida que acudió á mi mente fué el recuerdo de ella, y el primer nombre que pronunciaron mis labios el nombre suyo.

Dudé por un momento; ¿era aquello la continuación del delirio?

La imagen que ante mis ojos conservaba, aquel rostro en el que brillaban dos ojos negros, que resplandecían con la ingenua alegría de la infancia, aquel conjunto de delicadas líneas, aquel busto, aquel talle esbelto, aquella apostura, toda ella, ¿había sido una creación de mi fiebre ó era realmente la mujer que yo amaba?

Yo que jamás había podido recordar las líneas de su rostro, y sobre todo el color de sus ojos, veía-la ahora tan clara y netamente, que nada escapaba á mi contemplación.

Desde sus cabellos un tanto encrespados y de un tinte obscuro, hasta sus diminutos pies, que delataban su origen americano, toda ella se me aparecía, y mentalmente saciaba mi mirada en aquellos encantos nacientes, en aquel cuerpo efébio, en el que la línea se hacía sinuosa, más por efecto de las elègantes ondulaciones que imprimía á sus movimientos, que por las curvas, que sólo comenzaban á insinuarse.

Como en otros días, parecíame verla inclinada hacia mí, y no hay imagen que pueda aproximarse á la realidad, si no es la de un lirio que el viento mece, que un lirio, alto y esbelto, semejava aquella criatura; y la veía reír, reír aquella risa en que se transparentaba la alegría infantil de su alma blanca.

Fuéronse abriendo paso los recuerdos, y reconstituí la escena, tal y como había ocurrido días antes.

Después de meses enteros de un amor inmenso, de una fidelidad sin límites, una última conversación, me dió la certidumbre de que todos mis esfuerzos eran inútiles y todos mis sacrificios estériles.

Me había amado, sí, me había amado; pero una causa, cuya importancia jamás he podido comprender, modificó los sentimientos de su corazón, y mi adhesión y mi constancia, acabaron por transformar su alma ingenua, en un alma de coqueta.

La relación de mis sufrimientos, puede únicamente interesar á quien se haya visto en casos iguales.

¿Cómo explicar que por una mirada de menos,



por unas violetas negadas, por una de esas futesas cuyo mismo recuerdo ahora me escapa, me creyese yo el hombre más desgraciado de la tierra?

Y lo era, y lo fui realmente.

¡En cuántas ocasiones necesité morder y destrozar un pañuelo entre mis dientes, para no estallar en sollozos é imprecaciones!

Esa mujer se ríe de mí,—me iba diciendo al separarme de su lado, y un no sé qué, que me aferraba á ella, contradecía la voz de la razón y me decía: No, no, te quiere. Acuérdate de aquella mirada, de aquella sonrisa,—y este solo pensamiento devolvía la paz á mi espíritu.

Y ciertamente, hoy mismo, después de pasados tantos años, sigo disculpando á la que tanto mal me hizo, después de haberme hecho tanto bien. Acaso la he acusado de coqueta con extrema ligereza. Muchas veces después, he pensado que lo que ocurría en su alma, era el fenómeno natural, dada su edad, que apenas la separaba de la adolescencia. Un algo, que quizás fuese el amor, la acercaba á mí, y otro algo, que ella suponía el deber, la alejaba. En lucha esos dos sentimientos, acabó por establecer un *modus vivendi*, por el cual creía no faltar á ninguno de ellos, observando la conducta que observaba.

En un principio, el obstáculo que nos separó, figurósele tan inmenso, que mi sola presencia, yo lo notaba, causábale honda perturbación; más tarde, lo que había creído insuperable, comprendió que era un ligerísimo accidente, pero restaba en su conciencia el recuerdo de su pasado horror, y

este imaginario motivo tenía en ella el valor de la misma realidad.

Maquinalmente me repetía, como antes me había dicho:

—No, es imposible. Es una ilusión que no realizaremos.

Y en lo único que existía diferencia era en el tono. Al principio decía lo que pensaba y advertíase su convencimiento; después se notaba que ella misma ponía en duda sus palabras, á las cuales yo por mi parte no daba ningún valor.

Arrepiéntome, pues, de haber dicho que mi pasión transformara su alma cándida, un alma de coqueta; pero mucho he temido que esto sucediera, con grave perjuicio, más tarde, para ella, y sabe Dios que no he hecho, para remediar un mal del que yo me creía causante:

De todos modos, es indudable que mi sumisión le era halagadora.

Satisfizo su amor propio con mis actos de humildad y acabó por ver en mí un objeto, un juguete del que á su antojo disponía.

Fué necesario que el convencimiento más absoluto se apoderase de mí, que la evidencia se opusiese á mis argumentos en su favor, para que al fin me decidiera á proceder como la razón y la dignidad exigían.

Yo no sé si acertada ó erradamente, en materia de amor, he procurado siempre abstenerme del orgullo y de la vanidad.

Me habría parecido una estupidez muy grande renunciar á toda la dicha que una mujer amada puede proporcionar, por un acto de orgullo, y así

pues, he sacrificado siempre el amor propio al otro amor.

Opino que ante la mujer que se quiere, ni se está nunca en ridículo, ni pueden cometerse bajezas. En consonancia, pues, con esta opinión, sería incalculable el número de las veces que á los ojos de los demás habré pasado por un colegial.

Tenía además otras razones poderosas de las cuales era mi conducta consecuencia.

Había llegado á la edad en que el hombre se afirma. Mi pasado, lleno de aventuras, me hacía apetecer esa calma, que yo juzgaba necesaria, para dar el fruto que de mi inteligencia, por muchos proclamada, había de brotar; y la paz del alma, y la obra á que yo aspiraba, todo lo hice depender de ella, de aquella pobre niña, que seguramente nunca supo imaginar todo el importante papel que yo le concedía en mi existencia. Perdida ella, todo para mí estaba perdido.

Cuando yo la juraba que su amor era para mí muy diferente de lo que otros amores habían sido, la pobrecita no podía comprenderme ni creerme.

¿Por qué?—se debía preguntar; y yo no podía explicarle que puede amarse de muchas maneras, y que difería mucho del sentimiento que ella me inspiraba, el sentimiento que otras me habían inspirado.

Por otra parte, mi juramento se parecía á los juramentos que los hombres todos hacen en semejantes casos; las palabras eran las mismas, y yo no tenía medios de probar que las mías eran verdaderas.

Hube pues de resignarme, y sólo yo puedo saber todos los sufrimientos porque antes de abandonar el puesto, pasé. Sería inútil relatar los efectos de mi desesperación, que nadie, por lo demás, llegó á sospechar, hasta tal punto, me ha dotado la Naturaleza de un carácter, que las gentes se empeñan en llamar alegre, y yo que sé que es melancólico, sólo puedo calificar de amable. Tengo la idea de que mis penas son mías únicamente, y á nadie trato de hacer partícipe de ellas. Pero los efectos lógicos no se hicieron esperar.

Dos días después de la última entrevista que tuve con mi amada, una fiebre violenta se apoderó de mí y caí postrado en cama.

• • • • •  
—Delira aún,—oí que decían junto á mi lecho al oirme pronunciar aquel nombre, que indudablemente debí repetir muchas veces en los días anteriores.

Y desgraciadamente ya no deliraba. Tenía delante de mis ojos á la realidad espantosa, y nunca como en aquel primer momento de lucidez después de la fiebre, me pareció espantosa y horrible la vida.

Ante mí aparecieron los días sin fin, las luchas sin objeto y la soledad y el vacío á mi alrededor.

Con su amor desaparecía la fe en la vida, el último resto de mis entusiasmos, el postrer impulso de mis energías.

No pude asistir impasible al derrumbamiento de todo lo que han sido mis ilusiones, y gota á gota rodaron por mis mejillas las lágrimas de aquel dolor, que ha sido sin segundo en mi vida.

Un destino se trunca á veces al choque de muy liviano obstáculo, y yo lloraba el mío incumplido por haber desaparecido el estímulo en que yo había fundado mis esperanzas.

La sola idea de recomenzar de nuevo, me asustaba.

No, no, era preferible cien veces refugiarse en el perdurable descanso, en la quietud eterna.

Por un segundo me asaltó una idea que mi egoismo, ó algo bárbaro que todavía permanece en nuestro sér, me sugería. ¿Y si yo la hiciese mi compañera en ese último viaje? Fué momentáneo tal pensamiento. Me hubiera sido imposible arrebatarse esa flor de la vida. Que viva, me dije, que viva, y si la paz y la alegría vuelven á su corazón cuando haya reconocido todo lo enorme de su pecado, eso probará que yo he hecho bien en morir y que ella tenía derecho á vivir.

Tal razonamiento hizo que en mi alma se despertara un algo así como desprecio, por la que tanto amaba, y no quise que ese fuera mi postrer sentimiento para con ella. Obligué á mi imaginación á pintar el cuadro de lo que estaba por venir, y me representé á la que yo hubiese adorado como una santa y acatado como una reina, muy triste en los primeros tiempos de mi desaparición, vencida después por la vida, enamorada más tarde y sufriendo á su vez todas las torturas porque yo he pasado. No porque mi vanidad me haga suponer que sólo yo poseo el secreto de hacer su felicidad, sino porque es muy difícil que tropiece con otro hombre que vea en ella lo que yo he visto, la certidumbre de que no ha de ser dichosa se ha enseñoreado de mi

ánimo, y Dios sabe que ese ha sido el acicate que más hacia ella me ha impulsado.

Lágrimas como las que yo vertía en el mismo instante en que en esto pensaba, veíaselas verter á mi tan amada, y mi memoria resurgir en medio de su dolor, que los remordimientos hacían más intenso.

Sentí mi pecho inundado de compasión y hubo en mí un momento de rebeldía. ¡Pero era verdad que yo no podía oponerme á que todo lo que preveía ocurriese!

Era verdad, y no tardé en convencerme. Sí, sí, lo único que me restaba era la muerte, como refugio donde poder escapar á los crueles tormentos de aquella pasión, acaso no comprendida.

Decidíme... á poca distancia de mi casa pasaba el ferrocarril, y en él pensé como medio de muerte... Levantéme, dí unos pasos... pero la debilidad me venció y caí desvanecido sobre el pavimento...

. . . . .

¿Después?

Después la vida ha hecho de las suyas. Tras largos años de una tristeza profunda, he llegado á estos últimos de la existencia, en que todo ha ido muriendo en mi memoria, disolviéndose, sepultándose en las entrañas del olvido; todo menos ella, que aun de vez en cuando resurge y me muestra sus ojos intensamente negros, cuya mirada todavía tiene el poder de inflamar mi alma.

(Traducción de T. de M. G.)

FIN

---

## Un sueño

---

Una tarde, en cierta reunión, se hablaba con mucho calor de casos extraños, presentimientos, apariciones y cosas parecidas, de los cuales hoy en día se ocupan bastante no sólo los iniciados, sino hasta los simples curiosos.

Entre los presentes, se hallaba el doctor de la casa, el cual en cierto modo sostenía la parte del escéptico.

Durante la conversación, una señora preguntóle si en su vida no le había ocurrido ningún acontecimiento al cual no hubiese podido hallar una razón plausible.

—Cuando aún era joven,—respondió el doctor,—tuve un sueño, ó, por mejor decir, una serie de sueños, tan extraños, que por su singularidad sobrepujan á cuanto hoy aquí se ha dicho.

Si la concurrencia lo desea, estoy dispuesto á relatarlos.

Todos los presentes, naturalmente, lo quisieron, y entonces el doctor empezó:

—Hace veinte años, me hallaba en Biarritz por la temporada de baños, y en aquella ocasión me enamoré de una inglesa que tenía la originalidad de llevar, cuando se bañaba, un vestido guarnecido de pequeñas conchas marinas.

Era una señora un poco extraña y llena de curiosas excentricidades, así es que una vez quiso detenerme, junto con otros adoradores suyos, á bordo de un yacht hasta las tres de la madrugada.

Entre otras cosas, nos hablamos ocupado en la contemplación de los astros y de la posibilidad de la transmigración del alma de un planeta á otro.

Aquella noche volví á mi casa muy cansado, así es que mientras leía una carta que hallé sobre mi escritorio, me dormí sentado en el sillón, y soñé lo siguiente:

Me parecía hallarme en una gran ciudad extranjera y que en aquel momento salía de una casa desconocida, á cuya puerta estaba detenido un coche fúnebre.

Para aquellos que han viajado poco, es necesario que haga observar que en el extranjero no se transportan, como entre nosotros, los muertos sobre un carro que tiene el aspecto de una pirámide ó de un catafalco; allí los carros fúnebres tienen la forma de un largo furgón negro provisto de ventanas á los lados, y en la parte posterior una portezuela que sirve para introducir el féretro.

Lo que veía en sueños, era precisamente un furgón parecido al que ahora he descrito.

Cerca del carro fúnebre, había un jovencito de



unos quince años, que llevaba una chaqueta cerrada, de color negro, con las mangas guarnecidas de estrechos galones de oro, y en el pecho una hilera de botones también dorados.

Apenas se dió cuenta de mi presencia, apresuróse á abrir la portezuela del furgón; inclinóse, y me invitó con un amigable ademán á entrar.

Aun cuando en sueños las cosas más extrañas nos parezcan naturales, á pesar de ello, y yo lo recuerdo como si fuera ahora, me asusté tanto, y sentí tan gran sobresalto por todo mi cuerpo, que mi cabeza dió duramente contra el respaldo del sillón. Se comprende que esto me hiciera despertar.

La interesante y agradable compañía de la inglesa hizo que á los dos días hubiese olvidado el sueño, cuando, á la tercera noche precisamente, éste se repitió con semejanza sorprendente, y continuó repitiéndose á intervalos desiguales de tres á cuatro noches; tanto, que empecé á preocuparme seriamente, aun á pesar de ser yo de naturaleza un poco escéptica.

Lo que para mí era más maravilloso, y que más impresión en mí hacía, era que la fachada de la casa de donde salía el jovencito, era siempre la misma, que su aspecto era siempre igual, y, en fin, que su ademán amigable, al invitarme, era siempre idéntico.

Siempre, eternamente, ante mis ojos tenía su chaqueta negra, los galones, los botoncitos de metal y hasta sus cabellos claros, sus ojos grises y un poco separados, que se parecían un poco á los de un pez.

Deben convenir, señores míos, en que tenía ra-

zón para estar inquieto ante aquella obstinada repetición de tan extraño sueño.

Algunas semanas después, fuíme á París, y apenas hube llegado, busqué en seguida el hotel que sabía era el preferido de mi inglesita, la cual me había precedido con su séquito, donde llegué hacia la tarde, cerca de la hora de comer, con muchos otros conocidos y amigos míos.

Subí en seguida al cuarto que se me había destinado, y, cambiados apresuradamente los vestidos, salí con la intención de aprovechar el ascensor para bajar al comedor.

En el corredor me encontré con otros compañeros de viaje, que habían salido con el mismo objeto que yo; me adelanté á ellos, y pulsé el botón del timbre eléctrico de llamada.

Tras un instante, se oyó el sordo rumor del ascensor que subía; después la portezuela se abrió, y de improvviso... dí un salto hacia atrás como si hubiera visto la muerte en persona.

En el umbral de la puerta, había aparecido un jovencito de unos quince años, con los cabellos claros, los ojos de pez, y vestido con una chaqueta negra con galones y los botoncitos dorados, precisamente como aquel que había visto en sueños!...

Estaba de pie en el ascensor que aún se balanceaba, y con un ademán nos invitaba á entrar. En vez de hacerlo, le volví la espalda, y como un loco bojé los escalones á saltos, como si hubiera sido perseguido por las furias.

Llegado al salón, me dejé caer en una mecedora y procuré rehacerme del susto que acababa de recibir; sentía que debía estar blanco como el papel.

Y... no recuerdo más... Debían haber transcurrido dos minutos, quizás dos segundos, cuando se oyó un terrible grito de angustia, seguido de un crugido y un trueno espantoso. Perdí los sentidos.

Al volver en mí, miré á mi alrededor, y vi diferentes cuerpos humanos sobre los cuales á toda prisa se había extendido un lienzo que aparecía lleno de sangre.

El jovencito que apenas entreví, y esto lo supe más tarde, estaba entre ellos; entre las víctimas de la caída del ascensor.

Ahora, quien lo quiera, explíquese esto: por mi parte solo digo que no sin razón me llaman un escéptico, ya que si otro me hubiera relatado una historia parecida, yo no le hubiera creído.

Traducción de J. V. B.

---

\* FIN \*

UNIVERSITY

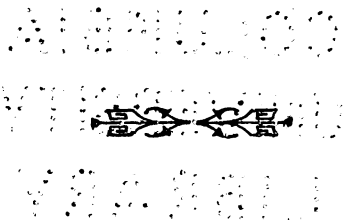
LIBRARY

---

# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
Liliana. . . . .	5
El organista de Penikla. . . . .	105
Janco el músico. . . . .	119
El Torrero. . . . .	129
Una corrida de toros . . . . .	155
Sachem. . . . .	187
El Juicio del Olimpo. . . . .	203
Un fragmento de una vida. . . . .	211
Un sueño. . . . .	219







891.85Sil

M8

Sienkiewicz.

Liliana.

13 Aug 42 *P. Raus...*

891.85Sil

M8

